

DE LA AUTORA DE LA SERIE CROSSROAD COMPANY

NISHA SCAIL

LIBRE DE
Promesas

(Blackish Masters 2)



DE LA AUTORA DE LA SERIE CROSSROAD COMPANY

NISHA SCAIL

LIBRE DE
Promesas

(Blackish Masters 2)



LIBRE DE PROMESAS

Nisha Scail

(Serie Blackish Masters 2)

COPYRIGHT

LIBRE DE PROMESAS

Serie Blackish Masters 2

© 1ª edición

© Kelly Dreams

Portada: © www.fotolia.com

Diseño Portada: NS

Maquetación: NS

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A mis **Facebookeras**.

Gracias por estar ahí, por apoyarme en cada momento del camino y demostrarme que no solo sois lectoras si no también amigas.

Sois lo mejor que le puede pasar a una autora.

Nisha.

ARGUMENTO

Horus nunca pensó que su vida se complicaría de la noche a la mañana por culpa de una mujer. Cuando **Sophie** se presentó en el Blackish lo hizo con el pasado en una mano y la decisión que solo una muchacha terca podría poseer. Ella estaba decidida a hacerle olvidar sus promesas, especialmente la que lo había llevado a abandonarla cuatro años atrás.

¿Cómo luchar contra el deseo cuando este venía envuelto en deliciosas curvas y unos ojos esmeralda que le quitaba el aliento?

Rendirse a ella era peligroso, pero no tanto como el ardiente deseo de poseerla.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[DEDICATORIA](#)

[ARGUMENTO](#)

[ÍNDICE](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por adquirir mi libro.

Si eres de las lectoras que tienden a notificar a *Amazon* las «erratas» existentes en un libro, te agradecería que me lo notificases a **mí** directamente. Eso me ocasiona muchos menos problemas a la hora de solventar cualquier error que pueda haber en estas páginas y evita que tenga que lidiar horas y horas con los del servicio de Atención al Cliente.

Este libro está escrito en castellano, no es una traducción.

NISHA SCAIL

PRÓLOGO

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarte?

Sophie sostuvo la mirada del hombre que se movía detrás del mostrador de la recepción del exclusivo y discreto club de BDSM de Chelsea, se lamió los labios y se inclinó hacia delante.

—Estoy buscando a Alexander Brooks —le informó—. ¿Podrías decirme dónde puedo encontrarle?

El recepcionista frunció el ceño y la miró entre intrigado y suspicaz al escuchar el nombre real del propietario del *Blackish*. No era alguien que pasase precisamente desapercibido con ese pelo blanco peinado de punta, unos profundos ojos azules e inquietantes y unos bíceps que parecían un par de troncos. Tenía los dedos largos, como los de un pianista y no pudo evitar preguntarse si sería capaz de tocar el cuerpo de una mujer con la misma destreza. Todo él exudaba masculinidad y una seguridad que solo poseían los dominantes. El hecho de que vistiese una camiseta negra con el logotipo del club no hacía más que afianzar su suposición.

—El Amo Horus ya está dentro. —Hizo hincapié en la palabra «amo» sin quitarle la mirada de encima. Horus era el primer nombre de Alexander, si bien nunca había dejado que lo llamase por él—. Llegas por los pelos, estamos a punto de cerrar las puertas. ¿Cuál es tu nombre?

Observó al tipo que se inclinó sobre el ordenador.

—Sophie Joyce.

Pareció introducir el nombre en el programa y, al no encontrarlo, levantó la mirada con suspicacia.

—¿Tienes membresía en el club?

No. De hecho, ese era el principal motivo por el que estaba allí, mirándole, y no había atravesado las puertas que había detrás para buscarle por sí misma. Sin embargo, esa no sería una respuesta adecuada, no frente a ese Dom.

—No, señor —respondió con suave educación.

Él enarcó una ceja, sin duda curioso ante su presencia y su abierta asunción de su lugar como sumisa.

—Este es un club privado, princesa —le informó con tono firme aunque igual de amable que había utilizado hasta el momento—. No puedo dejarte entrar sino estás en la lista.

Dejó que sus labios se curvaran en una lenta sonrisa que sabía llamaría su atención.

—No le he pedido que me dejase entrar, señor —le recordó dulcemente—. Mi única intención es tener unas palabras con Alexander.

Su respuesta le arrancó una inesperada carcajada. Sus ojos brillaron de diversión y sus labios se estiraron.

—Tienes una manera única de insultar a un dominante con esa dulce y educada voz —aseguró risueño—. Deberías tener cuidado de a quién diriges tus respuestas.

Bajó los ojos lentamente.

—Lo siento, señor —replicó sumisa—. Me he limitado a constatar un hecho.

Él sacudió la cabeza, la miró de soslayo y se frotó la barbilla.

—De acuerdo, Sophie, has despertado mi curiosidad —le dijo dando un golpecito al mostrador—. Quédate aquí. Iré a ver si Horus está libre para tener unas palabras contigo.

Asintió y contuvo la excitación que aceleró su corazón.

—Gracias... —preguntó sutilmente su nombre.

—Amo Lucien, cariño —le guiñó un ojo.

—Gracias, Amo Lucien.

Él inclinó la cabeza, se giró y se acercó a la puerta, la abrió y asomó la cabeza unos momentos.

—Oye. Rick. Necesito que te quedes en la recepción un par de minutos. Tengo que localizar al jefe.

Una voz juvenil respondió al momento.

—Sí, señor.

Al momento un joven de aproximadamente su edad atravesó la puerta vistiendo unos pantalones de cuero rotos, y una camiseta de red bajo la que podían verse los piercings que tenía en ambos pezones. Su pelo negro estaba peinado de punta y llevaba los labios negros, al igual que la sombra de ojos. Le dedicó una mirada entre curiosa y apreciativa y ocupó su lugar tras el mostrador.

—Hola —la saludó.

—Hola —respondió a su vez.

—No te había visto antes por aquí —continuó echándole un buen vistazo de arriba abajo.

—Estoy segura de ello —asintió manteniendo sus respuestas cortas por temor a que su voz vacilase. Estaba muy nerviosa y sabía que eso la llevaría a tartamudear.

La respuesta pareció sorprenderle pero acabó por reírse.

—De acuerdo, sé cuando hablo de más —aceptó risueño, se echó hacia

atrás y se sentó en el taburete sin insistir en la conversación.

Suspiró interiormente. Sabía que le había dado la impresión de borde, pero necesitaba de todas sus fuerzas para seguir adelante con esa visita.

No has pasado por todo esto para rendirte ahora, Sophie. Coraje.

Se lamió los labios con nerviosismo y se entretuvo mirando a su alrededor, sus ojos cayeron sobre un tablón de anuncios y se aproximó a leer el contenido. Apenas había tomado nota de algunas cosas cuando la puerta volvió a abrirse y escuchó una conocida voz junto a la del Amo Lucien.

—...rizos de color negro, ojos verde esmeralda y unos labios de lo más besables. —Escuchó el resumen del recepcionista—. Llegó preguntando por ti.

Se giró de inmediato hacia la puerta para ver a ambos hombres, aunque sus ojos se detuvieron sobre el más alto.

—Sophie. —La sorpresa bailó unos instantes en los ojos azul oscuro antes de desaparecer y adquirir un brillo de especulación—. ¿Qué haces aquí?

Las palabras se hundieron en su estómago como si fuesen de plomo. ¿Eso era todo lo que tenía que decirle después de cuatro años sin verse?

Alzó la barbilla y se obligó a respirar profundamente para lograr que las siguientes palabras no temblasen en sus labios.

—Vengo a pedirte algo —respondió encontrando su mirada y sosteniéndola, algo que siempre le había resultado difícil. Esos ojos parecían poder ver a través de ella.

Él enarcó una ceja, abandonó el umbral y caminó hacia ella.

—¿De qué se trata?

Se lamió los labios una última vez y respondió directa.

—Quiero que me acojas bajo tu tutela en el *Blackish*.

CAPÍTULO 1

—No puedes decirme que no, así, sin más.

Una frase demasiado contundente para una mujer tan menuda, pensó Horus recorriéndola con la mirada. Sentada frente a su escritorio parecía una pequeña hada vestida de forma escandalosa, lo suficiente escandalosa para que encajase con el ambiente de esa noche en el club. Pero ella no iba a entrar, no había luchado consigo mismo tanto tiempo para echarlo ahora todo a perder.

Contempló disimuladamente su curvilínea figura, el negro pelo rizado cayéndole sobre los hombros y esos bonitos ojos verdes brillando de irritación. Tenía las mejillas sonrojadas, sus labios se movían con rítmico erotismo provocándole unas irrefrenables ganas de mordisquearlos.

¿Había tenido que pasar cuatro años sin verla para encontrarla jodidamente deseable? Estaba enfermo. Debía haber recibido más golpes en el ring de los que pensaba y alguno de ellos había impactado directamente en su cabeza.

—Acabo de hacerlo, querida —replicó a su vez, cruzando las manos con gesto aburrido sobre el estómago—. No voy a tutelarte en el *Blackish* y tampoco voy a darte una membresía.

La manera en que apretó los labios formando un pequeño mohín

irritado lo conocía demasiado bien. Conocía cada una de sus tretas, cada una de las expresiones de esa pequeña y díscola hembra; la misma con la que había compartido seis años de su vida. Una actuación demasiado larga, una promesa hecha a su mejor amigo y que trajo consigo un tiempo más allá de la simple complicación.

Sophie Joyce había sido su esposa. Casarse con ella fue su forma de mantenerla a salvo, de cumplir con la promesa hecha a Robert, su hermano, y alejarla de las garras del hijo de puta que se tiraba a su madre.

«Ella no moverá un dedo, ni siquiera es capaz de permanecer sobria, Alex, ¿qué le pasará cuando yo no esté? ¿A quién crees que le darán la custodia esos hijos de puta? La justicia, a menudo, se olvida de los más débiles».

La justicia era una auténtica hija de puta, había dejado de confiar en ella cuando tenía trece años y fue internado en un reformatorio a petición de sus propios padres.

«Es un chico difícil, violento, temo que cualquier día se vuelva contra nosotros y se produzca una desgracia».

Sí, tanto su vida como la de Sophie no habían sido precisamente un camino de rosas, sus respectivos progenitores eran los únicos culpables de que sus destinos se hubiesen cruzado y ella hubiese terminado a su cuidado.

—No puedes hacerlo —insistió ella modulando cada palabra, concentrándose en no tartamudear—. No puedes decidir por mí. Hace tiempo que perdiste ese derecho.

Enarcó una ceja y suspiró.

—Empiezo a preguntarme si lo tuve alguna vez —replicó con palpable sarcasmo—. Lo que sí puedo asegurarte es que mi respuesta a tu pregunta sigue siendo la misma: No.

No la quería allí. Bajo ningún concepto iba a dejar que esa mujer se

pasease con menos ropa de la que llevaba puesta por las entrañas del club.

Los ojos verdes brillaron con una punzada de dolor ante sus palabras, pero pronto ocupó sus pupilas la irritación que emanaba de cada poro de su cuerpo.

—Ya no *te-tengo* dieciséis años. —La leve vacilación en su voz le indicó que estaba empezando a perder el temple y el tartamudeo que tanto odiaba volvería a entrar en escena.

Sabía lo que eso significaba para ella, lo vulnerable que se sentía en esos momentos y, en circunstancias normales, habría hecho lo que fuese para tranquilizarla, pero ahora solo deseaba sacarla de su oficina y que no volviese a poner un pie allí.

—Gracias a Dios —admitió con una mordaz carcajada—. Con sufrir una vez tu adolescencia, fue más que suficiente. Preferiría que me moliesen a golpes antes que tener que lidiar de nuevo con una mocosa hormonal.

Cruzó los brazos sobre unos encantadores y llenos pechos. Sí, ya no quedaba nada de la adolescente que había estado a su cuidado, a la que había querido, quien despertaba el deseo en sus venas y a la que se había prohibido tocar.

—¿Sigues siendo virgen? —Dejó caer la pregunta con gesto aburrido. Estaba decidido a herirla con sus palabras si con eso conseguía su objetivo; disuadirla—. Si estás buscando la manera de ponerle remedio... estás en el lugar equivocado.

Su rostro enrojeció todavía más, esos ojos esmeraldas se entrecerraron hasta formar dos pequeñas rendijas.

—*No-o, des-desde* que nos separamos me he *ti-ti-tirado* a todo tío que encontré por el camino, algo que ha *siii-sido* de lo más *sa-saaa-satisfactorio* —tartamudeó visiblemente afectada por sus palabras—. Tú no me *quisiste*. Por *su-suerte* el mundo está lleno de hombres menos... *see-*

selectivos que tú.

Se obligó a morderse una réplica.

No tienes la menor idea de nada, Kitty.

Sí, se había casado con ella pero no la había tocado en los seis años que habían estado juntos. Su única intención al contraer matrimonio era evitar que quedase desprotegida. Robert se había encargado de obtener la custodia de su hermana pequeña después de que su madre dejase claro que no estaba preparada para cuidar de una cría. Y había sido con su bendición y permiso que la entonces menor, había terminado bajo su tutela por medio del matrimonio.

«¿Qué será de ella si a mí me pasa algo? No la dejaré en manos de una hija de puta borracha y drogadicta que no ha sido capaz de evitar que a su hijo lo moliesen a palos y a su hija casi la violase uno de sus amantes».

Se estremeció interiormente al recordar aquellas duras palabras, el sentimiento de ira que había despertado en su fuero interno ante la indefensión de una niña y lo que podía pasarle si Robert no estuviese allí para protegerla.

Debería haber sido una conversación condicional, un «y si...» totalmente lejano, pero Robert Joyce había hablado con conocimiento de causa, sabiendo lo que ocurría en su cabeza y que si seguía luchando, su vida estaría en peligro.

Se habían conocido en las calles, Rob había evitado que terminase con la garganta abierta solo para llevarle a conocer al Reverendo John. El padre era un hombre de color robusto que creía que incluso los más idiotas se merecían una segunda oportunidad. Su necesidad de ayudar al prójimo lo había llevado a crear un lugar en el que los jóvenes con problemas de ira, actitud o que vivían en la calle podían aprender a controlarse y al mismo tiempo hacer deporte. El peculiar reverendo fue el único capaz de llegar a él

después de que lo internasen en ese lugar. El hombre le escuchó sin juzgar y le dio la oportunidad de descargar su ira contra el mundo ofreciéndole un deporte que le aportó la disciplina y el control que a menudo le faltaba.

Él fue también el único que tuvo el valor de decirle que no estaba preparado para tomar sobre sus hombros una responsabilidad tan grande como Sophie, pero fiel a su rebeldía y a la palabra dada, no le escuchó. ¿Cómo hacerlo cuando le debía a Robert su propia vida?

Se sacudió los recuerdos y miró de nuevo a la mujer que tenía frente a él, la misma con la que se había casado a los veintisiete —teniendo ella solo dieciséis—, para separarse seis años después sin haberle tocado ni un pelo. ¿Acostarse con ella? Había sido impensable hacerlo, no con una niña y, cuando dejó de serlo, él ya se había internado en un mundo que no deseaba para ella.

—No vas a obtener una membresía en este club, Sophie —le informó de manera tajante—. No voy a tutelarte, no voy a permitir que entres en mi club, no pienso secundar lo que sea que tengas en mente. Mi respuesta es no.

Ella se tensó, se incorporó hasta permanecer con la espalda muy recta y recatadamente sentada en la silla frente a él y lo miró sin parpadear siquiera.

—Tengo entendido que el club lo llevan *do-dos* socios —replicó con una ligera vacilación, señal inequívoca del volcán de emociones que transmitía su cuerpo—. Veamos que tiene él que *de-decir* al respecto.

Chasqueó la lengua, descruzó las manos y se apoyó en los brazos de la silla para levantarse.

—El Amo Fire te dirá lo mismo que te estoy diciendo yo ahora — declaró abandonando su asiento y rodeando la mesa hasta detenerse a su lado —. Este es un club privado, solo se puede acceder a él por recomendación de alguno de los miembros existentes o en las convocatorias de acceso que se dan una vez al año. Y tú no estás en posición de obtener ninguna de las dos.

Sus mejillas se arrebolaron, un intenso color rojo las iluminó como manzanas.

—Está claro que no me *es-estás* viendo a mí sino a la adolescente con la que te viste obligado *a-a* cargar —respondió en voz baja, demasiado serena para que le pasase por alto sus verdaderas emociones. Ella no sabía disimular, podía enmascarar su rostro, pero su cuerpo hablaba por sí solo y le decía claramente lo que pasaba por su interior—. *Pe-pero* ya no lo soy, Alex, hace años que dejé de serlo.

Asintió lentamente, dándole la razón.

—Sé que no lo eres, Sophie, pero también sé que este no es el lugar para ti —replicó al tiempo que se levantaba. No iba a perder más tiempo con ella, la conocía muy bien y sabía que cuando se le metía algo en la cabeza era imposible arrancárselo—. Si lo que buscas es bailar, coquetear y tener sexo esporádico, puedo recomendarte un interesante pub un par de manzanas más abajo.

La miró desde la cabeza a los pies y vuelta otra vez.

—El *Blackish* no es lugar para alguien como tú —aseguró apoyándose en la esquina de la mesa—. No das el perfil.

Esos ojos verdes se posaron en él sobre unos interminables segundos.

—De acuerdo entonces —replicó sorprendiéndole con su repentina recapitulación—. *Ju-jugaré* según tus *re-reglas* —aceptó pacíficamente, algo que desmentían sus ojos. Se levantó y le tendió la mano con gesto educado—. Gracias por haberte tomado la molestia de recibirme. No te entretengo más. Que tengas una buena vida. Adiós, Alex.

No pudo evitar retener su mano. Deslizó el pulgar sobre el pulso y notó el potente y rápido latido bajo su yema.

—Sophie, deja de perseguir quimeras y vete a casa.

Sabía que tenía que haber permanecido callado, dejarla salir y olvidarse

del tema, pero conocía muy bien a esa muñequita y sabía que su cerebro era como un súper ordenador a toda velocidad. Cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta encontrar la manera de realizarlo.

—*No-no* estoy *per-persiguiendo* quimeras, solo busco mi *lu-lugar* — replicó visiblemente nerviosa, pues su tartamudez se había hecho más palpable—. El que *tuuu-tú* te negaste a darme. Oh... *de-e-e-monios*.

Su enfado consigo misma era visible, la había hecho perder la concentración. Sabía lo importante que era para ella el no tartamudear, lo que le había costado aprender a modular bien las palabras y retener esa vacilación.

Aquella era una de las cosas por las que su propia progenitora la había rechazado. La ponía nerviosa una niña que era incapaz de hablar correctamente, si bien eso no pareció disuadir al hijo de puta con el que retozaba.

—Respira profundamente —se inclinó sobre ella—. Cierra los ojos y respira.

Lo miró dolida, le apartó la mano que le posó sobre el hombro y sacudió la cabeza. No habló, sabía que no lo haría hasta que estuviese segura de que las palabras saldrían correctamente, sin vacilación.

—Sophie. —La reprendió, bajó la mano hasta su garganta y le rodeó muy suavemente el cuello obligándola a levantar la barbilla—. Respira profundamente. —Ella se sobresaltó ante su tono de voz, pero obedeció—. Así. Otra vez.

A pesar de la furia que veía en sus ojos obedeció, su cuerpo se relajó bajo sus manos y siguió sus indicaciones como el más fino de los instrumentos tocado por un experto músico. Su inmediata respuesta fue como un afrodisíaco para él y tuvo que obligarse a mantener una prudencial distancia y borrar de un plumazo las eróticas imágenes que se le pasaban por

la cabeza.

—Sigues siendo una muchachita terca, en eso no has cambiado un ápice —le susurró al oído.

Ella se estremeció, pero no luchó, se limitó a levantar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—No tienes idea... de lo mucho que he... cambiado. —Se las ingenió para emitir una frase completa sin tartamudear—. Ya... ya no soy... quién era.

Vio la verdad en sus ojos, la sinceridad de sus palabras.

—Ni yo —declaró sin dejar de mirarla, le acarició la mejilla y dejó escapar un firme suspiro—. Esa vida terminó, Sophie. No soy quién era y no necesitas averiguar quién soy ahora.

Le enmarcó el rostro con las manos y se lo levantó.

—No he pasado por todo un infierno contigo para que ahora vengas y lo echés todo por tierra. —Le rozó las mejillas con los pulgares—. No voy a admitirte en el club, así que vete a casa.

Esos bonitos ojos lo atravesaron sin piedad.

—El mismo infierno por el que tuve que pasar yo —replicó ella en voz baja—. No necesito tu bendición para liberarme del pasado, no he *ve-venido* aquí para eso.

Dicho lo que quería, dio un paso atrás, se liberó de su agarre y le dio la espalda.

—*Gra-gracias* por recibirme —murmuró más tranquila—. Adiós, *Amo Horus*.

Sophie dejó escapar un profundo suspiro nada más poner los pies en la

calle. El aire frío de finales de octubre empezaba a anunciar la próxima llegada de las primeras nevadas. Iba a ser un invierno crudo, pero no lo sería tanto como los últimos cuatro que había pasado sola. Echó un vistazo a su espalda, a la discreta puerta que llevaba a uno de los clubs eróticos más exclusivos de la ciudad y su resolución cobró nueva intensidad.

«*No me rendiré*».

Estaba decidida a recuperar al hombre que le había robado el corazón y lo mantuvo a salvo hasta el momento en que la echó de su vida. Alex había sido su caballero de brillante armadura, su amor de juventud y un esposo que no la había tocado más allá de unos pocos besos o la desastrosa noche en la que descubrió que era mucho más de lo que ella creía. Esa noche comprendió que el hombre de metro ochenta y pico, anchos hombros y con la complexión de un armario, no era Sir Lancelot, sino Lucifer. Poseía su misma aura oscura, su misma brutalidad, la cual dejaba salir sobre el suelo de un ring de boxeo.

No ignoraba que Horus practicaba el *kickboxing*. Al igual que su hermano Robert solía frecuentar el gimnasio del Reverendo John, sin embargo, nunca sospechó —o prefirió ignorar ese hecho—, que su marido combatía de forma clandestina.

Posiblemente la culpa de su ignorancia estuviese en su estancia en la universidad. Después de terminar el instituto había accedido a la universidad empujada por él y obligada por las promesas hechas a su hermano, allí cursó los estudios superiores y, a excepción de las vacaciones y algunos fines de semana libres, se pasaba el tiempo en el campus.

Alex podía ser su marido porque así lo ponía un papel, pero no había relación conyugal entre ellos, en muchos aspectos, eran como compañeros de vivienda. Él estaba a su lado si se ponía enferma, la cuidaba como lo haría un hermano mayor, pero Sophie necesitaba más, necesitaba algo que él no había

estado dispuesto a darle.

Estaba próxima a terminar sus estudios y graduarse cuando descubrió quién era realmente el hombre con el que compartía su vida y, con ese descubrimiento, llegó el final de su relación.

«¿Cómo puedes hacerlo? ¡Ya he perdido a Robert, Alexander, no quiero que te pase lo mismo! ¡No quiero quedarme sola!».

Sacudió la cabeza, se pasó una mano por el rizado pelo y se obligó a respirar profundamente al notar como temblaba.

—No voy a huir. —Se esforzó por modular lentamente las palabras, evitando el tartamudeo que le había costado más de una humillación en su adolescencia—. Esta vez no.

Haría lo que tuviese que hacer para demostrarle que ya no era una niña, que no era la ingenua y virginal chiquilla con la que había convivido y que la mujer que se había presentado hoy en su oficina, estaba dispuesta a todo, incluso a quemarse en las malditas llamas del infierno si con eso podía hacerle comprender que era la única para él.

Alex se había encargado de hacerla despertar de un bofetón a la vida, de mostrarle quién era realmente y que él no era el brillante hombre que pensaba. Le mostró su cara más oscura, destrozó el corazón de una muchacha ingenua e inocente en el almacén al que lo había seguido algo más de cuatro años atrás. Pero aquella Sophie ya no era ella, su vida, sus metas habían cambiado drásticamente a partir de ese punto. De hecho, si llegaba a enterarse en qué estaba metida ahora, la estrangularía con sus propias manos.

Sus ojos se habían abierto entonces de muchas maneras, había descubierto quién había sido realmente su hermano y la labor altruista que había llevado a cabo en los suburbios en los que ambos se habían criado; una labor que no había dudado en continuar.

No, ya no era la misma chiquilla ingenua e iba a demostrárselo.

—Si necesito una maldita invitación de un jodido socio para poder entrar en tu fortaleza, por Dios que la obtendré —siseó para sí, le echó un último vistazo al local y echó a andar por la acera en dirección a novena avenida—. Solo espera, Amo Horus, solo espera.

Sabía que su presencia allí lo había sorprendido tanto o más como el hecho de que le hubiese pedido que la tutelase, pero si pensaba que se iba a marchar sin más, estaba muy equivocado. No había recorrido un camino tan largo como para que ahora la hiciese a un lado sin mirarla siquiera.

CAPÍTULO 2

—Sophie, dame una buena razón para que no te azote hasta que se me canse el brazo.

Damien Knight no era un hombre con el que se pudiese jugar, no a menos que él dictase las reglas. Era un amo en toda la extensión de la palabra, uno justo pero exigente que odiaba apasionadamente las mentiras. Y, por encima de todo eso, era su amigo y mentor.

Los ojos de un oscuro tono castaño se posaron sobre ella, se había quitado la americana, tenía algunos botones de la camisa desabrochados y las mangas enrolladas dejando ver unos fuertes antebrazos. Sentado en el sofá, con un tobillo cruzado sobre la otra rodilla, la miraba bajo unas espesas pestañas que hacían su mirada incluso más intensa.

—Um... ¿Por qué he hecho la cena y ha estado para chuparse los dedos?

Esa mirada que tan bien conocía se entrecerró sobre ella.

—Sophie...

Se mordió el labio y suspiró. Él la había rescatado ya una vez de su propia estupidez, impidiendo que se hundiese todavía más en sus malas decisiones y acogiéndola bajo su ala, tutelándola y enseñándole que la sumisión, cuando se entregaba de forma voluntaria, podía ser una verdadera

liberación para ella.

Su primer encuentro había sido totalmente fortuito, el agente del FBI no había tenido inconveniente en leerle la cartilla y, sus palabras, así como su presencia había calado lo suficiente fuerte en ella como para hacerla despertar. Ambos se habían reconocido en ese momento como lo que eran y él no había dudado en recurrir a toda clase de triquiñuelas hasta que la tuvo dónde quería; bajo su atenta mirada.

Dam fue el que reconoció en ella una necesidad que solo había explorado superficialmente, quién la hizo sentarse en la barra de un bar y la instó a hablar y beber hasta sacarle toda la mierda que llevaba en su interior. La había llevado a su solitaria casa, a la vivienda que había terminado comprando tras su separación y, al contrario que otros hombres, no le pidió nada, no le exigió nada. Se había limitado a ofrecerle su amistad y la posibilidad de explorar ese lado recién descubierto de su sexualidad.

El maldito Damien Knight era un jodido caballero en todos los sentidos.

—Lo siento, señor, yo solo... —Sacudió la cabeza sin saber muy bien que decir. Se acercó a él y se dejó caer lentamente en el cojín, se inclinó contra el sofá y suspiró—. Ya sabes que no se me da bien aceptar negativas.

Oh sí, lo sabía muy bien. Como su primer Dom y su tutor en el mundo de la sumisión sexual, le enseñó disciplina y lo que podía pasarle cuando cruzaba la raya. En muchos aspectos, la había hecho despertar, la hizo sentirse como una mujer de verdad. Así que ocultarle cosas no era la opción correcta, no si no quería herir a un buen hombre y dañar su amistad.

Con todo, sincerarse no era sencillo, ¿cómo podía decirle que estaba dispuesta a conseguir al mismo tío que la había dejado tirada cuatro años atrás?

—Alex me rescató de maneras que ni siquiera fui consciente hasta

después de perderle —intentó explicarse—. Ahora sé que actuó movido por la promesa que le hizo a mi hermano, entiendo cosas que antes no comprendía... Pero ya no soy esa niña y la mujer en la que me he convertido, quiere liberarle de esa promesa.

La miró con intensidad.

—Horus no es un amo fácil —le informó, pronunciando el nombre por el que era conocido en la comunidad BDSM—. No suele mantener relaciones permanentes con las sumisas, no es alguien que esté cómodo con las ataduras.

Levantó la mirada hacia él.

—No pretendo atarlo...

Negó con la cabeza.

—No eres su tipo de sumisa, Sophie...

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Eso mismo dijiste tú de mí cuando nos conocimos, señor —le recordó con suavidad—, y a pesar de todo, te quedaste conmigo.

Sonrió de soslayo.

—Nuestro arreglo es muy distinto a lo que sospecho tienes en mente y te mueve en esta nueva empresa particular tuya —declaró sincero—. Yo me quedé contigo porque necesitabas que alguien te guiase en un momento en el que habías tocado fondo e hice mía esa misión.

Se giró y pasó un brazo por detrás de ella, acercándola.

—No me gustaría ver como todo ese esfuerzo se va por el desagüe por una mala decisión —resumió sin vacilación—. Pero tus decisiones son tuyas, como también lo son los errores que deriven de ellas.

Se inclinó hacia él, apoyando la cabeza en su hombro y levantó el rostro. No tenía muchas oportunidades de acercarse de esa manera, Dam era un hombre que imponía las normas y mantenía a las sumisas en su lugar en todo momento. Con ella, parecía hacer una excepción.

—¿Eso quiere decir que vas a llevarme contigo, señor?

Sus labios se curvaron con ironía.

—La entrada al *Blackish* tiene un precio, mascota.

Se puso alerta al momento, este amo no era alguien que hablase por hablar. Se puso derecha y esperó.

—Espero que mi sumisa obedezca sin rechistar...

Abrió la boca, pero él la frenó.

—Sin rechistar, mascota.

Apretó los labios y asintió.

—En voz alta, por favor. —La miró a los ojos—. Quiero ver si lo entiendes.

—Sí, señor.

Asintió de manera breve y concisa.

—Participaras en las escenas que yo decida, en público y en privado.

Sus ojos se encontraron y supo instintivamente que estaba esperando que se negase. Él sabía que no le gustaba jugar en público, especialmente si tenía que prescindir de toda la ropa. Y, conociéndole, eso sería exactamente lo que le exigiría. Tenía que hacerlo, si quería entrar en el club y demostrarle a ese cabeza dura que ella podía estar a su altura, tenía que superar sus propias barreras.

—Como tú digas, Amo Damien.

Él la miró con palpable intensidad.

—Estás decidida a meterte en la boca del lobo, ¿eh?

Se encogió graciosamente de hombros.

—He tenido tiempo más que suficiente para pensar en lo que deseo, señor y...

—...lo deseas a él.

No pudo evitar sentir como se le encendían las mejillas.

—Quiero pensar que es más que deseo —replicó bajando la mirada—, que es mucho más que eso lo que me mueve a desafiar al Amo del *Blackish*.

Le cogió la barbilla entre el índice y el pulgar y la miró a los ojos.

—En ese caso, estate preparada el sábado que viene a las 10. —Se inclinó sobre ella y le acarició el pelo—. Y conciénciate de que voy a empujarte, pequeña, no te dejaré en otras manos si no estoy realmente seguro de que podrán sostenerte.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 3

Una semana después...

Horus echó un vistazo alrededor de la sala principal del club, era sábado y el local estaba bastante concurrido. Después del taller impartido el día anterior reconoció a algunas de las parejas así como a dos pequeñas sumisas que habían decidido ir más allá. Había también un par de nuevos Doms que habían pasado recientemente las pruebas de admisión y que entraban a formar parte del círculo interno del club. Eran gemelos y, al mismo tiempo no podían ser más distintos entre sí. Mientras Dain Ratcliffe era moreno, su hermano Lucien había decidido teñirse de un blanco plateado que contrastaba con los sagaces ojos azules, ambos eran dos armarios roperos, pero ahí terminaban

sus similitudes. De hecho, incluso preferían jugar por separado. Ambos habían colaborado el último mes en los talleres, así como en las demostraciones del club, poniendo a prueba su experiencia y dejando claro que sabían lo que hacían.

Continuó con el recorrido visual hasta encontrarse con la pequeña sumisa de pelo azul apoyada en una de las columnas. Hizo una mueca y se giró hacia la barra, dónde Brian estaba echando una mano a Logan con un par de bebidas.

—¿Vas a dejarla mucho tiempo más allí?

El inspector de incendios levantó la mirada y la dirigió hacia su mujer sin necesidad de más explicaciones.

—Lo justo para que no pueda volver a protestar por la rehabilitación.

Luna había sufrido un grave accidente y se había fracturado la pierna por varios sitios. Su recuperación estaba siendo lenta y esa lentitud, él lo sabía por experiencia, a menudo causaba una incesante frustración. Brian había sido inteligente al arrastrarla al club, eso no solo le obligaba a moverse, a relacionarse, sino que también le proveía una salida a la frustración.

—Ha sido una semana difícil —chasqueó el Dom y sacudió la cabeza—. Pero no tiene permiso para rendirse.

Sonrió de soslayo ante la aplastante seguridad de su socio. Cualquiera, en su misma situación, pensaría que hablaba más por ego que por otra cosa, pero conocía al bombero lo suficiente para saber que no lo decía por decir.

La explosión de la caldera del inmueble había dado como consecuencia la destrucción de buena parte de la vivienda de la chica y su compañera de piso; la actual sumisa de Wolf. Luna había pasado directamente desde el hospital a la casa del copropietario del club, dónde él podía vigilarla y cuidarla.

—¿Quieres que le dé un empujoncito?

Lo miró y enarcó una ceja.

—La última vez que lo hiciste terminé zurrándola con una jodida pala que llevaba su nombre —le recordó con gesto divertido—. Procura que esta vez la cosa se quede en simples azotes.

Se rio entre dientes.

—Cuando aprenda a estarse calladita y no replicar a un amo, quizá pueda hacerlo.

Brian puso los ojos en blanco.

—Antes se helará el infierno que ver a Luna callada durante más de dos minutos —negó con la cabeza. Entonces se inclinó sobre la barra al recordar algo—. Ahora que me acuerdo, sobre las noches temáticas para el mes, ¿de quién ha sido la idea de la «caza nocturna»?

El interés estaba presente en sus palabras.

—De Camden —respondió Logan, quién acababa de dejar un par de consumiciones ante una pareja y se acercó a ellos—. Siobhan le dio la idea después de obligarle a perseguirla por toda la casa a oscuras. No es divertido llevarte un par de sillas y mesas por delante. Sumi se pensará dos veces el replicarle a alguno de sus Maestros.

El chef era uno de los dominantes que solía pasarse de vez en cuando por el club, un amigo cercano de Brian.

—Me pareció una opción interesante —declaró echando un vistazo a la planta principal—, y menos sucia y peligrosa que las batallas en el barro.

—Siempre podemos recurrir a la espuma —replicó Brian de buen humor—. Eso sí, primero habría que acolchonar el suelo. No veas las hostias que se pegan los críos y no tan críos en las fiestas del colegio. Alguien debería explicarles que debajo de la espuma no hay agua.

Lo miró interesado.

—Espuma, ¿eh? —Se frotó la barbilla pensativo—. Um... eso podría

encajar perfectamente en lo que tengo en mente. Después te contaré mi plan.

—Sois como Maquiavelo en dos sesiones, me gusta —aseguró Logan antes de volver a lo suyo.

Los dos se miraron y Brian sacudió la cabeza para luego señalarle a su sumisa.

—Si se pone terca, que lo hará, recuérdale que tiene una pala con su nombre y a su maestro no le temblará la mano al utilizarla.

Enarcó una ceja.

—No te conocía esa vena sádica...

Resopló.

—No la tenía hasta ella... de hecho, carecía de muchas cosas hasta ella.

Y esa era la admisión más grande que había escuchado de ese hombre en todo el tiempo que llevaba al frente del club.

—Entonces será un «*in and out*», lo tengo —declaró levantando el pulgar en señal de *OK*—. La devolveré al sillón hasta que puedas hacerte cargo tú mismo.

Su compañero asintió, le palmeó el hombro y echó un último vistazo en dirección a la chica, la cual les daba la espalda ajena a sus planes.

—Hazlo, por favor —asintió—. Cuando termine con mi sumisa esta noche, no le van a quedar ganas de seguir protestando por la rehabilitación.

Devolvió su atención a la muchacha de pelo azul, la cual dividía ahora todo su peso entre la pierna sana y la columna, su lenguaje corporal hablaba de dolor, uno que nada tenía que ver con la finalidad erótica y sí con una pierna destrozada en un fortuito accidente. Chasqueó la lengua y caminó en su dirección.

—Maldita sea... duele y no es ni remotamente divertido. Esto no tiene nada que ver con el mondadientes, duele y punto. —La escuchó farfullar en voz baja—. Joder... no es justo... mierda, mierda, mierda...

—No te hacía masoquista, mascota.

La aludida levantó la mirada e hizo una mueca al encontrarse con la suya.

—No lo soy. Ni un poquito, señor —replicó con un mohín—. Sencillamente me puede la estupidez.

La recorrió con la mirada, había apoyado todo el peso del cuerpo en la columna y se mantenía en precario equilibrio.

—La misma estupidez que hizo que me dejase olvidada la muleta en el reservado. —Hizo una mueca—. ¿Tienes idea lo que cuesta bajar esas malditas escaleras cuando te estás haciendo pipí? ¿Quién diablos tuvo la fabulosa idea de poner los baños en la planta baja y alejados de la mano de Dios? Es una tortura para alguien que no puede moverse más rápido que una tortuga reumatoide.

Enarcó una ceja ante su rápida consecución de frases, entonces se cruzó de brazos e hizo hincapié, tan solo con la mirada, del collar de noche y las esposas de cuero que hacían juego con su pelo y las franjas del brevísimo vestido de cuello *halter*.

—¿Cuáles fueron las órdenes que te dio tu Amo?

La manera en que tragó, el brillo en sus ojos y esa rápida recapitulación le dijeron mucho más que cualquier puñado de palabras. El nerviosismo fue instantáneo, la forma en que desvió la mirada y la deslizó sobre el local hablaba por sí sola.

—No es justo, Horus, me estaba haciendo pis.

—Luna...

Dio un respingo y arrugó la nariz obviamente disgustada.

—¿Qué? ¿Tú te habrías quedado sentado, con las piernas cruzadas y aguantando las ganas de hacer pipí? No, ¿verdad?

Enarcó una ceja, no dijo nada más, se limitó a mirarla. Ella sabía que

esa no era la manera correcta de dirigirse a un Dom, lo había aprendido por el camino difícil.

—Me duele la pierna. —Admitió entonces en voz baja e irritada—. Por favor, si vas a sermonearme, Amo Horus, ¿podrías hacerlo en un lugar en el que pueda sentarme?

—Tus modales dejan mucho que desear, sumisita.

—Los tuyos también lo harían si diese la casualidad de que tuvieses un tornillo en la pierna y una placa sujetando dos fragmentos de hueso, el fisioterapeuta te hubiese dejado aún más coja y el efecto de los analgésicos se hubiesen pasado ya hacia el mediodía —musitó en voz muy baja, apenas audible de no haber estado cerca de ella—. Señor.

—No me gustan los murmullos, Luna, si necesitas decir alguna cosa, hazlo en voz alta y en tono educado. —Le aferró la barbilla con dos dedos y se la levantó—. Te escucho.

El brillo en sus ojos cambio de la simple molestia al de las lágrimas.

—Solo... solo quería ir al baño, Amo Horus —replicó en tono más alto, tembloroso—. No... no pensé en la muleta hasta después de bajar las escaleras y ver que no podía volver a subir a por ella.

—Pero podías haber pedido a alguien que te la bajase —le recordó con voz tranquila—. O haber llamado a tu maestro, en primer lugar.

Apretó los labios y levantó la barbilla a pesar de que no se la había soltado.

—Necesito hacer esto por mí misma —replicó—. No... no quiero ser una carga para mi señor... ni para nadie.

Sacudió la cabeza, aflojó su agarre hasta soltarla y le limpió con el pulgar una lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—¿Le has dicho esto que me acabas de decir a mí al Amo Fire?

Sus mejillas se colorearon ligeramente y sacudió la cabeza.

—Luna, el primer deber de una sumisa es ser siempre sincera con su amo, especialmente cuando está en juego su salud —le recordó—. No somos adivinos, cariño, si una sumisa no nos dice abiertamente lo que ocurre, no podremos saberlo y por ende, no podremos ponerle solución.

—Yo tuve el accidente, no él, Amo Horus —replicó al instante—. No quiero... no quiero que se sienta culpable por no poder evitar... que me duela... No me gusta verle así.

—¿No te has parado a pensar que eso es lo mismo que piensa él de ti? —Le ofreció otro punto de vista—. A tu amo tampoco le gusta verte así. A ningún Dom le gusta ver el dolor en los ojos de su sumisa cuando este lo ha provocado algo que se escapa a su control y al que no puede ponerle remedio.

Ella no respondió, se limitó a bajar la mirada. Sacudiendo la cabeza, le rodeó la cintura con el brazo y tomó todo su peso para sí.

—Un pie delante del otro, de acuerdo. —La instruyó mientras la sujetaba—. Camina despacio. Vas a sentarte en las escaleras y no te moverás de ahí hasta que venga Fire a buscarte. ¿Ha quedado claro?

Siguió su mirada e hizo una mueca, pero asintió.

—Sí, señor.

—Y Luna.

Levantó la cabeza para mirarle.

—Tan pronto venga tu amo, vas a decirle todo lo que acabas de decirme a mí —añadió con firmeza—. Es una orden, mascota.

Resopló pero acabó por asentir una vez más.

—Sí, señor. Lo haré.

—Hazlo, chica. —Se inclinó sobre su oído al llegar a las escaleras—. O tu maestro no tendrá problema alguno en utilizar cierta pala con tu nombre.

El enrojecimiento instantáneo en el rostro femenino le hizo sonreír.

—Pórtate bien, Lunita. —Le revolvió el pelo—. Te lo enviaré en un

momento.

Su respuesta fue hacer una nueva mueca.

—Gracias, señor.

Satisfecho, dejó a Luna e inició la vuelta de comprobación por el área principal. A esas horas la mayoría del mobiliario ya estaba ocupado y el área de reservados del piso superior contenía un par de parejas que charlaban en voz baja, posiblemente acordando próximas escenas o conociéndose. El sonido de los juguetes de impacto, los gemidos y gritos inundaban el lugar entremezclándose con la música electrónica que caldeaba el ambiente, el aroma de los limpiadores, el cuero y el sexo lo perfumaban y en conjunto daban nombre a lo que era el Club *Blackish*.

Paseó la mirada por las distintas áreas acotadas, saludo a algunos socios, sonrió a las sumisas que conocía y se detuvo a disfrutar unos instantes de una erótica escena en el banco de *spanking* en la que Camden se divertía aleccionando a una traviesa Siobhan. Al otro lado de la sala, en una de las cruces de San Andrés, Damien, uno de los socios que había entrado a formar parte del club ese mismo año, comprobaba las restricciones de una sumisa. La menuda y curvilínea muñequita había sido atada de cara a la pared, sus brazos y piernas abiertos dejando su cuerpo dispuesto al experto toque del Dom. De piel clara, tenía una perfecta espalda y unas nalgas redondeadas enmarcadas por el hilo de un tanga azul brillante que su amo no dejó mucho sobre ella. El Dom deslizó las manos sobre los hombros, siguiendo el hilo de su espalda, tocándola de modo experto, haciéndola temblar, entonces le dio una pequeña azotaina, le susurró algo al oído y se giró hacia la bolsa negra que mantenía a un lado, cerca de sus pies. La punta de unas tijeras se deslizó entonces por el interior de la diminuta prenda y la cortó, repitió la operación una vez más y arrancó el pedacito de tela de entre sus piernas. Ella debió decirle algo, porque él se rio, se inclinó sobre ella, le cogió la barbilla con los

dedos y le giró el rostro. La chica llevaba los ojos cubiertos por un antifaz, pero esas mejillas arreboladas, la forma de su nariz y los apetitosos labios lo dejaron sin aliento; sabía perfectamente quién era esa mujer.

CAPÍTULO 4

Sophie había olvidado un hecho importante con relación a Damien; una buena sumisa nunca cuestionaba las decisiones de su Dom. Hacerlo podía traer consigo un sinfín de maquiavélicas posibilidades como estaba comprobando en su propia piel.

Tembló de expectación al sentir de nuevo sus manos recorriéndola. El muy maldito le había dicho al oído que, por haber protestado, iba a cortar le el tanga dejándola totalmente desnuda para su disfrute.

«¿De quién es este cuerpo, Sophie?».

Casi se muerde la lengua con la respuesta.

«Tuyo, señor».

El maldito se lo estaba pasando en grande.

«Así es. Y como mío, si quiero lucirlo, si deseo que otros contemplen lo delicioso que es, lo haré y tú no tienes nada que decir al respecto».

Se contuvo de dedicarle una réplica mordaz, entonces la sorprendió con una pequeña pero punzante azotaina.

«El tanga fuera». Le anunció sin más. *«No te muevas».*

Un instante después había sentido la dureza y frialdad del acero contra su piel, el elástico de la diminuta prenda cediendo en un lado de su cadera, repitiendo la operación en el otro para finalmente notar como la tela resbalaba

entre sus piernas y el aire acariciaba sus pliegues ahora expuestos.

No había podido reprimir un colorido insulto, cosa que lo hizo reír, entonces notó los dedos en su barbilla, girándole el rostro y su aliento acariciándole la mejilla.

—No tienes permitido correrte. —Le informó con voz profunda, sensual y su cuerpo reaccionó al momento, como un piano bien afinado ante el maestro que lo tocaba—. Recuérdame cual es la palabra de seguridad.

Se lamió los labios.

—Rojo. —Habían acordado utilizar la palabra de seguridad del club—. Es rojo, señor.

Sus dedos se deslizaron entonces bajo su garganta, le pellizcó la piel y notó sus labios acariciándole el oído.

—Utilízala si la necesitas —le susurró. Sus dedos le rodearon el cuello, hundiéndose en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para capturar su boca y provocarla con un beso aplastante que la dejó sin aliento.

Los firmes labios le acariciaron, la lengua incursionó en su interior y la provocó, saboreándola, incitándola a responder. Su cuerpo cobró vida, sus pechos se hincharon, se le humedeció la entrepierna y gimió en su boca ante su sabor. Tiró inconscientemente de las muñecas solo para que el sonido metálico le recordase que estaba atada, completamente a su merced. La mano que le sujetaba apretó un poco más, los labios masculinos se hicieron más exigentes y terminó totalmente subyugada a él.

—Eres deliciosa —murmuró abandonando sus labios, premiándola con pequeños besos y mordisquitos en la mandíbula y columna de su cuello hasta recalar sobre la sensible piel de su hombro.

Las manos de largos dedos resbalaron por su espalda, le acarició las costillas y alcanzaron sus pechos, amasándolos, frotándole los pezones con los pulgares mientras le mordisqueaba la base del cuello.

Jadeó y echó la cabeza hacia atrás, sentía un hormigueo por todo el cuerpo, sus jugos resbalando de su sexo y bañando sus muslos. Instintivamente intentó cerrar las piernas, pero una vez más el tintineo de las cadenas y las esposas alrededor de los tobillos le recordaron que las decisiones ya no eran suyas, que su cuerpo no le pertenecía y solo podía aceptar lo que él le daba.

—Um... tu piel está adquiriendo ese tono de rubor que tan bien le sienta, tus pezones crecen bajo mis dedos y estoy convencido de que, si te acariciase entre las piernas ya te encontraría mojada —ronroneó inflamándola con sus palabras, haciendo girar de nuevo las sensibles cúspides entre sus dedos—. ¿Lo comprobamos, muñequita?

Cada caricia era como una llamarada de fuego sobre su piel, sus dedos apenas le rozaron el culo y le provocó un escalofrío de placer.

—Responde, Soph. —Bajó el tono de voz—. ¿Debo comprobar si estás húmeda?

Gimió, cada caricia la estremecía, la encendía y hacía que se derritiera, si la tocaba ahora comprobaría que sus palabras eran acertadas. No tuvo tiempo de responder, pues sus dedos volvieron a cerrarse sobre su barbilla, su boca poseyó la suya en un duro y sexual beso que la dejó sin aire e incrementó el fuego que comenzaba a arremolinarse en su bajo vientre.

—Por favor, señor.

Le lamió los labios, cogió el inferior entre sus dientes y tiró de él mientras sus manos bajaban de nuevo a sus pechos, inflamándolos, jugando con sus pezones. Tironeó de la hinchada carne, la hizo rodar entre sus dedos aumentando la presión con cada pellizco hasta que se estuvo retorciendo contra su pecho.

Podía notar su cuerpo pegado al suyo, su dura polla todavía encerrada por el pantalón de corte italiano empujando contra su culo, la tela de la

camisa, los botones, rozándole la desnuda espalda. Él permanecía vestido mientras que ella estaba desnuda, atada y a su merced.

Una ligera corriente eléctrica empezó a fluir entre sus pechos y su sexo, impactando directamente en su clítoris, dejándola sin aliento.

—Amo Damien, por favor —gimoteó cuando volvió a mordisquearle el cuello, apretando sus pezones hasta el punto de que el dolor se convertía en placer, frotándose contra ella, calentándola y haciéndola cada vez más consciente de sus necesidades.

Ladeó la cabeza para darle mejor acceso a la suave columna de su cuello, las grandes y masculinas manos se deslizaron hacia abajo por su cuerpo, dejando un sendero de fuego que fue directo a su rasurado sexo. La acarició de manera superficial, un toque de alas de mariposa antes de deslizar un dedo a través de sus pliegues, empapándose de su humedad, deslizándose de atrás hacia delante.

—Abre la boca. —Una oscura orden susurrada en su oído y entonces su dedo penetró en su boca, acariciándole la lengua, haciéndola probarse a sí misma en él—. Chupa.

Lo hizo, succionó su dedo, lo rodeó con la lengua un segundo antes de que lo retirase y apretase al mismo tiempo uno de sus sensibles pezones haciéndola ponerse de puntillas. El pico de dolor la atravesó con fuerza hasta hundirse en su sexo, se mordió el labio inferior y gimió.

—Mojada, muy mojada. —Continuó en su oído un segundo antes de que su mano regresase entre sus piernas, aferrándole el sexo, ronroneando de placer—. Estás caliente y húmeda, lista para jugar.

Notó como introducía un dedo en su interior con premeditada lentitud al tiempo que le mordisqueaba la oreja. Empezó a masturbarla con lentitud, como si se recrease en cada movimiento mientras el pulgar encontraba el hinchado clítoris y lo rozaba una y otra vez. La fricción empezó a

desquiciarla, el deseo era rabioso en su interior, la necesidad empezó a crecer más y más.

—No puedes correrte, Sophie —le recordó—. Si lo haces sin mi permiso, este pequeño y bonito culo conocerá el picor del *flogger* una vez más.

Su promesa la excitó y asustó al mismo tiempo. Él la había castigado así una vez, el recuerdo del inesperado y caliente picor de las tiras de cuero la estremecieron y juraría que hizo que se mojase aún más.

—Señor, por favor...

La mano entre sus piernas siguió acariciándola, el grueso dedo entrando y saliendo con una cadencia que la enloquecía.

—Ya sabes cuál es el castigo, dulzura, de ti depende no recibirlo o ser azotada. —Le informó un segundo antes de retirar el dedo de su interior, dar un paso atrás y abandonarla durante unos instantes.

Su ausencia fue como si le arrancasen una parte de sí misma, la necesidad crepitaba en su interior, hacía palpar su sexo y la imposibilidad de liberación la volvía ansiosa y la molestaba al mismo tiempo.

—Amo Damien... —Lo llamó. Ciega como estaba, restringida, expuesta a quién quisiera mirarla era una presa fácil para sus propios miedos, para su imaginación.

Una sonora palmada siguió a un intenso picor en la nalga izquierda, luego en la derecha.

—Compórtate, mascota. —Su voz sonó cerca, su presencia de nuevo entró en su mente, su mano amasó el lugar en el que la había golpeado antes de sumergirse de nuevo entre sus piernas y acariciarla una vez más—, o será el único que disfrute del postre.

Un segundo dedo entró entonces en acción, la penetró sin previo aviso, hundiéndose en su caliente y húmedo coño con fuerza, se retiró y volvió a

entrar una vez más antes de abandonarla de nuevo por completo.

—¡Señor! —gimió desesperada.

Le escuchó reírse, oyó algo resbalando sobre el suelo y al momento siguiente un suave soplido sobre su húmedo sexo.

—Di «*bon appetite*», Sophie.

Las palabras entraron en su mente pero no llegaron a cuajar, pues la húmeda y caliente boca cayó sobre su sexo al momento. Su lengua la lamio con fruición, sus labios la chuparon y torturaron con la colaboración de sus dientes. En un abrir y cerrar de ojos se encontró jadeando, retorciéndose lo que las restricciones le permitían mientras esa boca la devoraba sin piedad. El placer explotó en su vientre, el ardor en su sexo se volvió una tortura y la cabeza empezó a darle vueltas. ¿Y él quería que no se corriera? ¿Estaba loco?

Apretó los dientes y luchó por respirar, intentó surfear cada punzada de placer que se enroscaba en su interior con cada pasada de la lengua, pero cuando esos labios se cernieron sobre su hinchado clítoris y un dedo invasor la penetró al mismo tiempo, sus esfuerzos por contener el orgasmo se volvieron una tarea titánica.

—Señor, por favor, no... no puedo...

Sopló su carne, dándole un breve momento de alivio.

—No. Te. Corras.

Remarcó cada una de las palabras convirtiéndolas en una orden inquebrantable, una a la que se aferró con uñas y dientes, pero su cuerpo tenía vida propia y no estaba por la labor de colaborar.

Lloriqueó cuando el placer se hizo insoportable, cuando la necesidad empezó a dominar su mente y todo lo demás.

—Amo Damien, por favor, por favor, deja que me corra, por favor...

Su respuesta fue lamerla una vez más, entonces se retiró y se incorporó, susurrando en su oído.

—Todavía no.

Capturó su boca, sujetándole la cabeza por el pelo, arrancándole al mismo tiempo el antifaz que le había cubierto los ojos hasta ese momento, la penetró con la lengua, succionó la suya y la llevó a gemir para luego separarse y mirarla.

—Diez —le informó. No tuvo que agregar nada más, escuchó el sonido de la cremallera del pantalón y a continuación el rasgueo del papel de un condón—. Cuenta en voz alta... y después, quizá, te permita correrte. Hazlo antes... y te zurraré.

Le dio un último beso y acto seguido notó la gruesa punta de su polla introduciéndose en su húmedo interior.

—¿Sophie?

Intentó recuperar el aire después de recibirle cuando se metió de un solo empujón y graznó.

—Uno.

Se rio entre dientes.

—Buena chica.

El muy maldito era realmente aficionado a torturarla de aquella manera y lo hacía realmente bien. Cada penetración cambiaba de ángulo y tocaba una parte de ella que la volvía loca.

—Oh dios...

—Un número, cariño, un número.

El muy bastardo se estaba riendo.

—Dos —gimió poniéndose de puntillas.

El cuero de la parte central de la cruz se frotaba contra su vientre y su rasurado monte de venus con cada nueva embestida haciendo que las sensaciones se incrementasen. Los números tres y cuatro los emitió en un bajo lloriqueo, el cinco salió como un siseo y los tres siguientes fueron una

auténtica y deliciosa tortura.

—Dos más. Dámelos y dejaré que te corras.

Asintió sin saber qué otra cosa hacer, su mente ya no razonaba con coherencia, todo su cuerpo era un nudo de placer rabioso que necesitaba explotar y cada nuevo empujón era como una espada atravesándola.

—Nu-nueve.

Dejó escapar un lloriqueo al escuchar su propia tartamudez.

—Uno más, Sophie —le susurró al oído y la penetró de nuevo, con premeditada lentitud.

—Diez —lloró.

Los largos dedos subieron entonces a sus pechos, capturando sus pezones, pellizcándolos al tiempo que él empezaba a montarla con fuerza y rapidez.

—Esa es mi chica —ronroneó en su oído—. Córrete para mí, déjate ir.

No tuvo que decírselo dos veces, su cuerpo reaccionó por sí solo ante la punzada de placer que le provocó su pellizco sobre las tiernas cúspides y se rompió en mil pedazos, corriéndose con un grito mientras él la montaba con fuerza, introduciéndose en su interior, saliendo y volviendo a empujar hasta terminar corriéndose también.

No supo el tiempo que pasó hasta que la liberó de las restricciones, ni de dónde salió la manta con la que la envolvió, todo lo que podía hacer era quedarse quieta, como una muñeca sin cuerda, intentando recuperar el aliento mientras él la llevaba en brazos.

—Bueno, nena, si con esto no has captado el interés de otros Doms, no sé lo que lo hará —le dijo al oído, la acomodó en su regazo y la envolvió con la manta—. Tus gritos se han oído hasta en las habitaciones temáticas.

La risa en su voz no hizo otra cosa que aumentar su incomodidad, habría querido pegarle, pero no tenía fuerza ni para levantar la mano.

—*Cu-cuando* pueda *le-levantar* la mano *tttt...* uff.

—Respira profundamente. —Posó la mano entre sus pechos por debajo de la manta y apretó suavemente—. Así, otra vez.

Hizo lo que le pidió, controlando su respiración y vaciando la mente.

—Cuando pueda... levantar la mano... te pegaré.

Él se rio entre dientes.

—Me parece que no —replicó, acomodándose con ella en brazos—. Estarás ocupada con otras cosas.

Su extraño comentario no cobró sentido hasta que escuchó una conocida voz.

—Va a necesitar esto.

—¿Ahora haces también de camarero? —comentó Damien con oculta diversión, aceptando lo que le tendió.

—No te acostumbres —declaró el recién llegado, sus ojos se encontraron finalmente y vio en ellos una mezcla de enfado y deseo. Sin embargo, no dijo nada, arrancó la mirada de ella y se volvió de nuevo a su Dom—. Que disfrutéis de la velada.

Damien asintió y desenroscó el tapón de la botella de agua que había dejado Horus y se la entregó.

—Bebe —le ordenó sin mirarla siquiera, sus ojos seguían al dueño del club a través de la sala—. Interesante, realmente interesante.

Se lamió los labios después de dar el primer sorbo.

—¿Qué es interesante, señor?

Se giró hacia ella, mirándola.

—Bébetela toda el agua, nena, la necesitarás.

CAPÍTULO 5

Horus no podía quitarse de la cabeza la escena que acababa de presenciar, sus gemidos, la forma en que se arqueaba, en que su cuerpo respondía a las demandas de un Dom, en que se sometía y entregaba, era magnífica en su placer... y malditamente prohibida.

Apretó los dientes y luchó por respirar a través del deseo, tenía una erección de mil demonios, le dolían las manos por tocar esa piel, pero no podía. No solo estaba con otro amo, no podía hacerle eso a ella, no a la mujer que había prometido proteger incluso de sí mismo.

—Maldición —siseó por lo bajo—. Le dije claramente que no la quería aquí, ¿y qué hace? Viene con un jodido socio. La madre que la parió.

Evitó mirar hacia atrás y optó por subir al primer piso, alejarse todo lo que pudiese de la tentadora mujer que había convertido su noche en un infierno. Saludó a Brian y sacudió la cabeza con diversión al ver cómo su sumisa hacia pucheros. Abrazada a su cintura, sentada en su regazo, mantenía la pierna en alto a través del asiento. La manera en que parecía querer fundirse con él, así como la protección que ofrecía la mesa, le dio todas las indicaciones que necesitaba para formar el cuadro. La dulce Luna se había ganado el castigo por su obstinación, uno del que iba a disfrutar.

Dejó a la pareja y continuó con su recorrido, las habitaciones temáticas

estaban ocupadas y de su interior salían los sonidos correctos, todo iba sobre ruedas. Comprobó las que estaban vacías y tomó nota para enviar a algún voluntario a adecentar una de ellas. Desde allí arriba tenía otra perspectiva de la zona principal, había un par de parejas bailando y charlando mientras se movían por la pista situada en una esquina, el bar empezaba a estar ocupado por aquellos que deseaban tomarse un descanso y algún que otro aparato parecía bastante concurrido, a juzgar por la cola que parecía haber para el banco de azotes.

Se dirigió a la escalera con intención de bajar y retirarse unos momentos a su oficina, dónde podría deshacerse de su repentino mal humor, cuando la vio cerca del lugar en el que se había llevado a cabo la escena. Su curvilíneo cuerpo iba ahora cubierto por un indecente y sexy vestidito negro que dejaba muy poco a la imaginación, llevaba el pelo suelto, los rizos le caían sobre los hombros y disimulaban el collar de noche que llevaba alrededor del cuello. Lo reconoció como uno de los collares de entrenamiento del club, un símbolo que avisaba que la sumisa que lo llevaba estaba con un Dom, si bien este no era su dueño.

Se inclinó sobre la barandilla y entrecerró los ojos al ver como un joven dominante le salía al paso, deteniéndola.

—Regla número uno: Nadie toca a la sumisa de otro Dom sin su permiso —murmuró para sí mientras observaba la escena.

Ella levantó la mirada, negó con la cabeza y se llevó la mano al cuello. Podía ver cómo movía los labios diciendo alguna cosa, pero el sonido de la música le impidió escuchar su voz. Dio media vuelta, mirando a su alrededor como si buscara a alguien, probablemente a Damien, para finalmente dirigirse hacia el bar. Sin embargo, no llegó a dar dos pasos, pues el chico la aferró por el brazo, tiró de ella y la atrajo entre risas, buscando su boca y manoseándola.

—Serás gilipollas.

Dejó su puesto sin dejar de mirar la escena. Ese joven imberbe no entendía el código del club o no quería entenderlo. Mantuvo la mirada en la escena mientras se movía hacia la escalera; si conocía bien a esa pequeña hartera mujer, no se quedaría de brazos cruzados.

El sonoro bofetón que le asestó con la mano abierta dio veracidad a sus pensamientos. Sophie dio un par de pasos atrás y apuntó con el dedo sin duda dispuesta a sermonear al pobre incauto, pero este pareció sobreponerse a su estupor, ya que avanzó hacia ella, la cogió del brazo y la zarandó.

—¡Suéltame, gilipollas!

Su voz llegó alta y clara, vio como luchaba con él, pegándole una patada solo para que el idiota reaccionase tirándole del pelo antes de asestarle un bofetón que la lanzó al suelo.

—Hijo de puta.

Se movió tan rápido como lo hacía en el ring, en un momento estaba bajando a toda velocidad las escaleras y al siguiente había cogido al imbécil por la camisa y le había asestado un puñetazo enviándolo al suelo. Volvió sobre él, dispuesto a asestarle otro golpe pero se contuvo en el último momento.

—Vuelve a ponerle una sola mano encima y tendrán que hacerte una nueva cara —siseó en voz baja, mortal.

—¿Qué está pasando aquí? —Se acercó también Lucien.

—Sophie, ¿qué demonios? —Llegó también Damien, su rostro evidenciaba la preocupación por su sumisa.

Tiró del joven hasta ponerlo en pie. Para su satisfacción sangraba por la nariz y tenía el labio partido, muy poco en comparación a lo que se merecía realmente. Lo empujó hacia Lucien, quién lo retuvo al momento.

—Sácalo de aquí y cancela su suscripción —siseó entregando al

malnacido—. Ha quebrantado las normas del club. Ha tocado a una sumisa que no es suya cuando ella se ha negado a atenderle, y, no contento con ello, la ha golpeado. No quiero gilipollas en mi local.

—Oh, por primera vez creo que me va a encantar sacar la basura — declaró el amo volviéndose hacia la parte trasera de la sala—. ¡Dain! Ven a echarme una mano.

—¿Qué ocurre? —Brian se abrió paso entre la gente, llegando hasta él.

—Nada, todo va bien —repuso y se volvió hacia Sophie, quién seguía en el suelo con gesto asombrado, la mano presionada contra la mejilla mientras la examinaba su Dom—. ¿Está bien?

—Soph, mírame. —La llamó Damien, levantándole el rostro para ver el daño que le había hecho ese cabrón—. Eso es, muñequita, los ojos en mí.

Ella se estremeció, parecía desorientada, abrió la boca y empezó a tartamudear.

—*N-no. Lll-le dij-dije que nn-no.* —Le temblaban los labios, los ojos empezaban a humedecerse y miró de un lado a otro hasta encontrarse con su mirada—. *N-no hiii-ce naa-da mm-mall-malo...*

La dificultad que tenía para articular las palabras se hacía más palpable cuando estaba nerviosa o asustada. Sus ojos se clavaron en él, suplicantes, como lo habían hecho tiempo atrás y volvió a sentir la misma patada en los intestinos cuando vio las lágrimas descender por sus mejillas.

Apretó la mandíbula y se obligó a mantener un tono serio, cortante.

—Te dije que no te quería aquí —le recordó con frialdad.

Nuevas lágrimas se unieron a las primeras, el dolor cubrió sus ojos y cuando bajó la mano y vio la rojez en su mejilla quiso matar al cabrón.

—Hijo de puta... —siseó apretando los puños, girándose inadvertidamente para mirar la salida.

—Horus... —La mano de Brian sobre su hombro, manteniéndolo en el

sitio fue suficiente advertencia—. Deja que Damien se haga cargo de ella...

Miró sin poder evitarlo al hombre que permanecía junto a ella, sus ojos se encontraron y, para su sorpresa este esbozó una irónica sonrisa.

—*B-basta*. —Se las ingenió para replicar Sophie. Apartó la mano del Dom y tras mirarle, deslizó de nuevo esos ojos verdes sobre él—. El... *a-amor Ho-Horus t-tenes raz-raz-ón*... ni siquiera *deb-debe-debería* estar aquí. No... no me quieres... aquí.

Sabía que Brian y Damien lo estaban mirando, así como la gente que había presenciado el encontronazo.

—Claro que te quiere, muñequita, de hecho, va a hacerse cargo de ti hasta la hora de cierre —comentó Damien con gesto serio, aunque la diversión bailaba en sus ojos—. No confiaría en nadie más para meterte en cintura.

—¿Qué?

Brian se rio entre dientes ante la respuesta del hombre mientras ella parpadeaba de asombro.

—Pero, yo... yo no hice nada... Ese *i-idiota* se acerc...

—¿Te he dado permiso para hablar, Sophie?

La chica abrió y cerró la boca tan sorprendida como él mismo.

—Así que tenemos otra traviesa sumisa en el club —comentó su socio entre interesado y divertido—. Pues esta vez te va a tocar a ti disciplinarla, compañero, a mí ya me llega con zurrarle a Luna.

—Pero, Amo Damien...

El Dom la levantó hasta ponerla en pie, la sujetó del brazo y la empujó hacia él.

—Demasiado tarde, nena, te lo advertí. —La calló con una mirada fulminante—. A partir de este momento y hasta la hora de cierre, estarás en manos del Amo Horus. Quiero que lo obedezcas y lo trates con el mismo

respeto que me reservas a mí. ¿He sido claro?

Se mordió el labio y asintió.

—Sí, señor.

Satisfecho se giró a él y le palmeó el brazo.

—La dejo en tus expertas manos —le soltó complacido consigo mismo—. Disfruta de la noche, Horus.

Sin una palabra más, dio media vuelta y caminó hacia el otro lado de la sala para charlar con unos compañeros.

—Y Luna quería irse ya —se rió Brian entre dientes—. Me parece que voy a tener que convencerla para que se quede unas horas más... no quisiera perderme el espectáculo por nada del mundo.

Cruzó una mirada con su socio, pero él solo se limitó a sonreír con palpable diversión.

—Um... ¿Amo Horus?

Giró la cabeza hasta encontrarse con esa mirada verdosa fija en él.

—Tú y yo vamos a tener unas palabras —siseó en voz baja y gruñó al ver la rojez en su mejilla—. Sube, ahora.

Vislumbró varias sonrisas de sus compañeros y de algunas parejas con las que se cruzaron mientras guiaba a su nueva imposición hacia uno de los reservados.

Oh, sí, iba a tener más que palabras con ella.

CAPÍTULO 6

—Pasa, siéntate y no abras la boca.

Sophie se limitó a mantener la boca cerrada. Todavía estaba conmocionada por lo ocurrido como para poder pensar con claridad. En un momento estaba tan tranquila con Damien hasta que la envió a buscar unas bebidas y al siguiente, ese imbécil la había interceptado, sobándola a pesar de su negativa y de dejarle claro que estaba con alguien. Solo se había defendido, esperando que entendiese aquello como una forma de alejarse, pero en su lugar la había agarrado del pelo y la había lanzado al suelo de un brusco golpe.

Levantó la mirada y se encontró con la todavía furiosa de Horus, pero esa emoción no iba dirigida a ella, lo sabía, la había visto en su rostro en otras ocasiones como cuando luchaba.

—Siéntate, Sophie —insistió indicando una de las sillas frente a su escritorio.

Lo hizo por inercia, movida por el tono de su voz pues su mente seguía inmersa en los recientes acontecimientos. Ni siquiera le vio acercarse. Lo había estado buscando por la sala aprovechando el encargo de Damien cuando ese idiota la detuvo y no fue hasta que se lo sacó de encima, que fue consciente de su presencia. El aire se le había quedado atascado en los

pulmones, su mirada fija en él, esperando que diese rienda a la brutalidad que había visto antaño en sus movimientos, pero se había controlado.

—¿Sigues combatiendo?

La puerta de la habitación se cerró de golpe, una respuesta silenciosa a una pregunta que no debía ni haber hecho. Se estremeció, se encontró con sus ojos y contuvo la respiración cuando él atravesó la distancia que los separaba y la acorraló contra la silla.

—Silencio —consignó con gesto duro, impertérrito—. Todo lo que quiero escuchar son las respuestas a mis preguntas, nada más.

Y este era el Amo Horus, un hombre al que realmente no conocía, a quién solo había visto de lejos y a quién estaba dispuesta a tentar. ¿Qué decía eso sobre su salud mental?

Se había extinguido, no le cabía la menor duda.

Le sostuvo la mirada, quería replicar, pero se le había secado la boca y su actual actitud no invitaba precisamente a la conversación.

—Ya veo que nos entendemos —añadió, entonces le cogió la barbilla con suavidad y le giró el rostro—. ¿Te has lacerado la boca por dentro? ¿Sangre?

—No, señor —murmuró en respuesta, notando la fuerza de su mano, la dureza de su mirada.

—¿Duele? —Presionó con el pulgar el pómulos, palpando con cuidado la zona enrojecida.

Hizo una mueca e intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Escuece... y me lastimas cuando aprietas —le informó llevando su mano a la de él, para pedirle sin palabras que tuviese más cuidado.

Sus miradas colisionaron de nuevo y la forma en la que entrecerró los ojos era muy característica.

—¿Qué demonios le dijiste para que reaccionase así?

La velada acusación la molestó, la sacó al momento del hechizo que él tejía sobre ella y apartó su mano con brusquedad.

—Lo que cualquier sumisa con medio cerebro haría cuando está acompañada —escupió y se tocó el collar—. Decirle que había venido con alguien y que no estaba interesada. Si fuese un Dom lo habría entendido... A la luz de los acontecimientos diría que se te ha colado un gusano en el club.

Apretó los dientes, lo supo por la manera en que tensó la mandíbula.

—La única que se ha colado aquí, has sido tú —replicó entre dientes—. Él era socio hasta hoy.

Levantó la barbilla, desafiante.

—El Amo Damien me invitó. —Le informó con voz tranquila, intentando no demostrarle lo mucho que la irritaba—. Y él es socio del club. Hasta dónde yo sé, el que un amo invite a una sumisa está contemplado en las normas del *Blackish*.

—Así que ahora te dedicas a manipular a los hombres de modo que te cumplan tus caprichos.

El insulto fue total y no estaba solo dirigido a su amigo, sino a ella misma.

—Si piensas que el Amo Damien se deja manipular, es que no le conoces lo más mínimo —le soltó irritada—. Al igual que tú, no hay fuerza humana en este mundo que lo obligue a hacer algo que no quiere.

Su respuesta pareció convencerlo, pues se relajó visiblemente e hizo a un lado esa pose amenazante.

—¿Eres su sumisa?

La pregunta no la cogió por sorpresa, era algo lícito ya que acababa de reclamarlo como su amo.

—Es mi mentor, y mi amigo —contestó, obviando dar una respuesta directa—. Y mi amo cuando así lo requiere.

La miró de arriba abajo, casi podía ver lo que estaba pensando.

—Y ahora vas a decirme que él fue el que te requirió para jugar en el club.

Le sostuvo la mirada, no tenía sentido mentir.

—No, señor —no vaciló—. Yo se lo pedí y él decidió que sería una buena experiencia para mí.

Bufó. Podía ver la ironía en sus ojos, el sarcasmo curvando sus labios antes de que brotase de ellos.

—Si buscaba darte una buena experiencia, debería haberte azotado hasta que no pudieses sentarte. —Se incorporó dándole la espalda—. En su lugar, decidió que sería mucho más interesante y placentero, restringir a su sumisa y follársela en medio del club.

Sus palabras le enrojecieron las mejillas, hizo que se le secase la boca y el corazón le latiese a toda velocidad. ¿Acaso la había visto? ¿Había estado mirando como otro hombre la tomaba? Se mordió el labio inferior, luchó con la puntada de vergüenza y deseo que se desplegó en su interior. Era consciente de que él estaría allí, de que había una minúscula probabilidad de que la viese, que la reconociese, pero esperaba que fuese cuando no estuviese atada e indefensa, sometida a sus pasiones, a sus necesidades. El imaginarle viendo la escena, viéndola en esa tesitura la puso más caliente de lo que podía imaginarse.

Se obligó a mantener la compostura, a ocultar un estremecimiento de placer y levantar la cabeza. Él se había desplazado por la habitación, deteniéndose a una distancia prudencial y la miraba directamente, como si estuviese intentando comprender que había en su mente.

—El Amo Damien tiene predilección por las escenas públicas —comentó a modo de respuesta—. Y por llevarme la contraria.

Enarcó una ceja ante su comentario y se cruzó de brazos.

—Explícate.

Hizo una mueca.

—Yo no soy tan entusiasta con ese tipo de escenas.

—Y sin embargo, has hecho una fantástica performance para cualquiera que estuviese dispuesto a verla... y escucharla.

Entrecerró los ojos, pero no pudo evitar el calor que inundó sus mejillas.

—¿Hubieses preferido que le dijese que no? ¿Qué patalease en medio de tu precioso club? Quizá habrías disfrutado mucho más viendo cómo me azotaba, ¿no? —espetó molesta—. O puede que hubieses preferido hacerlo tú.

—Mis preferencias no están aquí en discusión —replicó con tono helado—. Y no me interesa lo más mínimo lo que otro amo disponga para su sumisa. Lo único que me ocupa aquí, es que le dije muy claramente a dicha sumisa que no la quería en mi club y optó por desoír mi orden.

Compuso la mirada más inocente que tenía en su repertorio. La había reconocido como sumisa; ya era un avance.

—Ah, ¿pero era una orden, señor?

No se le escapó el brillo calculador que atravesó los ojos masculinos ni la forma en que sus labios se curvaron levemente en las comisuras.

—Si no eres capaz de reconocer una orden cuando te la dan es que Damien ha sido bastante descuidado en tu educación.

—O puede que la persona que dio dicha orden no lo hiciese de la manera adecuada —contraatacó devolviéndole el insulto. No iba a permitir que pusiese en duda a su mentor. Si quería meterse con ella, perfecto, pero no le dejaría insultar a su amigo.

Se recostó contra la mesa y la miró con gesto curioso.

—Eres leal —comentó y parecía bastante sorprendido por ello—, eso

tengo que respetártelo.

No dijo nada, se limitó a devolverle la mirada.

—Pero has elegido al Dom equivocado con el que sobrepasarte, Sophie —aseguró con un suspiro—. No sé a qué se debe tu interés por entrar en el *Blackish*, pero dado que ya estás aquí y que tu amo me ha derivado tu custodia hasta la hora de cierre, me aseguraré de que esta vez no tengas dudas de las órdenes que se te dan y de seguirlas correctamente.

Su tono de voz, más que sus palabras, deberían haberla advertido de que el Maestro del *Blackish* iba a tomarse su papel muy en serio; uno del que no estaba segura de si iba a disfrutar.

—A partir de este momento queda instaurado el alto protocolo —le informó con voz firme, sumergiéndose en su papel de dominante—. No hablarás a menos que te dé permiso. Si tienes algo que decir o alguna pregunta que hacer, puedes formularla con el debido respeto; me llamarás Amo Horus o señor. La palabra de seguridad del club es *Rojo*, pronúnciala y todo se termina. Aceptaré *Amarillo* si necesitas un respiro o buscas mi atención. —Cubrió las bases más importantes—. Si tienes algún problema físico o psicológico que necesite saber, dilo ahora.

Se limitó a mirarle y sacudió la cabeza.

—Ninguno, señor.

—Bien —aceptó, se incorporó y caminó hacia ella—. En ese caso, tu primera lección de la noche, mascota, es: no llevarle la contraria a un Dom.

CAPÍTULO 7

¿No llevarle la contraria? Sí, claro. Siempre y cuando fuese razonable, cosa que ahora no estaba siendo.

—No... no puedes estar pensando en...

—Silencio.

Sophie tembló en cuanto le apretó el manguito alrededor de la muñeca y cerró la argolla en el mosquetón que tenía por encima de la cabeza, sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando repitió la operación con el segundo levantándole ambos brazos, restringiéndola.

La había sacado directamente de su oficina y la había instado a seguirle de nuevo hasta el club dónde la había llevado directamente a la sala principal.

Nada de conversación, nada de preguntas, se estaba limitando a darle una lección.

—¿Alguna molestia en los hombros o brazos? —preguntó con gesto mecánico, sin embargo, estaba muy pendiente de cada movimiento, de cada gesto de su rostro o su cuerpo.

—No señor —murmuró. Su respiración empezaba a acelerarse, el control que había exhibido en su despacho resquebrajándose paso a paso.

Horus deslizó las manos por los brazos, comprobando cada articulación, disfrutando al mismo tiempo de la sensación de esa piel sedosa y

cálida que nunca antes se había atrevido a tocar. Se obligó a aislarse a sí mismo, a concentrarse en su tarea, en lo que tenía en mente. Fijó los ojos en los de ella cuando sus manos llegaron bajo sus axilas y las deslizó sobre los pechos. Esos bonitos e hinchados labios se separaron ligeramente, las pupilas se dilataron un milímetro y su respiración cambió.

Le amasó los senos, deslizó los pulgares sobre sus pezones y notó como se endurecían bajo su contacto, entonces siguió bajando, resbalando sobre la tela del vestido, acariciándole el vientre, las caderas y continuando hacia abajo hasta sus tobillos. Desenganchó un par de manguitos anclados a la columna y aprisionó sus piernas, ligeramente separadas, lo justo para que pudiese mantener el equilibrio y le impidiese al mismo tiempo cerrarlas.

—Señor...

Levantó la mirada y se encontró con sus ojos, pero no dijo una sola palabra. Se levantó muy lentamente, deslizando las manos por sus piernas, hundiendo los dedos bajo la elástica tela del vestido y arrastrándola con el hasta dejar sus caderas y el rasurado monte de venus al aire.

—Deseabas conocer el *Blackish* —le dijo en voz baja, suave, sexy—, así que, ahora tendrás la oportunidad de conocerlo y a sus socios.

Resbaló las manos sobre sus pechos, se los apretó una vez más para finalmente tirar de la tela del escote hacia abajo, dejándolos expuestos.

—Atención, por favor. —Levantó la voz y miró por encima de su hombro—. Esta pequeña sumisa está muy interesada en conocer el club, así que os pido a los socios que os acerquéis, os presentéis y la saludéis como es debido. Nada de juguetes o sexo, solo están permitidas bocas, lenguas y dedos y no más allá de un minuto. Quién se salte las normas, será invitado a abandonar el club.

Un coro de risas se elevó a su alrededor mientras sus ojos se abrían de par en par con incredulidad.

—No... no puedes... no puedes hacerme eso... tú no... tú no puedes...
Le tapó los labios con un dedo.

—Solo tienes que decir la palabra de seguridad, Sophie —ronroneó mirándole los labios, rozándoselos con el pulgar—. Dila. Te soltaré y yo mismo te acompañaré a la puerta.

Su significado era claro y lo captó al momento, apretó los labios durante una milésima de segundo y finalmente siseó un rotundo:

—No.

Él chasqueo la lengua, apoyó la mano al lado de su cabeza y le apartó el pelo de la cara.

—Muy bien, gatita, pues disfruta del club. —La besó fugazmente en los labios mientras le rozaba un pezón con los nudillos—. Oh... y tienes prohibido correrte. Te veré dentro de media hora.

Horus sonrió para sí ante su ahogado jadeo, dio media vuelta dándole la espalda y caminó hacia la barra del bar, desde allí tenía una visión privilegiada de la columna y podría controlar que nadie se extralimitaba.

—¿Qué te ha hecho la pobre chica para recibir un castigo semejante? —preguntó Lucien visiblemente divertido poniendo delante de él una cerveza sin alcohol de las que solía beber. El Amo había sustituido a Logan, quién jugaba ahora con su Sumi.

—¿Cabrearle en tiempo récord? —sugirió Brian, quién estaba sentado al lado de su sumisa Luna—. Parece que alguien va a quitarte el puesto de tocapelotas del *Blackish*, amor.

La chica puso los ojos en blanco, su mirada hablaba sin necesidad de palabras y su rostro dejaba claro lo que opinaba de él en esos momentos.

—¿Tienes algo que decir, Luna?

Tanto su Dom como él la miraron.

—Montones de cosas. Ninguna realmente agradable. Muchas empiezan

con «capullo» y terminan con un educado «señor» —replicó en un bajo siseo—. Pero como me duele la pierna y mi señor me ha dejado claro como el agua que no podré sentarme en una semana si ofendo a alguien, voy a seguir calladita y me limitaré a fulminar a los Doms idiotas con la mirada.

Los tres intercambiaron risitas y ojos en blanco. Brian se giró a ella y la señaló con un dedo.

—Te acabas de ganas tres azotes. —La avisó y la detuvo cuando empezó a mover los labios—. Y ni se te ocurra abrir la boca porque incrementaré el número.

Hizo un mohín, pero no dijo nada, se giró hacia la barra y farfulló algo ininteligible en voz baja.

—¿Cuánto tiempo vas a tenerla ahí? —preguntó su amigo ignorando los pucheros de su pareja.

—Unos veinte minutos, en principio, todo dependerá de lo dócil que se muestre tras el castigo.

—¿Eso es un castigo? —preguntó Lucien con obvia ironía al tiempo que señalaba a la pequeña sumisa con un gesto de la barbilla.

—Tiene prohibido correrse.

—Eres un bastardo sádico. —Se rio entre dientes.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó su socio, no le miraba, pero no hacía falta pues le conocía lo suficiente para saber que sus palabras implicaban mucho más que una pregunta.

—Me ha cabreado.

—Eso puedo verlo.

—Le ha llevado la contraria. —Comentó alguien detrás de él—. Y, conociéndola, estoy seguro de que te ha desafiado abiertamente.

Echó un vistazo por encima del hombro para ver a Damien con la mirada fija en la chica, su expresión era indescifrable.

—No lleva nada bien el estar desnuda delante de otras personas y mucho menos que la toque cualquiera.

—Lo sé. —Se limitó a responder sin más—. El último que lo hizo se llevó una bofetada.

—Y un puñetazo de premio —añadió Lucien en un canturreo—. Ya veo que sigues en forma. Espero que le sacudas bien a mi hermano cuando se pone en plan impertinente.

Dain solía dar clases, al igual que él, como voluntario en el nuevo gimnasio que había creado con ayuda del reverendo.

—Va a querer tus intestinos en una bandeja después de esto, lo sabes, ¿no? —insistió Damien, recuperando su atención.

—Puedo hacerme una idea. —Continuó con su mismo tono monótono, entonces lo miró—. ¿La quieres de vuelta? Te doy las llaves encantado.

Sacudió la cabeza y se sentó en el taburete a su lado.

—Hablando de llaves. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pequeña llave de candado—. Esta es la de su collar.

—¿Por qué la has traído?

Sonrió de soslayo y le miró.

—Porque si no la hubiese traído yo, habría buscado otro modo de colarse y el resultado podría haber sido otro enorme desastre. Y con un rescate por persona en mi lista, es más que suficiente —dijo mientras hacía girar la llave entre sus dedos—. Es una pequeña polvorilla, pero imagino que eso ya lo sabes.

Sus miradas se encontraron y se dijeron mucho sin necesidad de palabras.

—Es tu sumisa.

Negó con la cabeza y miró la llave.

—Es mi pupila, pero no mi sumisa —corrigió de forma desapasionada

y directa—. Sophie sigue prisionera de su propio pasado y yo no soy quién tiene la llave para liberarla de él.

Hubo un momento de silencio, ambos se limitaron a mirar a la chica, estaba sonrojada, con la respiración acelerada, la vergüenza estaba presente y competía con la excitación que despertaba la inesperada atención de los socios. No perdió detalle de cada gesto, de cada respuesta de su cuerpo, no estaba cómoda, pero a pesar de sentir vergüenza no cedía a la necesidad de decir la palabra de seguridad y terminar con aquello de una buena vez. Era una muchachita valiente, una sumisa decidida a cumplir con las órdenes de su amo.

—Ella podría ser la sumisa que necesitas, solo tienes que tomarte la molestia de conocerla.

Volvió a mirar al hombre, quién se había levantado y miraba la llave entre sus manos.

—Conozco a esa mocosa desde...

—Sí, ese es precisamente el problema. —Lo interrumpió el Dom—. Conoces a la mocosa, pero no a la mujer o a la sumisa que es capaz de desafiar a un jodido ejército si le place.

Le posó la mano en el hombro a modo de despedida y levantó la llave.

—Voy a liberarla y me iré a casa, mañana tengo que ir a Washington.

Enarco una ceja.

—¿Vas a abandonarla así? ¿Vas a dejarla conmigo?

Bufó.

—Voy a dejarla exactamente dónde quiere estar, Horus —le aseguró jocoso—. Ahora, ella es tú problema.

Dicho eso, caminó hacia la chica, quién movió los labios pronunciando su nombre. No pudo ver lo que hablaban, pues Damien le cubría la visión. Entonces él enredó los dedos en su pelo y la besó de manera sexual, al

retirarse lo hizo con el collar negro que ella había estado llevando. Le acarició la mejilla y la dejó visiblemente confundida, sola y vulnerable, alejándose en la distancia y dejando caer el collar en uno de los contenedores destinados a tal fin.

—Maldito Dom —masculló para sí, cogió la cerveza de la barra y bebió un largo trago—. Luna, cariño, ¿puedes hacerme un favor?

—¿Puedo decir que no, señor?

Sonrió ante la rápida réplica de la chica. Miró a su Dom, quien lo miraba con curiosidad y luego a la chica.

—No, no puedes —sentenció—. Ve a la recepción y dile a Dain que te dé un collar de entrenamiento. Dile que es para mí.

La petición pilló a la chica por sorpresa, pero no tardó en atar cabos. Miró a la sumisa castigada y luego a él y sacudió la cabeza.

—Nunca entenderé la manera en que funciona vuestro cerebro —murmuró dejando el asiento y cogiendo su muleta—. Amos, quién os entiende.

Sin más, miró a su compañero, quien la besó en la frente y cojeó en dirección a la puerta principal.

—Ahora vas a decirme por fin, ¿quién es ella?

Miró a su socio, enarcó una ceja y resopló.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

Brian frunció el ceño, miró a la chica y casi al momento se giró hacia él con gesto sorprendido.

—Espera, ¿es ella?

Su amigo era uno de los pocos que sabía que había estado casado.

—Mi ex esposa.

La sorpresa cubrió también el rostro del barman.

—¿Tu ex mujer? —Silbó Lucien volviendo a mirar a la chica—. Jefe,

eso son palabras mayores. ¿Qué demonios hace ella aquí?

—Sophie... por supuesto, es la hermana de Robert —murmuró Brian recurriendo a la memoria.

—La misma.

—Y ese Robert es... —preguntó Lucien inclinándose sobre la barra, manteniendo un tono confidencial.

—Alguien que me salvó la vida de muchas maneras —respondió en voz baja—, y a quién prometí encargarme de esa mocosa.

—Pues la mocosa ha crecido, Horus —le recordó su socio.

Como si él mismo no estuviese viéndolo con sus propios ojos, pensó irritado.

—Y ese es precisamente el problema —terminó resoplando—. Esa mujer no es ni la sombra de la chica que recuerdo.

—En ese caso, quizá vaya siendo hora de que te tomes la molestia de conocerla en profundidad —aseguró su amigo levantando su propia bebida—. Y puedes empezar con ese collar que le has pedido a mi niña.

Puso los ojos en blanco y les dedicó a ambos una mirada más que elocuente.

—Ni una sola palabra más.

Lucien sonrió con descaro.

—Ponte detrás de la barra, Horus. —Le soltó señalando a la chica con un gesto de la barbilla—. Voy a presentarme a tu nueva... pupila.

CAPÍTULO 8

Sophie quería matarle. Cuando consiguiese ponerle las manos encima iba a estrangularlo y ver cómo ese apuesto rostro de facciones duras se ponía azul. El muy maldito no le había quitado la mirada de encima en ningún momento, se mantenía como un halcón vigilando una presa mientras una interminable ida y venida de socios del club se presentaba ante ella y la volvían loca con caricias, besos y pellizcos. Si seguían así iba a correrse allí mismo, a pesar de que él le había ordenado no hacerlo. Y lo haría a la vista de todo el mundo. Le dolían los pechos de una manera deliciosa, sentía los pezones tan duros que casi lloriqueó con las caricias que le prodigó el último Dom. Y su sexo, chorreaba mojando sus muslos, latiendo con rabiosa necesidad sin conseguir la ansiada liberación.

Dios, estaba caliente, le dolía el cuerpo como nunca antes, estaba desesperada, necesitada y no le cabía duda de que, si alguien ponía un dedo más en su interior, terminaría gritando desesperada.

Damien se había acercado también a ella y había sentido tal vergüenza que casi le saltaron las lágrimas. Pero él, bendito fuera ese Dom, la había besado hasta dejarla sin aliento, le había susurrado al oído lo guapa que estaba y para su eterna sorpresa, le había quitado el collar.

«No se lo pongas fácil, muñequita. Y diviértete. Te mereces un Dom

que sea solo para ti».

Con esas palabras se había marchado dejándola confundida y liberándola al mismo tiempo de esa sensación de traición que había sentido estando todavía con él y deseando también a otro.

—Así que tú eres la nueva adquisición del *Blackish*. —La inesperada y ronca voz masculina la sacó de sus cavilaciones. Levantó la mirada y se encontró con unos claros ojos azules y un rostro que ya había visto antes, solo que en esta ocasión llevaba una recortada perilla y el color de pelo era distinto, así como también lo era la intensidad de la mirada clavada en ella—. Creo que has conocido al Amo Lucien, mi hermano.

Sus labios se separaron en una «o». Sí, Lucien, el bombón de pelo blanquecino que la había hecho sudar y estar a punto de correrse. El muy maldito se había detenido con una risita, diciéndole que no quería que la castigasen por su causa.

—Yo soy Dain. —Se presentó, acariciándole la mejilla y frunciendo el ceño al ver el lugar en el que la habían golpeado—. Horus debió haberle sacado los intestinos a golpes...

—Me alegro que no lo hiciera, señor —replicó de forma automática—. Él no debería mancharse las manos con tipos como ese...

—Amo Horus, cariño. —La aleccionó, haciendo hincapié en el trato correcto que ella omitió en favor del artículo. Le sonrió de soslayo y su rostro pareció transformarse, perdiendo un poco de esa frialdad para adquirir un brillo de oscura travesura—. A mí puedes llamarme Maestro Dain, Amo o Señor. No tengo preferencia...

Sin más, bajó los labios sobre los suyos en un beso suave, lento, apenas una caricia que acompañó también a la lenta pasada de sus manos sobre su cuerpo. La lengua resbaló sobre su labio inferior, entonces se lo succionó y finalmente incursionó en su boca.

Jadeó, no pudo evitarlo, sus manos le acariciaron el costado de los pechos, esquivando sus pezones, deslizándose sobre su vientre, el depilado monte de su pubis hasta recalar entre sus piernas como un par de alas de mariposa.

—Señor... —jadeó poniéndose de puntillas cuando esos dedos la acariciaron, recorriendo los labios de su sexo hasta su ano. Las piernas le temblaban, tironeó de las manos y el sonido de las cadenas le recordó una vez más que estaba atada, indefensa, abierta al placer de ese hombre y de cualquiera que quisiera tocarla.

—Amo Dain —replicó él sobre sus labios—. Dilo.

Gimió, apretó los labios y sacudió la cabeza. Él se rio.

—Veo que tendré que convencerte —murmuró divertido al tiempo que volvía a besarla, esta vez con mayor ardor. Sus dedos se cerraron entonces sobre uno de los pezones, pellizcándola ligeramente y enviando un relámpago de placer hacia su sexo el cual se humedeció aún más. Si tan solo la acariciase ahí abajo, si la penetrase podría apagar ese ardor que la consumía y...

Él se apartó.

—¡Amo Dain! —protestó en un bajo quejido ante su abandono.

Le lamió los labios una vez más y dio un paso atrás.

—Gracias, mascota. —Le guiñó el ojo, la recorrió con la mirada una última vez y le dio la espalda para dirigirse hacia el bar—. ¡Horus! La tienes a punto...

Jadeó ante la jocosa respuesta, notó como las mejillas se le enrojecían aún más y los ojos del aludido se posaban en los suyos con abierta diversión.

Apretó los dientes. ¡Maldito capullo! ¿Por qué no venía? ¿Por qué no la liberaba y la enviaba a casa de un puntapié? Eso era lo que quería hacer, lo sabía, todo lo demás solo era una forma de demostrarle quién estaba al

mando.

Los ojos empezaron a vidriársele y empezó a pestañear para alejar las involuntarias lágrimas. No iba a llorar, no allí, no delante de él. Aguantaría, aguantaría hasta el último momento y se iría a casa con la cabeza bien alta. Apartó la mirada y luchó con el picor de las lágrimas en su nariz.

«Respira. Respira profundamente. Vacía la mente. No estás aquí, él no te está mirando, no se está burlando de ti».

—¿Ya has tenido bastante, sumisita?

Su voz cerca del oído la sobresaltó un momento después, giró el rostro y se encontró con su mirada fija en ella. Había apoyado un brazo sobre la columna al lado de su cabeza, su cuerpo la escudaba de cualquier mirada, solo podía verle a él.

Alzó la barbilla con gesto desafiante, no iba a rendirse, no la iba a doblegar tan fácilmente.

—Obstinada hasta el final, ¿eh?

Optó por seguir en silencio, cosa que hizo que arquease una ceja.

—¿Te has quedado sin voz de tanto gemir?

Aquello fue el colmo.

—¡Claro que no, señor capullo!

Se rio entre dientes, le apartó un rebelde rizo del rostro y chasqueó la lengua.

—Estás enfurruñada.

—No, señor, no estoy enfurruñada —replicó al momento—. Lo que siento en estos momentos escapa a todos los barómetros, Amo Horus.

—Déjame ver si puedo hacer un resumen de lo que sientes —le dijo y bajó la mirada sobre ella—. Estás caliente... —Deslizó un dedo sobre su piel y no pudo evitar estremecerse—. Sientes la piel tirante, demasiado sensible. —Continuó bajando, rodeando sus senos, raspando sus pezones—. Tienes los

pezones rosados, hinchados y tiernos. —Siguió hacia abajo y le acarició el suave monte de venus, capturó su mirada y la tocó entre las piernas—. Y estás muy, pero que muy mojada. Apuesto a que, si te penetro ahora con los dedos, te correrás gritando sobre mi mano...

Apretó los labios todavía más, evitando gemir.

—Basta... —Se las ingenió para articular—. Ya *ti-tenes* tu punto. *De-de-déjame* ir... o *a-acaba* con *es-esto* de una vez...

Su íntima caricia desapareció y no pudo evitar dejar escapar un bajo lloriqueo.

—Shh. —Le acarició la cara interior del muslo, esquivando su sexo a propósito—. Respira...

—No... no quiero.

Se rio entre dientes.

—Cariño, si no respiras, te mueres, así que, mejor hazlo por el bien de los dos.

Lo miró y vio la risa en sus ojos.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿eh? —murmuró solo para sus oídos—. Sigues siendo capaz de decir toda clase de cosas poco agradables con la mirada.

Apretó los labios, no estaba segura de poder hablar sin tartamudear ahora mismo.

—Pero esta vez, yo tengo también algo que decir —declaró. Para su sorpresa, sacó un collar del bolsillo trasero del pantalón, una cinta de cuero verde esmeralda con el interior acolchado y se lo colocó alrededor del cuello. El clic de un pequeño candado al cerrarse la dejó sin respiración, anonadada y aterrada al mismo tiempo—. Sophie. Mírame.

Dos palabras. Bruscas. Una firme orden que no admitía discusión. Levantó los ojos y se encontró con los de él. Tenía una pequeña llave entre

los dedos.

—Mientras estés aquí, en el *Blackish*, solo responderás ante mí. —Le informó con gesto firme, sin dejarle otras opciones—. ¿Lo has entendido?

Asintió lentamente.

—En voz alta, sumisa, quiero oírte.

Se lamió los labios.

—*S-sí* amo *Ho-Horus*. —No pudo evitar tartamudear. El liviano peso del collar parecía duplicarse por segundos, comprimiéndole la garganta.

—Respira. —Sus dedos le acariciaron la garganta, sus ojos todavía presos de los suyos—. Despacio... dentro y fuera.

Hizo lo que le pedía, siguió sus instrucciones incapaz de apartar la mirada de esos ojos.

—Ahora dilo de nuevo.

Se lamió los labios.

—Sí, Amo Horus.

Él asintió complacido.

—De acuerdo entonces. —Le acarició la mejilla con el dedo índice, descendió dibujando su rostro hasta retenerle la barbilla y levantársela—. Ahora puedes correrte.

Solo tuvo tiempo de pestañear antes de que sus labios encontrasen los suyos y su lengua se abriese paso a través de sus dientes, encontrando la propia y succionándola como nunca antes lo había hecho. No fue un beso casto, fue algo puramente carnal, un aviso de lo que le esperaba en manos de ese hombre, un aperitivo de lo que estaba por llegar.

Tan rápido como llegó se fue, las manos resbalaron por su cuerpo, le acariciaron los pechos, los pezones, pasó sobre la tela del vestido, le enmarcó las caderas y continuó hasta sus tobillos, la liberó de la pared, pero no le quitó los puños.

—Todavía estás a tiempo de dar por terminado este juego, Sophie —le dijo mirándola desde el suelo—. Solo di tu palabra de seguridad.

Se lamió los labios, entonces sacudió la cabeza y él sonrió.

—Nunca has sabido cuando rendirte. —Se levantó y le acarició de nuevo el rostro—. Y ahora ya es demasiado tarde.

Antes de que pudiese decir una sola palabra al respecto, notó de nuevo los dedos en su sexo. La acarició con lentitud, volviéndola loca, haciendo que tirase de las muñecas sin poder soltarse. Le sujetó la nuca envolviendo los dedos en el pelo y poseyó su boca una vez más, succionando su lengua, bebiéndosela como si estuviese sediento de ella. Su beso era como una droga, arrebatándole la cordura y envolviéndola en un anhelo que llevaba guardando desde hacía demasiados años.

Entonces la abandonó, sus labios se despegaron, sus dedos dejaron de atormentarla. Escuchó un conocido sonido de rasgado, unas fuertes manos le aferraron las caderas, algo duro y caliente se deslizó sobre sus pliegues, empapándose con su humedad.

—Rodéame con tus piernas. —Una orden seca, dura, llena de deseo.

—Amo Horus —gimió, pero su mente pronunciaba otro nombre, el del hombre que había sido su esposo, alguien que, comprendía, ya no era quién ella recordaba—. Horus...

La punta de su pene empezó a empujar en su interior, lentamente, centímetro a centímetro se alojó en ella. La llenó por completo, su cuerpo y su mente, poseyéndola por primera vez como siempre había deseado.

Apenas tenía tiempo de comprender qué estaba pasando, que él la estaba poseyendo, que estaba haciendo realidad uno de sus ocultos deseos.

—Oh dios... —gimió aferrándose a él, aprisionándolo en su interior, disputando de su grosor.

Lo escuchó reír.

—Con «*Oh, señor*» o «*Oh, amo*», será más que suficiente, gatita.

Dicho eso salió de su interior, sus fuertes manos sujetándole las nalgas, su pecho empujándola contra la pared de la columna, fijándola a ella antes de retirarse y volver a entrar con suaves movimientos que la enardecían.

—Caliente y húmeda —ronroneó haciendo rotar las caderas contra ella —. Deliciosamente mojada.

En esa posición sus hombros dejaron de cargar con tanto peso y sintió un breve alivio, pero todo en lo que podía pensar, en lo que podía concentrarse era en esa polla en su interior, montándola, en los dedos que se clavaban en sus nalgas, la tela de la camiseta rozando sus sensibles pezones y todo ello por el hombre al que más deseaba.

—Horus... —Gimió su nombre, reconociéndolo en él al amo del club, al dominante sexual que recién estaba conociendo más que al hombre con el que había vivido en el pasado.

—Se acabaron los juegos, Sophie. —Le susurró al oído—. Hoy y ahora, eres mía, mi sumisa y obedecerás como tal.

La aferró con fuerza y empezó a entrar y salir de ella con golpes fuertes y controlados, rotando sus caderas de un modo que cada nuevo impulso la tocaba en una zona distinta haciendo que pequeñas descargas eléctricas se desbordasen por su sexo. La montó sin piedad, disfrutando de ella, utilizándola, buscando su propio placer, pero sin escatimar al mismo tiempo el de ella. Todo dejó de tener sentido, su mente se resquebrajó y quedó a merced de los movimientos y del hombre que se estaba adueñando de su cuerpo.

El placer se construyó más y más alto, gimió sin ser consciente de ello, lloriqueó y gritó cuando el contenido orgasmo encontró por fin la salida llevándose su propia consciencia.

CAPÍTULO 9

Horus sabía que acababa de atravesar una línea en el mismo momento en que le puso su collar y la tomó en el club. Podía haberse refrenado, podría haberle dado placer con la mano, con la boca, llevarla al orgasmo y mandarla a casa, pero había sido incapaz de quitarse de la cabeza la redondez de sus pechos, el sonido de sus gemidos, su mirada de anhelo. La había deseado para sí mismo, no como la niña que había sido, sino como la mujer que era ahora. Damien tenía razón, ella no era la mocosa que prácticamente había criado, la pequeña tentadora a la que había deseado y a la que se había negado. Esta era Sophie, una dulce y rebelde sumisa que iba a darle más dolores de cabeza de los que necesitaba y, aun así, allí estaba, liberándola de las restricciones que él mismo le había puesto, envolviéndola en una suave manta y llevándola en brazos hasta la maldita barra del bar.

—Ponle algo dulce y con una pizca de alcohol.

No quería estar a solas con ella, no todavía al menos, no hasta que su corazón se aquietase y la necesidad de mantenerla para él, pasase por completo. Se acomodó en un taburete y la apoyó entre sus brazos y la barra.

—Un daiquiri de fresa —sugirió Lucien al tiempo que sacaba el ron blanco y los ingredientes para hacerlo—. Eso es capaz de revivir a un muerto.

—No... estoy muerta... pero gracias.

El barman soltó una carcajada ante la vacilante respuesta femenina al tiempo que ella se revolvía en su regazo, acercándose más a él. Bajó la mirada y se encontró con esa somnolienta mirada verde.

—Siempre es un placer servirle bebidas reconstituyentes a sumisas que se lo merecen.

Luna, quién volvía a estar sentada al lado de su novio, se cruzó de brazos sobre la barra y compuso un puchero.

—¿Entonces a mí no me sirves porque no me lo merezco?

—A ti no te pondré nada que lleve alcohol a menos que el tío grande sentado a tu lado me lo indique —replicó cruzándose de brazos delante de ella—. Lo siento, Lunita. Órdenes son órdenes.

—Ni una gota de alcohol mientras estés con medicación —corroboró Brian mirándola con una visible advertencia de lo que le pasaría si se le ocurría discutir.

—Sí, mi amo y señor —replicó en cambio, se atusó el pelo azul y se inclinó sobre la barra—. Estoy demasiado cansada para discutir.

Y lo estaba, no lo decía por decir. Esa noche había sido difícil para la pequeña sumisa, su cabezonería la había metido en problemas.

El sonido de la coctelera devolvió su atención al barman. Camden había hecho suya la tarea de enseñarles a los Doms del club a preparar algunos cócteles, especialmente después de probar la horrible bebida que había hecho Logan en su propia casa. Una vez al mes los socios principales se reunían para tomar unas copas e intercambiar opiniones sobre el funcionamiento del *Blackish*. Si bien Brian y él mismo eran los dueños del local, la idea de implementar los talleres o las noches temáticas había surgido de aquellas reuniones, con lo que habían seguido haciéndolas.

Miró a su alrededor y comprobó cómo habían cambiado las cosas por allí en el último año. La pequeña Siobhan había encontrado su lugar al lado

de Logan y Camden, Brian ahora tenía a Luna, Wolf se había hecho cargo de la locuela de Cassandra y los gemelos, junto con Maximilian y Quinn, otros dos dominantes que se habían hecho cargo de los talleres de los jueves, se habían sumado a la plantilla voluntaria del club.

—Bueno, ¿y qué es eso de la fiesta de la espuma de la que me ha estado chismorreando Fire?

—Yo no chismorreo.

—Cierto, eso lo hace Dain.

—No veo yo al Amo Oscuro haciendo algo como chismorrear — comentó Luna levantando la cabeza de la barra.

—¿Amo oscuro?

Sonrió pícara.

—Se le escapó a otra sumisa y me gustó el nombre.

Brian enarcó una ceja.

—¿Otra sumisa? Tú solo te relacionas con Sio y Cassie, así que ha tenido que ser cosa de alguna de las dos. —Resumió muy acertadamente a juzgar por las mejillas sonrojadas de la chica—. Um... ¿Sio?

A juzgar por la mirada de la chica su pareja había dado en el clavo.

—A Camden le va a encantar enterarse de ello.

La chica palideció.

—No estás hablando en serio.

—Oh, amor, sí lo hago —aseguró inclinándose sobre ella, envolviendo un mechón de su pelo en el dedo y arrastrándola de ese modo hacia delante, arrancándola de su asiento para sentarla en su regazo—. Y no creas que tú vas a librarte de ello...

—No lo hará cuando Dain se entere —aseguró su gemelo de buen humor al tiempo que dejaba la bebida rosa delante de él y ponía un platito con frutos secos a su lado—. Aunque puede que le cause gracia. Y eso me

lleva, ¿tenéis también un mote para mí?

La pequeña sumisa apretó los labios y se acercó todo lo que pudo a su compañero.

—Me parece que eso es un sí —comentó Brian entre risas—. Ya se lo sonsacaré.

—No, no lo harás.

—¿Qué te apuestas?

Sonriendo para sí ante el distendido intercambio, bajó de nuevo la mirada al notar su deliciosa carga revolverse en su regazo. Apartó ligeramente la manta, permitiéndose un poco más de movimiento, cogió la bebida y se la ofreció.

—Dale un sorbo. —Se la sostuvo delante de los labios.

—Puedo beber yo sola...

—¿Qué te he dicho antes de dejar la oficina?

Su seco recordatorio la tensó, hizo un mohín y susurró.

—Sí, señor.

Asintió dando por válida su respuesta y la hizo beber.

—Um... está bueno —comentó, se giró hacia la barra y miró a responsable del coctel—. Gracias por la bebida, Amo Lucien.

—Un placer, sumisita.

—Y con eso deduzco que ya vuelves a estar de vuelta —comentó tirando un poco más de la manta, robándole esa seguridad y obligándola a enfrentarse con el mundo una vez más. La había ayudado a colocarse antes el vestido, con lo que volvía a tener los pechos cubiertos; una verdadera lástima.

Hizo una mueca, se revolvió y se sujetó a su hombro cuando estuvo a punto de caerse de su regazo.

—No sé, Horus, parece que todavía tiene problemas con la estabilidad —sugirió Brian secretamente divertido.

Se limitó a fulminarle con la mirada mientras sujetaba a Sophie por la cintura y la deslizaba entre sus piernas hacia el suelo, de ese modo la mantenía un poco por debajo de él, manteniendo la sensación de dominación.

La chica abrió la boca para replicar, pero entonces pareció recordar lo que le había dicho y se giró hacia él.

—Permiso para hablar, señor.

Enarcó una ceja ante su educada petición.

—Adelante, Sophie. —La invitó, entonces se inclinó hacia delante, para decirle al oído de modo que todos lo escuchasen—. Pero ten cuidado en cómo te diriges al Amo Fire. Tu culo y yo todavía no nos conocemos, pero podría solucionarse rápidamente.

—Sí, señor.

¿Podía alguien resultar más insultante diciendo esas dos palabras? Miró a su izquierda, a una divertida Luna y sí, llegó a la conclusión que sí.

—Gracias por tu preocupación, Amo Fire —respondió con exquisita educación, aunque ello no ocultaba el tonillo de mofa que utilizaba—, pero te aseguro que mi estabilidad está perfectamente. Prueba de ello es que estoy de pie y no a punto de caerme de la silla.

Su compañero frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—¿Qué te hace pensar que...? —El taburete se ladeó, haciendo que su ocupante debiese poner el pie en el suelo y rodear a Luna para evitar que ella cayese y se hiciese daño.

—Te lo dije —musitó en voz baja y juraría que acompañó la frase con un «gilipollas».

—¿Estás bien, pequeña? —La primera preocupación del hombre fue su mujer.

Ella asintió e hizo una mueca, apoyándose en la barra.

—La próxima vez que quieras jugar a balancear el taburete, mi señor,

hazlo sin mí encima —replicó la chica—. Tenía que haberme quedado en casa, vaya que sí.

—Lo que tenías que hacer es lo que te dice el fisioterapeuta —contraatacó el Dom—. Pero no te preocupes, amor, el lunes nos encargaremos de hacerle partícipe de tu poca disposición hacia los ejercicios.

—Oh no, no lo harías...

—¿Quieres apostar, Luna?

Soltó un resoplido, compuso un puchero y se cruzó de brazos.

—No puedo contigo.

—Y esa es una verdad universal que se puede aplicar a cualquier hombre, especialmente a los Doms —corroboró Sophie en voz baja.

Le cogió la barbilla entre los dedos y le giró la cabeza hacia él.

—Por lo que veo, tu anterior Dom ha sido bastante negligente al explicarte ciertas cuestiones como el protocolo y la forma en la que debe comportarse una buena sumisa —le dijo sin dejar de mirarla. Entrecerró los ojos, le ciñó los dedos alrededor de la muñeca y la empujó para poder levantarse—. Vamos a solucionar eso antes de que te vayas a casa.

Abrió la boca dispuesta a replicar, pero la calló con solo una mirada.

—Um... esto promete ser divertido —ronroneó Lucien dejándoles para seguir atendiendo el bar.

—No seas muy duro con el castigo —le sugirió Brian—. No ha dicho nada que no piensen todas las sumisas sobre sus dominantes.

—No la castigaré por eso, sino por hablar cuando no debe —replicó sin dejar de mirarla. Entonces se giró hacia su socio—. Deberías llevar a Luna a casa, las cosas están tranquilas por aquí. Dain ha cerrado la recepción hace un rato y puede sustituirte. Cerraré yo.

El hombre asintió, la preocupación por el bienestar de su compañera se notaba en su rostro.

—Sí —aceptó y miró a su mujer—. Necesitas descansar y poner esa pierna en alto.

Ella le dedicó una tierna sonrisa y se apretó contra él.

—Lamento fastidiarte la noche.

—Me fastidiaría mucho más que siguieses apretando la mandíbula e intentando sonreír cuando es obvio que estás dolorida. —Le acarició la cara y le besó la cabeza—. Es hora de irse.

Luna asintió y se fundió contra su cuerpo.

—Supongo que volveremos a verte por aquí, Sophie. —Se despidió su socio—. La próxima vez, Luna y tú podréis hablar con mayor libertad.

Bajó la mirada hacia ella y se fijó en el recelo que había en sus ojos. Había cosas que nunca cambiarían, pensó reconociendo ese gesto en su ex esposa. Siempre le había costado hacer amigos, pero algo le decía que solo necesitaba charlar con la pequeña sumisa de pelo azul durante un rato para que le cayese bien. En algún que otro aspecto, se parecían bastante, así que no les costaría nada congeniar.

—Nos vemos el próximo sábado. —Se despidió la pareja dejándoles a solas—. Sophie, ha sido un inesperado placer.

El rubor cubrió sus mejillas y asintió.

—Gracias, Amo Fire e igualmente —aceptó y miro a Luna—. Espero que te mejores.

La chica sonrió ampliamente.

—Gracias —asintió con calidez—. Espero que el próximo sábado tengamos tiempo para charlar. Buenas noches a los dos.

La pareja se alejó dejándoles a solas.

—Y ahora, sumisita, vamos a repasar lo que significa el alto protocolo —le informó, volviéndose hacia ella—. Pero esta vez, lo haremos en privado.

Ella parpadeó, entonces asintió lentamente.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 10

«No pongas los ojos en blanco, no pongas los ojos en blanco».

Sophie estaba haciendo un verdadero esfuerzo para evitar poner los ojos en blanco ante el conjunto de normas que, si bien conocía, solo había acatado a pies juntillas en una o dos ocasiones en las que Damien la había llevado a un evento privado o club dentro de la comunidad. Por lo general, el experimentado Dom había mantenido un aire desenfadado, le había exigido respeto, sí, pero no la había castigado —a menos que formase parte de sus planes—, por no comportarse como una esclava autómatas y sin opinión propia. Pero Horus distaba mucho de ser como Damien, el hombre que la había medio desnudado, restringido y tomado en la sala principal del club poco tenía que ver con el hombre que recordaba. Su forma de mirarla, de tocarla, incluso cuando la abrazó, sosteniéndola en su regazo, hablaban de un verdadero dominante, alguien que estaba al mando y no respondía ante nadie más que si mismo.

Y, sin embargo, detrás de esa mano firme, de esa voz sexy y profunda, de la fuerza masculina que la apabullaba y atraía al mismo tiempo, todavía reconocía a su ex marido.

Sentado en una cómoda butaca en una de las salas temáticas, la contemplaba desde detrás de un pesado escritorio de madera maciza. La

habitación estaba amueblada como una pequeña oficina, solo si ponías atención veías que el mobiliario no era lo que parecía y su función iba más allá.

«Una sexy e incauta oficinista seducida por su jefe».

Bueno, si su jefe era el hombre que la estaba mirando ahora, no le importaría demasiado ser seducida, de hecho, puede que fuese ella quién lo sedujese a él.

—Cuando le digo a una sumisa a mi cargo que a partir de cierto momento se implementa el alto protocolo, espero que lo acate a pies juntillas —le dijo sin dejar de mirarla a la cara—. Especialmente en público.

Cruzó las manos delante del estómago y la contempló.

—Ya que parece tener algún problema con ello, o simplemente has olvidado cómo debes proceder, permíteme que te lo refresque —le informó en tono duro—. No mirarás a tu Dom o a otros dominantes a menos que se te indique lo contrario. Dado que yo prefiero que se me mire cuando hablo, salvo que te especifique lo contrario, quiero tu completa atención.

—Sí, señor.

Levantó la barbilla y ladeó la cabeza.

—El silencio es una cualidad adorable, sobre todo cuando hace que una sumisa bocazas mantenga la boca cerrada —le soltó con toda intención—. Así que, guardarás silencio a menos que necesites que te aclare una orden o una tarea e incluso en esos casos, deberás pedirme permiso para hablar. Dado que el trato de «usted» me parece bastante frío e innecesario entre nosotros, lo omitiré, pero exijo que le hables con total corrección a otros Doms cuando nos encontremos en una reunión o semejante.

Se lamió los labios y se mantuvo quieta, derecha, con las manos enlazadas delante del regazo al replicar con tono dulce.

—Permiso para hablar, Amo Horus —pidió y, a juzgar por la forma en

que enarcó una ceja y curvó los labios, sabía que se trataba de una treta.

—Algo me dice que vas a hacerme las noches del *Blackish* de lo más interesantes —murmuró más para sí que para ella antes de concederle su petición—. Adelante, *Kitty*, di lo que tengas que decir.

El que la llamase por el apodo que le había dado su hermano y por el que él mismo solía llamarla en ocasiones, la descolocó durante unos instantes. Sacudiendo la cabeza se concentró en lo que quería decir.

—¿Vas a mantenerme de pie durante todo el sermón? —replicó entonces—. Empiezan a dolerme los tobillos de caminar descalza.

Él bajó la mirada sobre sus pies y sonrió.

—Eso nos llevará a la siguiente norma del alto protocolo —sonrió divertido—. Te sentarás solo cuando yo te dé permiso para ello y dónde te indique. —Palmeó su muslo y la llamó—. ¿Quieres sentarte? Pues ven aquí.

Ahora fue ella la que enarcó una ceja ante su llamado, pero optó por claudicar. Iba a mostrarle lo buena sumisa que podía llegar a ser aún si eso le sacaba canas a la larga.

—Increíblemente dócil —se burló—. Toda una novedad, ¿eh?

Se mordió la lengua y se mantuvo todo lo derecha que pudo.

—Y tiesa como un palo —farfulló entre dientes. Entonces le clavó los dedos en los costados y le hizo cosquillas, como cuando era una cría.

—Ay dios... no, para, para... por favor... —Se dobló, riéndose, relajándose a la fuerza contra él—. Para... ay para...

—Veo que todavía tienes cosquillas.

Le pegó con la mano sin pensar en lo que hacía.

—Eres malo.

Lo miró con palpable diversión.

—¿Acabas de pegarme, Sophie?

Se tensó, no pudo evitarlo.

—Tú... tú *e-empezaste*... Amo Horus.

Le rodeó la cintura con el brazo.

—Relájate, no te castigaré por algo que yo inicie. —La retuvo con un brazo alrededor de la cintura—. Pero sí lo haré si me desobedeces. Creo que puedes ver la diferencia.

—Sí, señor.

—Intenta decirlo sin apretar los dientes.

—Eso va a ser difícil, señor.

Sonrió y resbaló la mano por su mano.

—Difícil va a ser que cumplas con las normas —aseguró divertido antes de continuar—. Así que quédate con lo siguiente. Caminarás siempre detrás de mí y a la izquierda, a menos que te indique lo contrario.

«*¿No quería llevarla también con una correa?*».

—Si me siento, te quiero a mis pies. —Deslizó la mano sobre su muslo desnudo—. A menos que me apetezca tenerte así, cosa que te indicaré. Y, la más importante de todas. Cada vez que vengas al club, lo harás sin ropa interior. Ni tanga, ni braga ni sujetador. ¿He sido claro?

—Como el agua, señor.

Le palmeó la pierna.

—Y Sophie. —Le cogió ahora la barbilla y se la giró hacia él—. No me importa que tartamudees, pero si eso es un problema para ti, solo detente, tócate la garganta y sabré lo que pasa, ¿entendido?

Y eso era lo último que esperaba escuchar de su boca.

—Sí, señor. —Asintió y sintió la necesidad de añadir—. Gracias.

Le acarició la mejilla lastimada con el pulgar y suspiró.

—Y ahora, dulzura, tu castigo —declaró deslizando la mirada sobre ella—. Desnúdate y pasa a la ducha.

—*Err*, ¿señor?

Sus manos se ciñeron a sus caderas, tiraron de la tela del vestido y dejó su sexo al aire.

—La puerta de tu derecha. —Le indicó—. Ahora, Sophie —murmuró al oído con voz ronca—. Abre el agua caliente, modérala a tu gusto y dúchate... tienes cinco minutos, después, me reuniré contigo.

CAPÍTULO 11

Sophie no podía dejar de preguntarse quién narices ponía un maldito espejo en la ducha, era absurdo y al mismo tiempo carente de utilidad. El vapor lo empañaba todo y hacía imposible que se viese nada a través de él. Se lamió los labios, resbaló la mano por la superficie espejada y se mordió el labio al ver una reminiscencia de sí misma en el reflejo.

—Demasiado tarde para arrepentirse —farfulló para sí.

Inclinó la cara bajo el chorro de la ducha, dejó que la humedad borrara su nerviosismo y cerró los ojos solo. Él seguía allí fuera, le había concedido cinco minutos antes de reunirse con ella. Su voz no había dejado duda alguna sobre sus intenciones, la pregunta era, ¿qué clase de castigo la esperaba?

—Y se acabó el tiempo...

La voz masculina atravesó el solitario baño y la sacudió como una descarga eléctrica.

—¿Se te ha olvidado cómo se usa correctamente una ducha?

El aire se le atascó en la garganta cuando lo vio cubriendo enmarcando el umbral, desnudo, bronceado y deliciosamente masculino.

—Si ese es el caso, me veré en la obligación de recordarte cómo se hace.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró empapada, escupiendo agua y

bufando cuando ese enorme cuerpo ocupó el lugar en la ducha, rodeándola con sus brazos mientras sus manos resbalaban sobre sus brazos, su espalda y pechos, prestándole especial atención a las nuevamente endurecidas cúspides. La suavidad del gel contrastaba con la aspereza de las manos de alguien trabajador, de alguien que no se pasaba la vida metido en una oficina.

—No, señor. No hace falta... sé perfectamente...

Su aliento le acarició el oído al tiempo que sus dedos le pellizcaban los pezones.

—Sé que lo sabes. —Le lamió la oreja con la lengua y resbaló las manos por su estómago, enjabonándola—. Y también estoy seguro de que sabes que cinco minutos, son cinco minutos.

Se mordió el labio cuando notó sus manos resbalando sobre sus caderas, moldeándose y acariciándole los muslos antes de introducir los dedos entre ellos y obligarla a separarlos. Podía notar su dura erección acariciándole las nalgas, rozándose contra ella con descaro.

—Las manos sobre el cristal, Sophie. —Pronunció su nombre como una caricia, apartándose de ella unos milímetros, dándole una sensación de abandono que pronto fue suprimida por sus manos ahora en sus hombros, resbalando por su espalda, acariciándole las nalgas y pasando un considerable tiempo amasándole el culo—. Tienes un culito encantador... me dan ganas de darte un mordisco.

Y para su eterna sorpresa, notó el mordisco en la parta baja de su nalga antes de recibir una azotaina en la otra.

—Sí, es muy apetecible —murmuró al tiempo que deslizaba un dedo por la parte trasera del muslo provocándole cosquillas—. Separa las piernas, es hora de dedicarle una especial atención a esta dulce zona de aquí.

Los miembros empezaban a convertirse en gelatina, ni siquiera sabía cómo se las ingeniaba para mantenerse en pie o, en su defecto, no colisionar

contra él o deslizarse al suelo. Sus nervios empezaban a flaquear, su respiración se hizo más rápida e intensa a medida que esas manos cubiertas de espuma se deslizaban entre sus piernas, lavándola íntimamente, jugando con sus pliegues y su clítoris hasta que notó como su propio cuerpo cedía y solo un fuerte brazo alrededor de su cintura evitaba que cayese al suelo.

—Puedes hablar, Sophie —se rió en su oído—. Me gusta saber lo que piensas.

De sus labios escapó un breve gemido cuando notó de nuevo sus dedos haciendo una nueva pasada sobre su clítoris.

—Lo... lo haría... si tuviese algo... importante que... decir.

Su risa resonó en la que ahora se le antojaba demasiada pequeña cabina de ducha.

—Cierra los ojos, vamos a aclararte de jabón.

Aquella fue la única advertencia que recibió antes de notar de nuevo el chorro del agua sobre su sensible cuerpo, el agua empezaba a resultar una tortura mayor, como si su piel se hubiese hecho hipersensible a cualquier contacto.

—Quieta. —La estabilizó posando una mano en su espalda y obligándola a permanecer con las suyas pegadas al espejo. Notó como el chorro del agua cambiaba y la abandonaba unos segundos antes de ver cómo caía sobre sus pechos atormentando sus pezones para bajar a continuación sobre su estómago hasta recalar entre sus piernas.

—¡Horus! —Pronunció su nombre casi sin darse cuenta. Intentó evitar el demoledor chorro entre sus piernas, retorcerse, pero él no se lo permitió.

—Amo Horus es el término correcto —le recordó al tiempo que movía el chorro de agua sobre su sexo, esquivándolo unos momentos solo para volver sobre él—. Las buenas formas siempre obtienen mi atención. Concéntrate en ellas.

¿Qué se concentrase en ellas? Era imposible concentrarse en nada remotamente cuerdo cuando ese hombre la desarmaba con su cuerpo pegado al suyo, su envergadura dominándola, reduciéndola a una pequeña criatura que no sabía qué hacer.

—Estás temblando —le dijo a continuación, sus manos reemplazaron sobre su piel el chorro de la ducha, sintió las últimas gotas cayendo sobre ella antes de que el sonido del correr del agua se apagase y viese ese enorme y fuerte brazo elevarse por encima para colocar la alcachofa en su sitio—. ¿Miedo, incertidumbre o frío?

—Un... un poco... de cada una, señor.

Notó sus labios contra el oído una vez más.

—Tanta honestidad se merece un premio —le dijo antes de acariciarle de nuevo el arco de la oreja con la lengua, entonces notó como la abandonaba unos segundos, se giró para verle estirar el brazo fuera de la cabina y coger algo de encima de la toalla que había sobre un pequeño taburete—. Verde o rojo.

Levantó ante ella lo que inequívocamente eran dos envoltorios de preservativo y se le secó la boca.

—Um... por tus ojos diría que rojo.

Lanzó el otro por encima del hombro, le capturó la barbilla con los dedos y bajó sobre su boca, sorprendiéndola con un breve y caliente beso que la dejó jadeando.

—Las manos sobre el espejo. —La empujó hacia delante—. Separa las piernas —empujó su rodilla entre las de ella para que las abriese, empujándola con su cuerpo, doblegándola mientras utilizaba su mano libre para retirar la humedad del espejo y procurar una especie de borroso reflejo de su figura allí inclinada, su rostro desdibujado y el suyo por encima de ella. Vio algo rojo cerca de su cara, escuchó el sonido del plástico al romperse y

un escalofrío la recorrió.

—A... a... Amo H... —Apretó los labios frustrada con su propia tartamudez.

Unos enormes y duros brazos la rodearon entonces, notó el suave vello del pecho masculino rozándole la espalda antes de sentir su aliento acariciándole la oreja.

—Recuerda lo que te dije. —Escuchó su voz firme y concisa—. Vacía tu mente. Respira profundamente. No pienses en las palabras, solo dilas.

—No puedo.

Él sonrió en su oído, acababa de demostrarle lo contrario.

—Pronuncia mi nombre —insistió con el mismo tono de orden.

—A...

Le mordió la oreja con suficiente fuerza para que temblase.

—No pienses, Sophie, solo pronuncia las dos palabras.

Quería gritar de frustración, quería empujarle, librarse de él, pero esa dura protuberancia contra sus nalgas, su polla frotándose contra ella sin pudor le arrancó la cordura.

—Amo Horus.

—Míranos en el espejo —le susurró un segundo antes de notar ahora su sexo resbalando sobre sus pliegues, empapándose de su humedad—. Esa eres tú, Sophie siendo poseída por un Amo que desea tu rendición incondicional.

La punta de su pene se posicionó en su entrada y apenas pudo contener el aliento cuando se sintió llenada por él, la fuerza con la que la penetró la llevó a ponerse de puntillas y abrir los dedos sobre el espejo. Su imagen no era clara pero podía verse en ella, podía verlos a los dos, su silueta más grande, más oscura, rodeándola, dominándola.

Sintió que se le encendían las mejillas, la vergüenza se mezcló con el calor y la necesidad creando una obra única.

—Suave, calentita y muy mojada —ronroneó en su oído al tiempo que se retiraba de ella casi por completo solo para volver a introducirse con mortal lentitud hasta el fondo—. Me aferras como un guante perfecto.

Solo pudo gemir en respuesta, parecía que aquella noche era todo lo que podía decir sin trabarse.

—Sujétate, voy a montarte fuerte y rápido.

El brazo alrededor de su cintura la acercó más a él mientras la mano libre bajó entre sus piernas y empezó a torturar la hinchada perla del clítoris al tiempo que salía de su interior y volvía a hundirse con fuerza, montándola con rápidas y profundas estocadas. Con cada impulso la empujaba hacia delante, hacía que sus pechos se bamboleasen y que no pudiese hacer otra cosa que jadear. El vaho de su propio aliento empezó a empañar de nuevo el espejo a la altura de su rostro, pero todavía podía ver el reflejo de sus pechos al mecerse, el empujón de sus caderas y aquella tórrida imagen la calentó y avergonzó al mismo tiempo.

—Abre los ojos —gruñó en su oído, puntuando cada palabra con una nueva incursión de su polla—. Quiero que veas quién te monta. Mantén la mirada en el espejo, Sophie, siente mi polla abriéndose paso, conquistando ese dulce coñito...

—Horus... —gimió.

—Quiero oírte gritar mi nombre cuando te corras —insistió—. Quiero oírlo muy claro, dulzura.

Y sin darle otra opción, empezó a penetrarla más y más rápido, follándosela, poseyendo su cuerpo con una intensidad que la apabullaba. Su mente dejó de ser consciente de nada que no fuese él y ese miembro entre sus piernas, la fuerza de sus caderas la dejaba sin aliento y la condujo a un ruidoso clímax en el que gritó su nombre.

—Buena chica. —Creyó escucharle decir entre risas antes de sentir

como su mano abandonaba su entrepierna y ceñía ambas a sus caderas. La sujetó mientras se introducía más y más en ella, torturando su estremecida carne, volviendo locas sus terminaciones nerviosas hasta que lo sintió llegar, tensando su cuerpo y descargando su propia liberación con un gruñido.

Gimió una vez más al notar como se clavaban sus dedos en sus caderas, pero no protestó, no tenía fuerzas para hacer nada, ni siquiera mantenerse en pie. Las piernas empezaron a flaquearle y cuando él salió de su interior, habría caído directamente al suelo si no la hubiese sujetado contra su pecho.

—Te tengo —le susurró al oído con tono de pura satisfacción masculina—. Ha sido intenso, ¿eh?

Se giró lo justo para verle la cara.

—Eres... el diablo.

Él se echó a reír.

—No, cariño, aunque no negaré que se me da extremadamente bien hacer diabluras —le apartó el pelo mojado de la cara y la examinó con ojo crítico.

Dio un paso atrás, sujetándola todavía, comprobando que podía mantenerse en pie y finalmente la soltó para deshacerse del condón.

—Vamos, en una hora más podrás volver a casa.

Parpadeó. No pudo evitar quedársele mirando cuando salió del baño en toda su desnuda gloria.

Su casa. ¿Por qué esa idea le parecía ahora tan vacía y solitaria?

CAPÍTULO 12

—Habitaciones comprobadas, mazmorras limpias, luces apagadas y nosotros somos los que quedamos para echar el cierre. —Enumeró Lucien poniéndose el abrigo al tiempo que se reunía con Dain, Sophie y él en la recepción.

—Y otra noche más tras la que cerrar las puertas —asintió haciendo precisamente eso, introduciendo la clave en la cerradura principal y conectando la alarma.

—Ha sido una jornada de lo más interesante —comentó el gemelo de Lucien, su mirada cayó sin disimulo sobre la chica—. La llevarás tú a casa, ¿no, Horus?

El aludido terminó de comprobar el cierre y se giró.

—Sí, Sophie está a mi cuidado —declaró dejando patente que la chica estaba fuera del mercado para cualquiera de ellos—, lleva a mi cuidado desde que era una cría.

—Pues la cría ha crecido, amigo mío.

—Eso me han dicho.

—En realidad dejé de estar a tu cuidado hace cuatro años —le soltó ella con abierta ironía—. Esto es... totalmente distinto.

—Sí, lo es —corroboró mirándola a los ojos. Tan distinto que no sabía qué hacer con ello. La había reclamado delante de todo el mundo, acababa de

confirmar su propiedad sobre ella delante de los socios del *Blackish* y, a pesar de ello, pero no podía ir más allá.

—Bien, que disfrutéis del resto de la noche, chicos —interrumpió Lucien aferrando a su hermano por el hombro y arrastrándolo con él—. Nos vemos la semana que viene, jefe. Sophie, ha sido un auténtico placer conocerte.

Ella respiró profundamente, echó los hombros hacia atrás y asintió.

—Lo mismo digo, Amo Lucien.

Dain se despidió al mismo tiempo y los dos hermanos subieron en uno de los coches que había aparcados al lado del suyo.

—Son... muy distintos para ser gemelos.

Bajó la mirada sobre ella y la vio cruzando los brazos sobre el pecho y moviéndose de un pie a otro.

—Sí, lo son. Y tú te estás helando el culo —declaró, entonces señaló el coche, cuyas luces parpadearon al quitar el cierre centralizado—. Vamos, sube.

—Siempre tuviste una manera ideal de halagar a una chica.

Se limitó a abrirle la puerta e indicarle que subiese.

—Nunca he tenido problemas con las chicas, solo contigo —le dijo una vez estuvo dentro del vehículo y cerró la puerta cuando vio como abría los ojos y sus labios se movían dispuestos a para una réplica—. Y al parecer esos problemas persisten —murmuró para sí mismo mientras rodeaba el vehículo y ocupaba su asiento tras el volante.

—Yo nunca te he dado problemas, mentiroso —replicó tan pronto estuvieron juntos dentro del coche.

La miró de soslayo.

—¿Bromeas? Fuiste una pesadilla, especialmente el primer año de universidad —le recordó—. ¿Te suena una fiesta en la que terminaste tan,

pero tan pedo que tu compañera de residencia me llamó? En cuanto me viste te abrazaste a mi cuello diciendo que nunca te llevaba a comer Ravioli.

—Odio los Ravioli.

—Ese es el punto.

Ella hizo una mueca.

—Y no me emborraché a propósito. —Hizo un mohín, entonces bajó el tono de voz—. Me sentía sola. Quería vivir en casa, contigo, pero nunca estabas disponible...

—Yo no paraba mucho tiempo en casa por aquel entonces.

No, en aquella época empezó a pasar el menor tiempo posible. Enviarla a la Universidad y obligarla a vivir en la residencia le había permitido mantener la tentación al margen y su estilo de vida lejos de esa muñequita que despertaba toda clase de emociones en su interior. Ella no necesitaba saber qué hacía en su tiempo libre, cómo pagaba las facturas o su estancia en la universidad. Le había prometido a Robert que cuidaría de ella y se grabó sus palabras como un mantra.

—Me evitabas, Alex, ¿crees que no lo sé?

Escuchar su nombre en sus labios fue una punzada en el corazón, se obligó a hacer a un lado los recuerdos y sus emociones, accionó el contacto y salió del aparcamiento.

—¿A dónde tengo que llevarte?

—Vivo en el 56 de Barrow Street, en Greenwich Village —le indicó sin más.

La miró sorprendido.

—Casi puedes ir andando.

—Lo haría si no fuesen las dos de la mañana —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Fue una de mis opciones después de terminar la universidad. Me llevó un tiempo decidirme a mudarme fuera de Brooklyn.

O lo que era lo mismo, buscar un hogar propio después de que pidiese el divorcio y la alejase de una vez y por todas de su vida. Había preferido que se quedase con la casa en la que ambos habían vivido, pero ella se había negado.

—Has elegido una buena zona.

Se encogió de hombros.

—Las viviendas en esa zona son razonables —murmuró en voz monótona—. Con lo que me correspondía tras la venta de... nuestra casa... pude pagar la entrada y buena parte de la hipoteca. Casi puedo decir que es mío.

—Era lo que te correspondía legalmente —se justificó. Había sido él quien tramitara el divorcio, quién corriera con todos los gastos y se aseguró de que ella obtuviese lo necesario para empezar de nuevo y formar su propia vida—. Junto con lo que te dejó Rob.

—Ese dinero... sigue intacto —replicó sin mirarle siquiera—. No quiero utilizar algo que le costó a mi hermano la vida.

El tono acusatorio estaba presente en su voz, pero optó por ignorarlo, ignorar su reproche.

—Sabes que eso no es así, Sophie —replicó con voz suave—. Ese fondo que dejó para ti, nada tenía que ver con... la forma en que murió.

Lo miró de soslayo.

—¿Vas a seguir protegiéndome incluso ahora? —Protestó, entonces sacudió la cabeza y bajó la mirada—. Ya no soy una niña, Horus. Sé por qué murió mi hermano... Por su propia estupidez, por creer que podía cambiar las cosas uniéndose a ellos... —Sacudió la cabeza en una lenta negativa—. No tocaré algo que contribuyó a su muerte.

Se obligó a morderse la lengua, a mantener la promesa que le había hecho al hombre. Ese dinero había sido ganado de manera legal y limpia, lo

poco que había podido reunir y guardar había sido siempre para ella, si tan solo supiese que Robert no murió esa mañana por formar parte de una banda callejera, sino por evitar precisamente que dichas bandas se enfrentasen.

La miró de soslayo y no vio a la chiquilla que había sido, la mujer que le acompañaba, que miraba con gesto frío hacia delante, era alguien totalmente distinta.

Guardaron silencio durante buena parte del trayecto, ella se inclinó hacia atrás, volviendo el rostro hacia la ventana. La música de la radio inundaba el habitáculo cubriendo el agónico silencio.

—¿Qué va a pasar ahora?

La susurrada pregunta surgió de los labios femeninos unos minutos después.

—¿Qué quieres decir?

Se giró hacia él, pudo ver el gesto por el rabillo del ojo.

—El club, lo de esta noche. —Enumeró con lentitud—. Quiero que me permitas ser miembro.

—¿No has tenido suficiente?

—¿Lo has tenido tú? —El desafío estaba presente en su voz, en su postura, en su mirada, toda ella era un auténtico e irresistible desafío.

Detuvo el coche ante un semáforo en rojo y la miró.

—Deberíamos dejar las cosas así, Sophie, no somos los que fuimos...

—Y eso es lo que ha hecho que podamos encontrarnos a mitad del camino —replicó girándose en el asiento lo que le permitía el cinturón—. No te estoy pidiendo que vuelvas conmigo, solo que me dejes ser lo que quiero ser.

Entrecerró los ojos y la miró con palpable escepticismo.

—¿Una sumisa del *Blackish*? —No pudo evitar que la ironía se reflejase en su voz.

Se encogió de hombros.

—¿Conoces algún otro local en el que pudiese jugar con mayor seguridad?

Entrecerró los ojos, pero ella no cejó en su empeño.

—Dime que no has disfrutado de esta noche y no insistiré.

Abrió la boca para responder, pero ella lo detuvo.

—Y recuerda que sé cuándo me mientes.

No pudo evitar reír entre dientes ante su comentario. Podía contarle la trola más grande que no se enteraría.

—Sí, Sophie, la disfruté.

Lo cierto es que había disfrutado ese breve encuentro más de lo que había disfrutado nada en toda su vida. Al principio creyó que era todo parte de un arrebató y que saldría corriendo a la primera oportunidad, pero reconocía a una sumisa cuando la tenía delante y su pequeña Sophie lo era. La manera en que se entregaba, en que su cuerpo obedecía a pesar de la vacilación, su mirada, su deseo de agradar, eran pequeños detalles que rebelaban a una verdadera sumisa.

No iba a negar que se había sorprendido de verla allí, pero esa sorpresa se había convertido en rabioso deseo, en cruda necesidad de reclamar a esa mujer para sí.

—Entonces, ya está todo dicho —declaró complacida—. Seré tu sumisa en el *Blackish*.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Dulzura, creo que eso me toca decidirlo a mí.

Lo miró de soslayo.

—Pues decídete pronto. —Señaló la calle—. A la velocidad que conduces, estaremos ante mi casa en pocos minutos.

Entrecerró los ojos y le dedicó un último vistazo antes de reanudar la

marcha.

—Este tiene que ser el arreglo más extraño al que me he enfrentado desde que me inicié en el BDSM —comentó más para sí mismo que para ella. Entonces sacudió la cabeza y le dedicó un rápido vistazo—. Si vas a volver, lo harás bajo ciertas condiciones y la principal es que estarás bajo mi tutela, con todo lo que eso conlleva. Rellenarás el formulario de conformidad del club, cubrirás un cuestionario básico y revisaremos la *playlist* que ya has cubierto, de modo que quede actualizada y no haya dudas sobre los límites, fantasías y prácticas que desees experimentar. Y deberás pagar la cuota del club como cualquier otro socio.

Detuvo el coche a la altura que le había dicho, contempló los edificios desde la calle y se la imaginó viviendo en una de esas casas adosadas, su nuevo hogar. Entonces se giró hacia ella y la miró a los ojos.

—Tómalo o déjalo.

Asintió con la cabeza, se quitó el cinturón y para su sorpresa sonrió.

—Lo tomo, señor —respondió con voz suave, educada—. Tienes mi teléfono y mi correo electrónico en la ficha que cubrí hoy, envíame la documentación y te la remitiré cubierta antes del sábado.

Bajó del coche y lo rodeó para detenerse ante su ventana, la cual ya había bajado.

—Te veré entonces, señor —se despidió—. Que tengas una buena semana.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y cruzó la acera a toda prisa, deteniéndose unos segundos en el portal antes de abrirlo y desaparecer en su interior.

Sacudió la cabeza y optó por volver a la carretera y dirigirse a casa. Tenía mucho sobre lo que meditar, esa iba a ser una semana muy larga.

CAPÍTULO 13

Sophie miraba la pantalla del ordenador sin ver nada. Su mente estaba muy lejos de allí, perdida en los rescoldos de sus sueños eróticos, unos sueños que la asediaban desde el momento en que Horus la dejó delante de su casa.

La realidad había superado a la ficción. Cualquier cosa que hubiese podido pasársele por la cabeza palidecía en comparación a lo sucedido la noche del sábado. Había quedado completamente echada a perder para cualquier hombre desde el mismo momento en que «*el amo*», como ya sonaba en su cabeza, había acabado con ella.

Los últimos cinco días había dedicado su tiempo libre a ordenar sus ideas, a pensar muy bien sus próximos movimientos, había incluso bajado la caja de recuerdos del trastero y buceado entre viejas fotos y cosas que no había tenido el valor de tirar a la basura; recuerdos de seis años de matrimonio.

Si no supiese que esa mirada y esa voz le pertenecían a su ex marido, habría jurado que estaba ante un hombre completamente distinto. Su aspecto podía ser el mismo, pero su interior, su forma de ser, de hablar y comportarse distaba mucho de lo que recordaba.

¿Habría idealizado al hombre con el que se había casado? ¿Tendría una visión distorsionada de la realidad? ¿Sería la gratitud, la necesidad de

compañía y tener a alguien a quién querer lo que la había llevado a idear una fantasía que solo vivía en su mente?

Resopló.

—Ni siquiera yo tengo tanta capacidad imaginativa —musitó para sí.

Había amado a Alex como solo una cría podía hacerlo, lo sabía. Pero su enamoramiento juvenil solo había sido el principio, con el paso de los años, ese sentimiento había ido cambiando, adaptándose, pasando del amor casto y romántico al deseo liso y llano. Había fantaseado con él, lo había deseado como una mujer desea a un hombre y se había sentido muy frustrada cuando él no mostró el mismo interés en ella. Los últimos años de su relación habían sido el cambio definitivo, el irse a la universidad, el pasar tiempo sin verle, sin compartir más que unos pocos días, la había hecho consciente de que, a su manera, seguía amándolo.

Pero entonces habían tenido aquella discusión, esa mujer había respondido al teléfono y sus celos la condujeron a un lugar que nunca debió haber visitado, a una escena que prefería no haber visto y al final de su matrimonio.

Su vida había cambiado entonces, ella misma había cambiado, ¿no le decía eso exactamente lo que quería saber? Ella había cambiado, lo sabía, se daba perfectamente cuenta de ello. ¿Cómo no iba a hacerlo él también? Las personas maduraban con el tiempo, cambiaban en función de los tropiezos ante los que se encontraban y se amoldaban a ellas forjando nuevos caracteres.

—Oh, señor, voy a volverme loca —gimoteó echando la cabeza hacia atrás y sacudiendo la cabeza.

—¿Problemas con el nuevo diseño?

Ladeó la cabeza para ver a su jefa, Lluvia Ivory, asomándose por la puerta de su estudio. La mujer cercana a los treinta tenía una impresionante

mata de pelo negro que hoy llevaba recogido en dos trenzas. Su aspecto casual y juvenil hacían de ella una persona cálida, cercana, alguien con quién hablarías de cualquier cosa. Vestida de *jeans* y una bonita blusa color coral, parecía más una artista que la propietaria del pequeño y discreto estudio de diseño y publicidad.

—No, esto sencillamente es un asco... pero tiene arreglo, lo otro... también es un asco y no sé ni por dónde empezar a solucionarlo —comentó girando en su silla para verla—. ¿Han conseguido arreglar la impresora 3D?

Asintió y echó el pulgar por encima del hombro.

—Acaban de dejármela de nuevo funcionando —suspiró ella—. Habrá que ver lo que nos dura.

Teniendo en cuenta todas las cosas que estaban fallando últimamente en ese lugar, no le sorprendería que lo próximo en estropearse fuese la máquina de los cafés.

—Esperemos tener suerte y que nos dure lo suficiente para que yo termine con este logo y el cliente quede lo suficiente contento como para encargarnos sus siguientes diseños —le dijo en tono animado.

—Cruzo los dedos para que suceda, Sophie —aceptó sonriéndole en respuesta.

—¡Lluvia! S.O.S

Ambas se giraron hacia la voz para ver a la diminuta Bonnie derrapando delante de su puerta; su estudio estaba muy solicitado esa tarde.

—¿Qué pasa? —preguntó su jefa extendiendo los brazos para detener a la mujer de metro cincuenta cuyos taconazos le otorgaban doce centímetros más.

—Tenemos un problema.

—¿Otro más?

—Se supone que Charlie tenía que hacer una entrega urgente esta

mañana, pero con la apendicitis de su hija, no ha podido hacer el reparto y la caja está esperando al lado de mi mesa —resumió—. Es el pedido para el Gimnasio Chaser.

La propietaria del estudio se llevó la mano a la frente, estaba segura de que empezaba a tener una potente migraña y no era la única.

—Sí, sí, sí... le prometimos que se entregaría a más tardar el día de hoy.

—¿Qué hacemos?

—Tendremos que llevarlo nosotras —declaró, suspiró y la miró—. Sophie, ¿podrías hacer tú la entrega?

Enarcó una ceja, volvió a mirar la pantalla de su ordenador dónde tenía el logo a medio terminar y sacudió la cabeza.

—Está claro que hoy no voy a conseguir terminar esto —murmuró y se giró hacia ella—. ¿Dónde queda ese gimnasio?

—En el 23 de Belmont Ave, Brownsville —le informó.

Arrugó la nariz al escuchar la ubicación. ¿No eran fantásticas las casualidades?

—¿Conoces la zona?

Asintió y se encogió de hombros, intentando restarle importancia. Nadie debía saber lo que hacía cuando no estaba en ese estudio de diseño, el éxito de su misión requería precisamente de eso.

—Sí, la conozco muy bien —aceptó recogiendo ya su bolso y abandonando su escritorio—. Me crié en esa área.

—Ah, genial. Entonces lo tendrás chupado —aseguró Bonnie—. Ten cuidado con la caja, pesa un poco.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Lo siento, cielo, iría yo misma, pero tengo que terminar con el maldito papeleo para ese dichoso concurso —se justificó Lluvia. Sabía que a

su jefa no le hacía precisamente ilusión enviar a otros a hacer su trabajo.

Sacudió la cabeza y le tocó el brazo.

—Tú encárgate de tener a punto ese proyecto para poder presentarlo.
—La tranquilizó—. El dinero del premio sería una gran inyección, por no hablar de que nos daría un poco más de caché.

Comprobando que no se dejaba nada, recogió la caja de la mesa de Bonnie y la llevó a su coche. Aprovecharía el viaje a Brooklyn para pasarse por la parroquia del reverendo John y ver cómo le estaban yendo las cosas. Últimamente parecía haber un repunte de actividades ilegales en los suburbios y, según le había comentado el padre, algunos de sus chicos habían dejado de pasarse por el albergue o asistir a los distintos centros que solían colaborar con él.

Todo parecía haberse vuelto más complicado tras la muerte de su hermano. Robert había estado trabajando incansablemente para su gente, para los que como él y ella misma, se habían encontrado en situaciones complicadas, desamparados y sin medios para subsistir. Su hermano había sido muy conocido en la comunidad, respetado y querido y había muerto precisamente cuando intentaba mediar entre dos bandas rivales.

Después de terminar la universidad, con el divorcio en la mano y sin saber qué hacer con su vida, Sophie había decidido volver a casa, a Brooklyn, el lugar en el que había nacido y había crecido. El lugar en el que volvió a encontrarse con su infancia y con lo que habría sido de ella si su hermano y Alex no la hubiesen protegido.

Conocer a Damien no solo la había salvado de sí misma, sino que la había puesto en el camino del reverendo John. Recordaba haberle oído a Rob hablar del reverendo John, un hombre que le había cambiado la vida, así que lo buscó y al conocer al padre conoció también quién había sido realmente su hermano y el mundo en el que se había movido.

Condujo hasta Brownsville y aparcó cerca de la parroquia del padre, sabiendo que los chicos de la zona reconocerían su coche y se encargarían de echarle un vistazo. Al igual que su hermano, ella misma se había hecho un hueco entre su propia gente, consiguiendo su confianza y el respeto; el eco de Robert todavía estaba muy presente en los hombres y mujeres de los suburbios.

—Ey, señorita Joyce, hacía tiempo que no se pasaba por aquí. —La saludó un chico de unos quince años.

—Hola Carlos. —Sonrió y extendió la mano, chocándola en una consigna callejera con el chico—. He estado con la cabeza metida en el trabajo, no sé ni cómo me da el cerebro para tanto. Échale un vistazo a mi coche, ¿quieres? Puedes decirles a quienes se acerquen, que si le falta un solo tapacubos los buscaré hasta debajo de las piedras y les retorceré los huevos.

El chico se echó a reír y asintió.

—No se preocupe, señorita, nadie en su sano juicio tocaría su coche.

Le guiñó el ojo y dejó al chico para entrar en la iglesia que había al final de la calle. Apenas se había acercado al principio del muro cuando escucho la voz del reverendo John.

—...a Dios no le importa lo que hagan los demás, Ángel, le importa lo que haces tú. —Decía el hombre con esa voz ronca que acompañaba a un enorme cuerpo—. Y dudo que el seguir el mismo camino que esos jóvenes sea de beneplácito o del mío. Eres inteligente hijo, tienes una mente privilegiada y debes usarla.

Sonrió ante las palabras del reverendo y dejó la puerta principal para dirigirse hacia la parte de atrás.

—No es de mí de quién debe preocuparse, padre, todavía me queda algo de sentido común aquí dentro. —Sophie vio como un desgarrado veinteañero se tocaba la cabeza—. Son esos dos chicos, los de Gillian, están

juntándose con una nueva banda y no preveo nada bueno.

—¿Los hijos de Gillian Murray? —preguntó ella metiéndose en la conversación al tiempo que daba a conocer su presencia. Sabía quiénes eran esos chicos, el hermano mayor de ambos había aparecido muerto hacía unos cuantos meses con una bala en la cabeza y los niños, porque no eran más que un par de adolescentes imberbes, estaban dispuestos a vengarse.

—Sophie, hija. —La recibió el reverendo—. No te hacía tan temprano por aquí.

Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Me ha traído un asunto de trabajo —explicó—, y como tenía tiempo, me he pasado a saludarle y mire con qué me encuentro.

El hombre sacudió la cabeza.

—Siempre hay alguien que necesita ser traído de nuevo al rebaño, hija —le dijo con tono conciliador—. Esos dos chicos están empeñados en una venganza que no les reportará nada bueno.

Y eso era algo indiscutible.

—¿De qué banda estabas hablando, Ángel?

El chico se giró hacia ella y asintió.

—No son de aquí, Sophie —negó el joven—. Pertenecen al grupo de gente que viene por los combates.

El estómago se le encogió ante la mención de una de las actividades que solía darse por la zona. Ni siquiera la policía, con sus sorprendidas redadas había conseguido erradicarlas. Podían desaparecer durante algún tiempo, pero siempre volvían a aparecer, utilizaban otros locales como el almacén abandonado del polígono en el que se juntaban dos sábados al mes para dar rienda suelta a la brutalidad en la forma de peleas callejeras y clandestinas.

—Y están arrastrando a nuestra gente —murmuró entre dientes—. Malditos hijos de...

Dejó escapar un resoplido y miró al reverendo.

—Disculpe mi lenguaje, padre, pero estas cosas... me enervan.

—Tú sabes que yo soy el primero en maldecir, hija, no te disculpes — aseguró el hombre con buen humor—. Hay demasiadas injusticias en el mundo y no puedes arreglarlas todas, pero ya que estás aquí, podría venirme muy bien tu experiencia. Hay dentro una muchacha que acaba de perder a su hermano...

Ángel hizo una mueca y la miró. Conocía al veinteañero desde hacía un par de años, había sido uno de los chicos del reverendo y, al igual que ella, intentaba echar una mano en lo que podía.

—Caledonia —dijo con voz baja, compungida—. Jason... nos abandonó hace una semana.

Se llevó la mano al pecho y envió una silenciosa plegaria por su alma. Si mal no recordaba, el chico había tenido cáncer y había sido incapaz de superarlo.

Respiró profundamente, posó la mano sobre el hombro del chico y miró al reverendo.

—Me sentaré un rato con ella —le dijo al padre—, a veces es todo lo que queremos que hagan.

El hombre asintió y la acompañó al interior de la iglesia.

CAPÍTULO 14

—Empiezo a plantearme si realmente existe algo beneficioso en este deporte, porque desde mi lado del gimnasio solo veo el suelo.

Horus sonrió irónico y tendió la mano para levantar a uno de sus alumnos de la colchoneta dónde permanecía despatarrado. El chico había mejorado notablemente, no solo en el deporte que les estaba enseñando, sino en mantener la ira bajo control.

—El *Kickboxing* es, probablemente, uno de los deportes con mayor componente cardiovascular, Jake —le dijo dándole una palmada en el hombro al flaco chico—. Cuando os hago correr de un lado al otro del gimnasio, ya estáis oxigenando todo el cuerpo y entrenando el corazón.

—Y yo que pensaba que lo hacías solo por joder, *sensei* —comentó uno de sus alumnos más antiguos de esa sesión.

—En parte también —aceptó, se movió sobre las colchonetas y comprobó que las vendas de las manos estaban tensas al tiempo que los miraba a todos y cada uno. Tenía una clase de cinco chicos y una chica, todos ellos procedentes de las calles, pertenecían a bandas o buscaban una manera de desfogar la rabia que llevaban dentro—. Hay cinco beneficios claros que podéis extraer de este deporte, ¿alguien puede decirme alguno?

—¿Qué a las tías se le pone el culo duro? —sugirió uno de ellos con un

bajo ronroneo.

La única mujer entre ellos resopló con hastío. Lisa era una adolescente problemática, o esa era la etiqueta que se había puesto a sí misma, sin duda una obsequiada por sus propios progenitores. Menuda y de color, era todo un torbellino adolescente de dieciséis años, había llegado al gimnasio empujada por una asistente social y con una actitud defensiva que le había llevado casi un mes sobrepasar. La chica era realmente inteligente y, debajo de esa actitud desafiante, se encontraba alguien herido, necesitado de un lugar en el que no fuese juzgada y sí escuchada. El gimnasio le había dado eso, como al resto de los chicos que venían día tras día a las clases de distintas artes marciales que solían impartirse.

—Vete a la mierda, Turbo —replicó echándose la coleta de largo pelo negro por encima del hombro.

—Ella sí te va a poner a ti el culo duro a base de patadas —comentó otro, chocando los nudillos con un colega.

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua. Tenía que mantener la disciplina antes de que empezaran a soltarse y volasen puñales.

—Tomad nota, chicos, no os viene mal saber algo más cómo dar patadas. —Llamó la atención de su grupo—. Uno de los beneficios es la tonificación muscular y con ello se adquiere un aumento en la fuerza. Pensad en cuando os ejercitáis con los saltos o golpeando el saco, en la fuerza que debéis imprimir en los golpes o en los levantamientos.

—Eso tiene sentido.

Puso los ojos en blanco y sonrió de soslayo.

—Todo lo que digo tiene sentido, Carlos, otra cosa es que lo entendáis.

Nuevas risitas recorrieron el aula, librando tensiones y atrayendo de nuevo la atención de todos.

—Bien, siguiendo ese patrón, ¿qué otros beneficios se os ocurren que

puede aportarros el *kickboxing*?

Empezaron a mirarse unos a otros, entonces Lisa, la única chica en la clase del miércoles se aventuró a hablar.

—¿Coordinación?

—Y aquí tenemos a una dama que no solo es guapa sino también inteligente —concedió sin dejar de moverse, prestando atención a cada uno de ellos—. La coordinación es otro de los puntos fuertes, de hecho, sin ella todas las series y combinaciones de golpes pasarían más bien por un extraño baile japonés que por movimientos de artes marciales.

Hubo risas en general y sonrió a su vez. Esos chicos habían sido un grupo de lo más callado, desconfiado, mirándose siempre por encima del hombro, dispuestos a desafiarse unos a otros hacía poco más de un par de meses. Ahora, no solo se respetaban, sino que habían aprendido a comunicarse y prestarse ayuda los unos a los otros.

Esto era por lo que realmente disfrutaba de este deporte y de enseñar, no solo le permitía liberar tensiones y quitarse el traje de contable, sino también enseñar a esos chicos perdidos que ahí fuera había un futuro para ellos, que podían ser personas de bien con expectativas brillantes.

—Y a ese beneficio le añadiremos esa cosita insignificante que parece costarle tanto a Cliff cada vez que Lisa pasa por delante de él en ropa deportiva —comentó guiñándole un ojo a la chica al tiempo que señalaba al aludido—. Concentración.

—Te han pillado, tío —se rió uno de sus amigos.

—Saber anticiparse a los movimientos y levantar la defensa en caso de ataque requiere de concentración —continuó—. La misma que tenéis ahora mismo puesta en mí y en lo que estoy diciendo. Estoy por echarme a llorar de la emoción.

Nuevas risas.

—Vamos, uno más —pidió mirándolos a todos y cada uno—. Os he dejado los fáciles...

Hubo un par de ceños fruncidos, alguna que otra mirada en busca de ideas y finalmente, el mayor de los chicos de su clase de hoy, el cual tenía dieciocho años, habló.

—Defensa —añadió con esa voz rota, producto de un daño en la garganta—. Aprendes a luchar, aprendes a defenderte.

Y ese muchacho sabía exactamente lo que quería decir, él había tenido que defenderse y defender a su hermana de un padre maltratador.

—Premio —asintió y compartió su punto de vista con los demás—. Es un buen método de «autodefensa». Hay demasiados idiotas ahí fuera que saben cómo iniciar una pelea, pero no cómo pararla. Si os estoy enseñando a pelear es para que aprendáis a defenderos, no para que iniciéis una reyerta que no os llevará a ningún sitio.

Ese era el mantra que intentaba inculcarles a todos ellos, debían ser los que pusiesen fin a una pelea, no los que la iniciaban.

—Y, por último, además de ser divertido, el kickboxing es especialmente bueno para reducir el estrés —concluyó haciendo especial hincapié en mirar a todos y cada uno de los chicos—. Cuando sintáis ganas de pegarle a alguien, cuando estéis llenos de ira, desahogaros con un saco de boxeo. Él aguantará todo lo que le queráis dar, absorberá aquello que os sobra y os quedaréis de lo más relajado. Es casi tan bueno como el sexo.

Nuevas risas entre los chicos, codazos entre unos y otros, incluso bromas por parte de Lisa hacia sus compañeros.

Dio una palmada y echó un rápido vistazo a la rueda que formaban a su alrededor.

—Bien, vamos a terminar la clase de hoy practicando unos cuantos golpes —examinó rápidamente a los chicos—. Turbo, Cliff, Carlos...

vosotros con las manoplas, Lisa, Jake y Blade, poneos los tibiales y los guantes.

Los chicos acogieron su sugerencia con entusiasmo.

—*Sensei*, ¿cuándo podremos hacer un combate?

—Cuando el *sensei* esté seguro de que no te romperás el cuello intentando golpear a tu contrincante, Blade.

Se giró al escuchar la voz masculina procedente del otro lado de la sala. Dain entraba en el área vestido con unos pantalones de deporte y camiseta oscura, la venda negra con la que solía vendarse las manos y los nudillos giraba entre sus dedos mientras la colocaba en su lugar. El gemelo de Lucien, era uno de los maestros voluntarios en el gimnasio y su propio *sparring*. Aficionado a los deportes de contacto, había empezado a practicar *kickboxing* como terapia después de un aparatoso accidente. No estaba muy al tanto de lo ocurrido, el hombre de su edad no era muy dado a charlar, pero cuando se enteró de su ocupación extracurricular en la última reunión de dominantes del club, se ofreció a echarle una mano con las clases a cambio de poder pegar unos golpes.

—Vamos, señoritas, a practicar. —Recuperó la atención de sus alumnos y los puso en movimiento—. No te esperaba hoy por aquí.

El Dom estrechó su mano y señaló al grupo con un gesto de la barbilla.

—¿Qué tal la clase?

—Bastante bien —aceptó comentando con él los progresos de los chicos. Dain solía atender las charlas motivacionales, así como ayudaba a los chicos a practicar los golpes y corregir la postura. También se hacía cargo de la clase de kárate que se impartía en el mismo centro en el turno siguiente al suyo—. Ya no se insultan entre ellos o, si lo hacen, la sangre no llega al río. Aunque he echado en falta a uno de mis alumnos, Mackenzie. Ya es la segunda clase que falla esta semana.

Su compañero enarcó una ceja.

—¿Y eso te preocupa?

—Ese chico ha asistido incluso con fiebre.

—Ya —aceptó mirando a su alrededor. Ambos sabían que una dedicación como esa no era algo que soliese darse muy a menudo en ese recinto—. Quizá simplemente esté haciendo pellas o tenga otras cosas que hacer. No te pongas paranoico todavía.

No quería hacerlo, pero habiendo estado en el pellejo de esos muchachos antes, no podía evitar ver fantasmas dónde posiblemente no hubiese siquiera humo.

Miró las venda negra de las manos de su compañero y levantó las suyas formando sendos puños.

—Si estás libre, después de terminar con la clase, no me vendría mal una breve exhibición para los chicos.

Su compañero sonrió de soslayo.

—Siempre estoy dispuesto a hacerte morder el polvo —asintió terminando de vendarse la mano. Comprobó la firmeza y asintió complacido con el resultado—. Mientras terminas, calentaré un poco.

Asintió sin dejar de mirarlo. Había cierto grado de tensión en el rostro masculino, así como en sus movimientos, lo que evidenciaba que algo no marchaba bien.

—¿Un mal día?

El hombre le dedicó una mirada irónica y ladeó la cabeza.

—¿No lo son todos los miércoles en la ciudad de Nueva York? —contestó con un ligero encogimiento de hombros—. Espero que no te gusten los miércoles, porque el mío, apesta.

Enarcó una ceja ante su respuesta. Dain Ratcliffe trabajaba como asistente social y solía llevar casos infantiles y juveniles, así como de

violencia de género. Tenía que admitir que el tipo los tenía bien grandes para soportar el tipo de mierda que debía ver cada día en su trabajo. De hecho, ese era precisamente el motivo principal por el que se pasaba un par de veces por semana por el club, para descargar toda la tensión, frustración y rabia acumulada en el trabajo.

—Por ahora ha sido un miércoles normal y corriente. —Si podía considerar corriente un solo día de esa jodida semana. Desde que había dejado a Sophie el sábado en su casa, no había podido dejar de pensar en ella, en su sabor y en lo bien que se sentía su polla enterrada en su dulce coñito. Sí. No había dado pie con bola. Había tenido que repetir un par de veces varios trabajos y volver a hacer las cuentas del club al encontrarse con un descuadre que ni una multinacional tendría.

Su compañero duplicó su gesto y estiró la comisura de los labios en una parodia de sonrisa.

—Ya.

Puso los ojos en blanco, no tenía intención alguna de ponerse a discutir sobre su vida privada con él o con nadie.

—Por cierto —continuó Dain—. He leído el último email que enviaste a los miembros del club. ¿Fiesta de la espuma? ¿Sientes nostalgia por las fiestas universitarias?

Bufó.

—La tendría si en dichas fiestas se incluyesen sumisas desnudas y cubiertas únicamente con espuma —replicó con ironía—. Al menos, en la próxima fiesta del *Blackish*, el suelo no será duro cemento y sí estará acolchado.

—Y ese es un punto muy a tu favor.

—Fire está estudiando la mejor manera de llevarlo a cabo, por ahora limitaremos todo a la planta principal, acotaremos la zona y ya veremos.

—Si necesitáis ayuda para el montaje...

Asintió.

—Lo tendré en cuenta —aceptó y señaló el ring—. Y ya que parece estar de tan buen humor... ¿A dos asaltos?

Su compañero de pelea sonrió divertido y asintió.

—Dos asaltos —asintió con un respetuoso saludo—. Pero primero termina tu clase.

Sí, hoy sin duda era un buen día para dar algunos golpes.

CAPÍTULO 15

Sophie se detuvo en seco al entrar en el gimnasio. Los gritos agudos y cortos la detuvieron en seco, giró la cabeza con rapidez y sus ojos se encontraron con los dos combatientes que bailaban sobre el suelo del ring. El corazón se saltó un latido y el aire quedó congelado en los pulmones cuando presencié el rápido ataque de uno de los combatientes. Músculos estirándose y contrayéndose, una patada a la protección de la tibia, otra por debajo del pecho, una combinación de puños detenida por los guantes del otro oponente... No era la primera vez que presenciaba un combate de esas características, que veía a dos hombres entrenar. De niña solía espiar a su hermano cuando practicaba a escondidas, había visto a Robert hacer movimientos parecidos... y entonces había visto algo mucho más oscuro, más sangriento que la había destrozado interiormente; y el culpable de aquello estaba ahora sobre el ring, avanzando sobre su oponente para luego retroceder y subir la guardia para defenderse.

Horus estaba peleando con un hombre que le resultaba conocido, tan conocido que resultó ser el Amo Dain, del *Blackish*. Los dos hombres se vigilaban, siguiéndose, tentándose y rehuyéndose, ajenos a los chicos que observaban extasiados el combate desde las esquinas del ring en silencio.

Empezó a caminar hacia el cuadrilátero sin ser apenas consciente de

que lo estaba haciendo, su mirada fija en ese hombre al que había creído conocer y que, tras su encuentro del sábado pasado y lo que ahora estaba presenciando, estaba claro que no era así.

El pasado surgió de nuevo ante sus ojos, empañando la realidad con imágenes de una noche lluviosa, de un tugurio en un suburbio y un público gritando enfebrecido ante los dos combatientes que luchaban dentro de un cuadrilátero similar. Había llegado allí después de una nueva discusión telefónica, de repetir una llamada y encontrar una respuesta femenina que la había enfurecido y la llevó a coger un taxi y presentarse en una dirección para encontrarse con una oscura realidad.

En aquel entonces pensó que tampoco conocía al hombre con el que había convivido durante seis años, su marido, el mismo que la había evitado, que había hecho hasta lo imposible para mantenerla lejos y apartarla de él. Cuando reconoció en aquel cuadrado rodeado de cuerdas las facciones ensangrentadas y el ensortijado pelo negro, cuando vio la furia de sus ojos reflejada en sus golpes, su mundo se vino abajo y con él, la farsa que siempre había sido su matrimonio.

Había huido de allí en medio del aguacero, se pasó buena parte de la noche vagando sola bajo la lluvia hasta que él la encontró horas después. A partir de ese día todo cambio, aparecieron los reproches, aprendió a suplicar y finalmente fue abandonada.

«Ha llegado el momento de separarnos».

Se estremeció, un nuevo grito la espabiló devolviéndola al presente y a los combatientes que continuaban con ese extraño baile.

—Horus... —musitó en apenas un hilo de voz.

La manera en que se movía, la elegancia de sus movimientos y la decisión de cada golpe no tenía nada que ver con la rabia y sí con una fuerza controlada, este era el Dom que había conocido en el club. Pasó la mirada al

otro contrincante y se estremeció. A pesar de su envergadura, se movía con visible agilidad, resultaba casi hermoso de una manera cruel y salvaje, era como mirar a un animal salvaje dispuesto a hacer pedazo a su presa...

Y eso fue más de lo que pudo soportar, la caja que traía en las manos cayó al suelo con gran estruendo. Horus perdió la concentración, se giró en dirección al ruido y su contrincante, quién no pudo refrenar a tiempo el golpe, le rozó la mandíbula con el guante haciendo que su cabeza volase hacia atrás durante una fracción de segundo.

—¡Ay dios mío! —jadeó al tiempo que contenía el aliento y se llevaba las manos a la boca.

Todo parecía ocurrir a cámara lenta. El golpe, el par de pasos que dio él hacia atrás movido por el impulso, su rápida recuperación al mantener el equilibrio, el gruñido de su contrincante y los rostros de ambos girándose hacia el lugar del que había procedido el sonido.

—Ay dios —repitió de nuevo incapaz de encontrar otra cosa que decir.

—¿Qué coño...? —masculló Dain entrecerrando los ojos al verla—. Oye, esa no es...

—¿Sophie?

—¿Y esa quién es? —Se interesó uno de los alumnos.

—Pues parece un repartidor —replicó otro.

—Es una chica, imbécil.

—Pues repartidora.

El color empezó a subir a sus mejillas un instante antes de empezar a marcharse. La mirada que tanto el Amo Dain como Horus le estaban dedicando era suficiente como para hacer palidecer a un ejército.

—Ay dios... —gimió muy bajito. Sus pies actuaron por sí solos, dio media vuelta y emprendió la retirada con una rapidez que sería la envidia de un corredor de fondo.

—¡No des un paso más!

La orden ladrada con voz firme y severa la detuvo en seco.

—Gírate.

Se mordió el labio inferior y empezó a volverse para ver a Horus bajando del cuadrilátero con gesto contrariado mientras Dain se había cruzado de brazos sobre las cuerdas y la miraba visiblemente divertido.

—Acabas de meterte en un buen lío, encanto. —Alzó la voz de modo que lo escuchase.

Si pudiese encontrar la suya lo habría mandado a la mierda, pero la mirada que veía en el rostro masculino que caminaba directamente hacia ella le arrebató la posibilidad. Se quedó presa de su mirada, conteniendo el aliento, esperando hasta que se detuvo a unos centímetros y entrecerró los ojos. Si el sábado él le había parecido inmenso, hoy era una montaña y ese torso desnudo y sudado estaba contribuyendo a que su boca se secase a la velocidad de la luz. Se obligó a mantener la mirada en su rostro, a no descender hacia abajo. Demonios, ¿podía un hombre vestido con un pantalón de deporte, vendas rojas en las manos y descalzo parecer sexy como el demonio? Porque este sí lo era.

—¿Qué haces tú aquí?

La pregunta la golpeó con suficiente fuerza como para devolverla a la realidad.

—Yo... traje una caja —respondió con voz suave—. Y... creo que se me... cayó.

La recorrió con la mirada, fijándose en su indumentaria y luego echó un fugaz vistazo a la caja que permanecía espachurrada en el suelo.

—¿Ahora trabajas como repartidora?

Enarcó una ceja ante su tono.

—¿Sería un problema para ti que así fuese?

Le devolvió el gesto.

—No.

Asintió conforme.

—Bien —aceptó. Entonces sacudió la cabeza—. Y no, no lo soy. Soy la diseñadora de la empresa. Es solo que hoy estamos un poco cortos de personal y he tenido que venir yo a traer el encargo. Mi jefa dijo que era urgente.

Volvió a mirar más allá de ella, a la caja que había creado el alboroto y no pudo evitar sonrojarse.

—Dime que no es nada que pueda romperse.

Su mirada voló de nuevo sobre ella.

—¿No sabes lo que contiene?

Hizo una mueca.

—Salí con demasiada prisa como para preguntar —se encogió de hombros con gesto culpable—. El albarán y la factura están en la caja.

Le sostuvo la mirada de tal forma que la hizo sentir más y más nerviosa.

—Dime que no me lo he cargado.

Entrecerró los ojos.

—¿Y si así fuese?

Se mordió el labio inferior.

—Pues lo más seguro es que mi jefa me cortase la cabeza, eso para empezar —declaró con gesto compungido—. Y tendría que sustituir el artículo el cual, dependiendo de lo que sea, podríamos o no tenerlo para mañana.

Lo vio tomar aire y dejarlo escapar muy lentamente.

—Cliff, Blade, si ya habéis terminado de reiros, coged la maldita caja y comprobad si el contenido está de una pieza —pidió sin sacarle los ojos de

encima—. Los demás podéis ir. La sesión de hoy ha terminado. Nos vemos la semana que viene.

—¿Ahora soy el chico de los mandados? —protestó uno de los nombrados.

—Hazlo. —Su respuesta no admitía lugar a discusiones—. Chicos. Es todo por hoy. Nos vemos la semana que viene.

Sus alumnos empezaron a moverse, intercambiando comentarios, despedidas y le sonrieron e incluso le dedicaron guiños al tiempo que le daban las gracias a su «sensei» y dejaban la sala.

—Así que, ¿trabajas aquí? —preguntó curiosa por la forma en que los chicos respondían a su compañero.

—La lona está entera, el estruendo vino de los soportes metálicos —replicó el que había protestado en un principio—. ¿Lo llevamos al almacén?

Asintió.

—Gracias, chicos.

Miró a unos y a otros e hizo una mueca.

—Siento haber interrumpido... y, esto... quizá deberías ponerle hielo a eso.

Dain se reunió entonces con ellos, los dos hombres hacían que se sintiese como una enana a su lado.

—Mañana tendrás un bonito moratón —comentó él con gesto desapasionado al tiempo que giraba uno de los guantes y se lo llevaba a la boca para tirar del cordón—. Tendré que conformarme con el saco después de mi clase.

—¿Te lo desato?

La pregunta los cogió por sorpresa a los tres. El hombre la miró, se encogió de hombros y le tendió el guante.

—Eres una sumisita bastante extraña —comentó mientras ella trabajaba

en deshacer los innumerables nudos—. Te pega, Horus.

No se atrevió a levantar la mirada y ver su expresión. Por Dios, lo último que esperaba era encontrárselo a él allí. ¿Por qué no le había dicho nada el reverendo John? El padre sabía de su previa relación con él, había sido quién los había casado, ¿por qué no le había dicho nada? ¿Desde cuándo estaba dando clases en ese gimnasio?

Terminó con los nudos, aflojó las cuerdas y Dain retiró la mano para meter el guante debajo del sobaco y tirar para sacárselo.

—Gracias por la ayuda, Sophie —le dijo el Amo, inclinó la cabeza en un gesto de despedida y se volvió a su compañero—. Me voy a preparar mi clase. Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

Él asintió y en poco tiempo se quedaron completamente solos.

—Er... los papeles de la caja... necesito que me firmes la confirmación de la entrega.

Bajó la mirada a los guantes de boxeo que llevaba todavía puestos y se mordió el labio inferior.

—¿Quieres que te los desate también?

Resopló.

—Ven conmigo, señorita desastre —le dijo, dio media vuelta y empezó a caminar sin esperar a ver si la seguía o no—. Muévete, Sophie.

Por otro lado, tampoco es que le hiciese falta.

CAPÍTULO 16

Verla allí lo había llevado al pasado. Recordó su mirada, el horror en sus ojos, el dolor y la incomprensión cuando descubrió su secreto, lo que llevaba haciendo desde que había entrado en la universidad; luchar.

Su necesidad de castigarse a sí mismo era demasiado grande, sentía que su vida era toda una mentira, una farsa en la que se había visto envuelto y de la que no podía escapar. Había sido una época en la que había estado perdido, muy perdido y dónde las responsabilidades se le habían hecho demasiado grandes.

Su trabajo no lo llenaba, apenas le reportaba los beneficios necesarios para costearse las facturas y no estaba solo ya que tenía una mujer a la que mantener. Los gastos de la casa, la matrícula de la universidad de Sophie, los gastos de los créditos, la hipoteca... tenía que sacar el dinero de algún lado y él era bueno con los puños.

Los combates clandestinos se convirtieron en un modo para desfogar toda la ira que llevaba en su interior y obtener los ingresos extra que necesitaba, pero ¿cómo decírselo a ella? Una chiquilla que lo veía todo de color de rosa, que vivía de los sueños y las fantasías que había creado en torno a él; una distorsionada realidad.

Y entonces todo explotó. Un fin de semana, cuando estaba en el último

año de carrera habían tenido una fuerte discusión telefónica. Le había dicho que se quedase en la universidad, que no tenía tiempo para ella y sus infantiles deseos. Se habían gritado, se habían enfrentado como nunca antes lo habían hecho y él zanjó las cosas de la única manera que conocía; haciéndole daño.

«Alex, no nos hemos visto en todo el cuatrimestre, va a ser Navidad y...».

«¡Al diablo contigo, Sophie! ¿Cómo tengo que decírtelo para que lo entiendas? No te quiero. ¡No eres más que un maldito lastre, una jodida promesa que le hice a tu hermano y que me ha jodido la vida!».

«Pe-pero soy tu es-esposa». Había empezado a tartamudear, una señal inequívoca de que la había herido, de que había abierto una profunda brecha entre ellos. *«¿Pppp-porqué m-m-e dices eso ahhh-ahora?».*

«Porque eres una cría llena de sueños que no conducen a ninguna parte. Quédate en el puñetero campus y busca a alguien de tu edad que cumpla tus ridículos deseos juveniles».

Le había colgado el teléfono. Se había negado a responder a las innumerables llamadas que se habían producido después. Tenía un combate esa noche y sus emociones estaban lo bastante inestables como para desear destrozarse a su contrario o permitir que este acabase con su vida de una vez y por todas.

Y entonces ella se había presentado allí, ni siquiera sabía cómo había dado con el lugar, pero se había encontrado con esos ojos esmeraldas a través del excitado público. Lo miraba horrorizada, sin comprender, las lágrimas habían bañado sus mejillas y la inocencia que había en ella se rompió como una presa. Huyó en plena noche bajo la lluvia, le había llevado más de dos horas dar con ella y cuando lo hizo, en vez de odiarle, de asquearle en lo que se había convertido, había sentido lástima, le había rogado que no volviese

allí, que no siguiese haciéndose daño de aquella manera y que regresase con ella.

Aquello fue lo que lo empujó a tomar la decisión que llevaba tiempo posponiendo; dejarla marchar.

Esa mirada había estado hoy en sus ojos, el sonido que lo había desconcentrado sacándolo del combate lo llevó a girar el rostro y volvió a verse como aquella noche, pero entonces algo cambió, ya no había horror o asco, solo sorpresa y pacífica aceptación. El rostro que lo miraba no era el de una niña ingenua y sobreprotegida, era el de una mujer que veía más allá de lo que mostraba a la gente.

—Deberías de ponerle hielo antes de que te salga un enorme moratón —le dijo rompiendo el momentáneo silencio—. Lamento haber interrumpido... tu entrenamiento.

La miró fijamente, entonces resopló.

—No era mi entrenamiento, sino el de Dain —replicó llevándose uno de los guantes a la boca y aflojar los nudos—. Le apetecía dar unos cuantos golpes.

—¿Y no se te ocurrió decirle que usase una de esas bolsas de arena? —replicó y, sin que se lo hubiese pedido cogió el guante con las dos manos y tiró de él para desatarlo ella misma—. ¿Quién diablos hace estos nudos? No tendría precio como marinero.

Optó por no responder y se limitó a ver cómo trabajaba aflojando las cuerdas lo suficiente para que pudiese quitárselo él mismo.

—Si quieres ver buenos nudos, deberías asistir a una de mis clases de *Shibari* —repuso con ironía.

Levantó la mirada y se encontró con tus ojos.

—Solo si puedo ser la modelo —lo desafió.

Entrecerró los ojos, se llevó el guante bajo la axila y tiró hasta

sacárselo. A continuación, acometió él mismo la tarea de quitarse el otro.

—¿A qué estás jugando, Sophie? —No pudo evitar preguntar—. ¿Qué intentas conseguir?

Sus preguntas parecieron sorprenderla, parpadeó y ladeó la cabeza.

—No estoy jugando a nada —declaró sin vacilación, lanzó el pulgar por encima del hombro y medio se giró hacia la puerta—. He venido a entregar un paquete de la empresa para la que trabajo porque nuestro repartidor no podía hacerlo. Ni siquiera sabía que... trabajabas aquí. ¿Eres instructor?

Su curiosidad resultó genuina, no parecía rechazar la idea, solo se mostraba curiosa.

—Doy clases de *kickboxing* a los chicos tres veces por semana —corroboró quitándose el otro guante y dejándolo sobre la mesa—. Es un deporte que tiene sus beneficios, especialmente a la hora de liberar tensiones...

Ella enarcó una ceja ante su doble juego de palabras, pareció captarlo a la primera, pero prefirió ignorarlo. De hecho, le dio la espalda y empezó a curiosear por la oficina a la que la había conducido. Fotos de los combates de sus alumnos, trofeos, era el típico despacho de un entrenador.

—¿Sigues... combatiendo?

—Solo en combates de exhibición reglados por la Federación Americana de Kickboxing —replicó en tono mordaz—. Los chicos son los que han ganado los trofeos y participan en torneos... Mejor esto a que estén tirados en la calle.

—Como mi hermano y tú.

La inesperada respuesta lo sorprendió. Sus ojos se encontraron e hizo una mueca.

—Puede que haya sido una cría a tus ojos, Horus —respondió con un

ligero encogimiento de hombros—, pero te olvidas que yo también he vivido en las calles hasta que primero Rob y luego tú, me alejasteis de ellas. Puedes sacar a una chica de la calle, pero no a la calle de la chica. Eso es lo que decía mi hermano, ¿sabes?

Enarcó una ceja ante su respuesta y no pudo evitar replicar.

—Y esa chica de la calle, ¿fue la que huyó de un combate clandestino?
—replicó en tono acusatorio.

Sophie acusó el golpe, pero para su sorpresa, se mantuvo entera.

—¿Cómo habrías reaccionado tú al ver a tu marido cubierto de laceraciones y sangre sobre un cuadrilátero golpeando a otra persona como si quisiera matarla?

Ahora fue él el golpeado.

—¿Eso es lo que viste?

Respiró profundamente y dejó escapar el aire.

—Vi a un hombre desconocido para mí, alguien demasiado furioso consigo mismo y con el mundo, alguien a quién yo no podía ayudar —murmuró en voz baja sin dejar de mirarle a los ojos—. Alguien que no iba a dejar que le ayudase.

Y sus palabras solo confirmaban lo que siempre había supuesto de ella, que era mucho más intuitiva y madura de lo que había querido admitir.

—Tenías razón en algo de lo que me gritaste aquella noche —continuó—. Yo solo era una niña y no podía ver el mundo a través de tus ojos, porque tú nunca me permitiste hacerlo. Pero esa niña creció, se hizo fuerte y ya no necesita promesas de ninguna clase.

—Tú hermano era un buen hombre —comentó pensando en su mejor amigo, el primero en tenderle la mano cuando nadie más lo había hecho—, y te quería por encima de todo. Solo quería lo mejor para ti.

Asintió lentamente, sus ojos vagaron hacia el suelo.

—Lo sé —aceptó con voz lejana, como si se hubiese perdido en sus propios recuerdos—. Por eso te eligió a ti por encima de cualquier otro, porque sabía que eras como él; un hombre honorable.

—¿Honorable? —No pudo evitar que la palabra le causase gracia. Muchos pondrían en duda su honor sin mucho esfuerzo—. Ahora sé que sigues siendo la misma romántica soñadora de antaño.

Ahora fue ella quien sonrió con la misma ironía presente en él.

—Solo un hombre honorable haría hasta lo imposible para cumplir sus promesas —replicó sin vacilación—. En estos últimos cuatro años descubrí mucho más sobre mi hermano de lo que supe jamás por tu boca. Sé quién era, sé lo que hacía...

Y sé lo que hacías tú.

Las palabras no salieron de su boca, pero no hacía falta, sus ojos eran lo suficiente expresivos para que se reflejasen en ellos.

—Os aferrasteis al honor como si se tratase de un código entre hermanos y os habéis mantenido fiel a él. En el caso de Robert, lo ha hecho incluso después de su muerte —insistió con voz firme, sin vacilación—. A él ya no puedo liberarlo de sus promesas, solo puedo contribuir a que se cumplan, pero a ti sí.

Chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—Idealizas a la gente de una manera que me resulta preocupante, pequeña Sophie —le soltó, intentando quitarle hierro al asunto—. Deberías poner los pies en la tierra para variar, posiblemente verías que no hay tantos ángeles como piensas y sí muchos demonios.

Se llevó las manos a la espalda, haciendo que sus pechos se impulsaran hacia delante, marcándose en la suave blusa que llevaba bajo la chaqueta.

—No te preocupes, Horus, hace tiempo que dejé de verte como un ángel —le soltó con gesto jocoso—. Entonces, das clases aquí tres veces por

semana, gestionas un club los fines de semana... —enumeró girándose para mirarle, cambiando de tema con pasmosa sencillez—. ¿Sigues trabajando como contable en la misma asesoría?

Optó por permitirle salirse con la suya, pero en vez de responder le devolvió una pregunta.

—Has dicho que trabajas para una empresa de publicidad —recordó—. ¿Cómo es que una asistente social ha terminado en un estudio de diseño?

Aquella había sido la carrera que había estado cursando en la universidad, la cual no tenía mucho que ver con su actual trabajo.

—Después de hacer las prácticas, me di cuenta que no estaba hecha para esa profesión —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. Creo que estaba un poco perdida, no sabía qué hacer con mi vida y entonces... bueno, conocía a Lluvia, mi jefa, y lo que empezó como una esporádica ayuda, se transformó en algo más. He asistido a clases, he hecho cursos, he obtenido una titulación y trabajo como diseñadora gráfica en un pequeño estudio.

—La vida puede dar muchas vueltas...

Ella sonrió de soslayo.

—Las da, prueba de ello es que hemos vuelto a encontrarnos —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Por cierto, ya recibí los documentos que me enviaste, te los devolveré mañana cubiertos y firmados.

La mención a los papeles del club lo llevó a pensar de nuevo en el pasado sábado, en su escena juntos, en la mujer que despertaba su deseo, la sumisa que se entregaba voluntariamente a su cuidado y que estaba justo allí, delante de él.

—Dos caras de una misma moneda.

—¿Qué?

Sonrió para sí al ver que había dicho aquello en voz alta.

—¿Tienes alguna duda, algo que debamos discutir? —respondió en cambio.

El rubor que le coloreó las mejillas era de lo más revelador.

—Puede que algunas cosas —aceptó con gesto dubitativo—. Pero no son para ser tratadas aquí.

Enarcó una ceja ante sus palabras, la miró con abierta apreciación sexual y buscó sus ojos.

—Mañana a partir de las siete el *Blackish* abre para impartir los talleres de iniciación a la sumisión y dominación —le informó—. Preséntate en mi oficina a las siete menos cuarto y lo trataremos entonces.

—Eh... de acuerdo.

La miró fijamente, recordándole quién era él y quién era ella.

—Quiero decir: Sí, señor.

Sonrió de soslayo.

—Buena respuesta, dulzura, buena respuesta —aceptó, entonces relajó el tono y continuó—. Imagino que necesitas ese documento de entrega firmado.

—Sí —respondió al momento con un abierto sonrojo.

Bajó la mirada sobre la mesa dónde alguno de los chicos o Dain le había dejado ya los dos papeles, garabateó su firma y le devolvió el original.

—Aquí lo tienes —se lo entregó y la despidió—. Hasta mañana entonces, Sophie.

Abrió la boca y volvió a cerrarla al momento.

—Hasta mañana, Amo Horus.

Dio un paso atrás, le dedicó una última mirada y salió de su despacho dejándole con un anhelo que no había sentido en cuatro años, el de recuperar a la mujer que había amado desde que era una niña de dieciséis años.

CAPÍTULO 17

Sophie respiró profundamente una última vez antes de decidirse a traspasar las puertas del club al día siguiente. Eran las siete menos veinte, sabía que llegaba temprano, pero había necesitado todo ese tiempo para convencerse a sí misma de estar siguiendo el camino correcto.

El encuentro casual en el gimnasio del día anterior la había dejado pensativa, había dado vueltas y más vueltas a las palabras de Horus intentando encontrar en ellas algo que le ayudase a entenderle. Puede que ninguno fuese ya la persona que había sido en el pasado, que el tiempo, la distancia y las distintas vivencias los hubiesen moldeado convirtiéndoles en quienes eran hoy en día, pero lo que habían pasado juntos, seguía siendo parte de sus vidas, una parte que no quería olvidar, pero de la que debía aprender.

—No puedes recuperar al hombre con el que te casaste, pero puedes intentar ganarte al hombre que es hoy —murmuró para sí.

Y ese era un hombre que la encendía con tan solo una mirada, que la sorprendía dando clases en un gimnasio para chicos de la calle, que la derretía con sus órdenes y hacía que quisiera envolverle en sus brazos y decirle que era un capullo arrogante que se estaba ganando de nuevo su corazón.

Sacudió la cabeza, echó un rápido vistazo a su indumentaria y se

estremeció de anticipación al notar el aire de la tarde acariciándole la desnuda entrepierna. No llevaba ropa interior, la breve falda ajustada a sus caderas apenas le cubría el culo y el top-corsé le levantaba los pechos sin necesidad de sujetador. Solo el abrigo con el que cubría su escandalosa indumentaria resultaba recatado, pues incluso los tacones de sus zapatos podían pasar por armas letales.

Tenía que admitir que le gustaba la ropa de cuero sexy pensada para seducir, pero su economía no era precisamente exigua y solo podía permitirse esos caprichos de vez en cuando. Damien había querido comprarle en más de una ocasión alguna prenda, pero se había negado diciéndole que debía reservarlo para la mujer a la que desease tomar como su sumisa; alguien solo para él.

Y ahora ella era la sumisa del Amo Horus o lo sería oficialmente cuando revisaran los documentos y firmase el contrato temporal que la uniría a él para sus noches en el club. Eso era lo que habían estipulado en la redacción, que aceptaba ser su sumisa, estar bajo su tutela y dirección en el club *Blackish* y él sería su único amo durante el tiempo que durase dicho contrato.

Solo quedaba repasar la *playlist*, confirmar cada uno de los puntos desde ambos lados y sería completamente suya y él sería de ella.

Pasó las manos sobre el abrigo y se dirigió hacia la puerta. Visto desde fuera, el local podía pasar tranquilamente por la entrada de una vivienda particular, solo cuando te acercabas y veías el negro color lacado de la puerta y la pequeña placa con el nombre «*BLACKISH*» sobre el circuito de video llamada, podías sospechar que esas paredes escondían mucho más.

—De acuerdo, hora de ser tú misma, Sophie —se dijo a sí misma antes de llamar y entrar en el local.

Tras pasó la puerta, se sacó el abrigo y lo dejó en el guardarropa para

luego dirigirse hacia la recepción dónde encontró al Amo Dain.

—Buenas tardes, señor.

El aludido levantó la mirada de la carpeta que estaba ojeando, le echó un vistazo y esbozó media sonrisa.

—Buenas tardes, mascota —la recibió—. Tu amo dejó aviso de que vendrías. Pasa directamente, está en su oficina.

«*Tu amo*». Un cálido sentimiento de propiedad se extendió por su interior al escuchar esas palabras.

—Gracias, Amo Dain. —Sonrió y giró sobre sus tacones.

—¿Sophie?

La detuvo en el último momento, cuando se giró hacia él indicó sus zapatos con un gesto de la barbilla.

—En la clase de hoy las sumisas van descalzas —le informó—. Deja los zapatos aquí, podrás recogerlos a la salida.

Se miró los pies, luego a él y se encogió de hombros.

—Sí, señor. —Se los quitó rápidamente, perdiendo unos cuantos centímetros y los dejó sobre el mostrador—. Cuídalos como si fuesen la joya de la corona, señor, son mi par favorito.

El hombre se limitó a sonreír con diversión.

—Lo dicho, eres una sumisa muy extraña —aseguró, miró sus zapatos y los cogió con un par de dedos para dejarlos sobre un mueble a su lado—. Vete. Horus te espera.

—Sí, señor. Gracias.

Como Dom, Horus estaba acostumbrado a muchas cosas, pero esa mujer que se sentaba al otro lado de su mesa había echado por tierra toda su experiencia en la media hora que llevaba allí sentada discutiendo cada punto

de la *playlist* y el cuestionario. Si bien había tenido la oportunidad de hacerse una idea sobre ella cuando la tuvo bajo su dominio el sábado anterior, a la luz de las recientes negociaciones no había sido más que un pequeño vislumbre de la sumisa que era en realidad.

En cierto modo Sophie era bastante... conservadora. Sus límites estaban claros y definidos, algunos de ellos creía poder empujarlos, hacerla desprenderse de las dudas y los miedos que la condicionaban y liberarla de una forma muy personal. Encontró que su visión del BDSM encajaba con la suya, posiblemente era una de las sumisas que más se acercaban en gustos a los suyos.

Disfrutó poniéndola en aprietos con la mención de algunos juguetes, la vio palidecer y sacudir la cabeza enérgicamente ante alguna que otra práctica y se negó en rotundo, llegando a amenazar su integridad física, con otras que él mismo había comentado solo para ver cómo reaccionaba.

Sí, debajo de esa seguridad, de esa terca barbilla y relativa experiencia, seguía estando la chiquilla dulce e ingenua, la vergonzosa coqueta y eso era un extra para un hombre que estaba demasiado acostumbrado a la oscuridad.

La recorrió una última vez con la mirada y aprobó su elección de vestuario, tenía unas llenas curvas que enmarcaban perfectamente la falda y el corsé, sabía por la manera en que se empujaban sus pechos que no llevaba sujetador, pero no había podido averiguar todavía si estaba desnuda debajo de la breve falda.

—Bien, ¿estás conforme con los puntos que hemos acordado y la lista de juegos? —preguntó sin dejar de mirarla, comprobando en todo momento su lenguaje corporal.

Ella barajó una última vez las páginas, comprobando cada punto y con un profundo suspiro, asintió.

—Sí, estoy de acuerdo.

Le sostuvo la mirada cuando levantó la cabeza.

—¿Entiendes que firmando el contrato pasas a pertenecerme, que tus actos reflejarán los míos, tu voluntad será la mía y tomo posesión de ti, de tus decisiones y tu tiempo desde que atraviesas la puerta del club hasta que la abandonas?

—Sí, lo entiendo perfectamente.

—¿Consientes a ello?

Su respuesta fue coger el bolígrafo de encima de la mesa y garabatear su nombre en la línea de puntos.

—Sí, Amo Horus, consiento a ello —respondió girando la página y poniendo el bolígrafo sobre esta antes de empujarla en su dirección—. Consiento en ser tu sumisa durante mi permanencia en el *Blackish*.

Asintió lentamente.

—En ese caso, yo me comprometo así mismo a ser tu dueño, tu amo y señor, a cuidar de ti y tu bienestar, a guiarte y poseerte durante el tiempo establecido en este contrato —concretó y rubricó su firma también en el papel, sellando el contrato con su sumisa.

Ahora Sophie era suya, completamente y ese conocimiento hizo que surgiese en su interior una necesidad de posesión y una inesperada paz que lo cogieron por sorpresa.

—Abre el cajón superior de ese mueble, por favor —le indicó un archivo que había al otro lado de la habitación—, y tráeme lo que hay en su interior.

Asintiendo, se levantó y cruzó la habitación permitiéndole una magnífica visión de su culo enmarcado con la falda. Era una cosita pequeña y voluptuosa, una sumisa deliciosa y se estaba muriendo por probar de nuevo ese cuerpo que ahora le pertenecía.

—Um, ¿estás de broma, señor?

Sonrió secretamente, sabía perfectamente lo que había dentro del cajón.

—Necesitas un collar nuevo y ese, es perfecto para ti.

La chica se giró hacia él con un collar de cuero verde esmeralda, revestido de vellón verde más claro y un pequeño colgante en forma de gato con la palabra Kitty, «*gatita*», grabado en él.

—Ven aquí, *Kitty*, hora de irse al club.

CAPÍTULO 18

Sophie no podía dejar de acariciar la placa con figura felina que contenía su nuevo nombre de sumisa. Era privilegio de su amo darle un nombre y aquel, de entre todos los posibles, tenía un significado que iba mucho más allá de su nuevo vínculo como amo y sumisa.

Kitty. Así era como la llamaban su hermano y él de niña, su gatita, su niña de ojos felinos.

Levantó ligeramente la mirada sin desobedecer su orden, caminaba un par de pasos detrás de él, a su izquierda, los ojos bajos y en silencio. Había instaurado el alto protocolo sin duda como un método de ponerla a prueba.

Si crees que no puedo comportarme como una perfecta sumisa, la llevas clara, amo Horus. Canturreó en su mente y no pudo evitar sonreír.

El club poseía un aspecto distinto sin el distendido ambiente que solía tener los sábados por la noche, se veía más vacío a pesar de que había un pequeño grupo de personas en una zona delimitada de la planta principal charlando entre ellos. Observó disimuladamente por debajo de las pestañas y encontró a dos hombres que llevaban también la camiseta negra con el logo del club. Uno de ellos estaba de espaldas, un moreno enorme y musculoso que respondía al nombre de Logan. El otro era el amo Lucien, ese pelo plateado destacaría en cualquier lugar, la menuda pelirroja que permanecía de

pie al lado del primero debía ser una sumisa, dado que llevaba un collar bicolor al cuello y sonreía cuando él la miraba.

—Vaya, parece que alguien ha capturado a una pequeña gatita —reconoció la voz de Lucien por encima del murmullo—. Bien hecho, jefe, bien hecho.

Horus se limitó a ignorarle y saludó a la pareja.

—Gracias por venir, Logan —saludó al hombre—. Hola pequeña Sumi, tienes buen aspecto.

—Gracias, Amo Horus —replicó la chica con un bonito acento.

—Hola sumisita —se acercó entonces Lucien—, me gusta tu nuevo collar.

Miró a Horus pidiendo permiso para hablar.

Chúpate esa, amo.

—Adelante, Kitty, puedes hablar libremente —le concedió con tono visiblemente divertido.

—Gracias Amo, Lucien —comentó con voz suave, melosa—. Mi señor lo eligió para mí. Tiene un sentido del humor... muy retorcido.

El Dom que estaba junto a la pelirroja se rio entre dientes.

—Oh, creo que me recuerda a alguien —aseguró el poli.

—Nadie puede competir con Luna en bocazas, pero está cerca —contestó Horus—. Kitty, él es el Amo Logan, es uno de los socios del *Blackish* y la pequeña pelirroja que le acompaña es su compañera, Sumi. Caballeros... mi nueva sumisa.

Los hombres intercambiaron distintas miradas, los saludos se intercambiaron con calidez con algún que otro comentario.

—¿Qué tal pintan las parejas de hoy? —preguntó Logan mirando por encima de los hombros de sus compañeros—. Creo que reconozco a alguna de los talleres anteriores.

—La morenita es nueva, ¿no? —comentó Lucien frotándose la barbilla—. Parece estar tan fuera de lugar como una morsa en una playa nudista.

—Y esa es una imagen que da verdaderos escalofríos, Luc —aseguró Logan estremeciéndose.

—Me sumo a eso, Maestro —añadió también Sumi—, y añadiré muy respetuosamente un «*puaj*».

Horus se limitó a encontrarse con su mirada, le guiñó el ojo, cogiéndola por sorpresa y miró al grupo de personas reunidas.

—Un grupo fascinante —murmuró en voz baja, entonces se inclinó hacia Lucien—. Adrien es el joven Dom del que te hablé esta semana. Está interesado en adquirir un poco más de experiencia y, por lo que he visto hasta ahora, tiene madera.

—En ese caso, démosle hoy un papel protagonista —concordó—. No estaría mal para subir el ánimo y hacerles ganar confianza a los que ven esto como algo más que una manera de darle vidilla a sus aburridos matrimonios.

—¿No has pensado en pasarte al lado de la policía analizando perfiles? —comentó Logan—. Te juro que tienes más aciertos que el especialista que tenemos nosotros en la comisaría.

—Demasiado trabajo, poli, demasiado trabajo —aseguró Lucien con una media sonrisa—, tengo más que suficiente con el mío.

—Si cambias de idea...

—Serás al primero que llame —se burló él. Entonces miró a su alrededor—. Bueno, ¿cuál es el plato de hoy? He leído por encima el temario... pero no me salen las cuentas.

Horus volvió a mirarla y sonrió de soslayo.

—Tú ya le has echado el ojo a la morenita —le recordó—. Logan y yo haremos hoy las demostraciones y tú y Adrien, os ocuparéis de las dos sumisas sin pareja.

—¿Qué demostraciones? —Las palabras escaparon de sus labios antes de darse cuenta de que lo había pronunciado en voz alta. —Señor —se apresuró a completar la frase.

Los ojos de su amo cayeron sobre ella, tenía una sonrisa petulante en los labios que le dijo sin necesidad de palabras que no le iba a gustar ni un pelo la respuesta.

—Cómo te comenté, dos jueves al mes impartimos talleres de iniciación o perfeccionamiento para aquellos que están interesados en iniciarse en la dominación o sumisión —le explicó con tranquilidad—. Los talleres solemos impartirlos Fire y yo, con la participación voluntaria de los socios. Hoy Fire no podía venir, así que Lucien ocupa su lugar. Logan suele echarnos una mano con su sumisa y en ocasiones lo hace también Camden, el otro amo de Sumi.

¿Una sumisa con dos amos? Interesante.

—Los talleres constan de una parte teórica y otra práctica —se inclinó sobre ella—, tú vas a ayudarme con la parte práctica.

Se quedó sin respiración. Lo miró y miró a toda esa gente que estaba allí reunida.

—Práctica como, ¿en público?

Su sonrisa se hizo más intensa y maliciosa.

—Sí, gatita, como en público.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, le dio la espalda y se dirigió a los presentes.

—Buenas tardes a todos y todas y bienvenidos a los talleres del *Blackish*.

Durante la siguiente hora, Horus hizo un rápido repaso sobre los conocimientos de los asistentes al taller, sobre la experiencia que tenían en el estilo de vida y lo que esperaban. Los dividió en grupos asistidos por los

amos presentes y pasó de la parte teórica hacia la práctica.

—Como amos tenemos el deber de velar por nuestras sumisas, de saber lo que necesitan en cada momento y dárselo, aún si ellas no están seguras de sus deseos —continuó con ese tono de voz que llenaba la sala, que mantenía la atención.

—Pero, ¿cómo saber qué necesita nuestra sumisa? —interrumpió uno de los asistentes—. Quiero decir, cómo sabes si realmente quiere... eso.

—Podrías empezar preguntádoselo —comentó una de las dos chicas sin pareja.

El chico frunció el ceño.

—Eso no siempre funciona —añadió Adrien, girándose hacia ella con amabilidad—. Porque, ¿cómo sabes si quieres algo si todavía no lo has probado?

—¿Por qué sé lo que no quiero?

—Es retorcida —comentó Lucien en voz baja, inclinándose hacia Horus.

—Es perfecta para ti —le soltó él.

—Como sumisa puedes tener unas necesidades, unas inquietudes que ni siquiera sabes que están ahí hasta que tu amo te hace ser consciente de ellas —murmuró Sophie dando respuesta a la pregunta inicial—. Pero, dado que ningún amo es adivino, la clave está en preguntar.

—Buena respuesta, dulzura —le dijo posando ambas manos sobre sus hombros en una silenciosa advertencia—. Como acaba de apuntar mi sumisa, un Dom no es un adivino, si no estáis seguros de algo, preguntad. Y, sobre todo, utilizad los sentidos y prestad atención a lo que el cuerpo de vuestra pareja os dice, las reacciones puedes ser mucho más sinceras que un millar de palabras.

Resbaló los dedos por su brazo desnudo, bajó la boca sobre su cuello y

la besó con delicadeza.

—Una sumisa es como un libro abierto si sabéis leerlo —continuó y mordisqueó la suave piel de la base de su cuello provocándole un estremecimiento—. ¿Veis? Un pequeño estremecimiento —volvió a acariciarle el brazo—, el cambio en su respiración —le rozó los pezones con los nudillos por encima del corsé—, la manera en que contiene el aliento y separa los labios —continuó hacia abajo, aplanando la mano, arrastrándola por su vientre hacia la uve de sus muslos—, sé consciente de cada una de sus reacciones, escucha su cuerpo más que sus palabras. Separa las piernas...

Sus muslos se cerraron incluso con más fuerza cosa que lo hizo reír.

—Eso es cerrarlas, mascota —ronroneó y los demás se rieron—. Si vuestra sumisa es pudorosa, superad su pudor —insistió volviendo a su oído, chupándole el lóbulo antes de mordérselo y hacerla gemir—, derribad sus barreras —le acarició los muslos por debajo de la falda—, y dadle una prueba de lo que puede obtener si se porta bien...

—Señor... —gimió al notar como le separaba los muslos y le acariciaba el desnudo sexo.

—Sin bragas, buena chica.

Hubo varias risitas cercanas ante su admisión, pero dejó de oírlas cuando uno de sus dedos la penetró sin previo aviso, arrancándole un gemido y haciendo que se aferrase a él.

—Si estáis atentos a cada una de las respuestas de su cuerpo —retiró el dedo para volver a penetrarla de nuevo haciéndola ponerse de puntillas—, podréis leer en él lo que le gusta, lo que despierta su placer y su sumisión.

Se retiró de entre sus piernas, se llevó el dedo a la boca y lo chupó delante de ella.

—Y así es como podéis descubrir que necesita vuestra sumisa —concluyó antes de darle una palmada en el culo y volverse de nuevo hacia el

atento público—, y dárselo.

—Um... creo que eso puedo hacerlo.

—Puedes, John, solo tienes que estar atento a lo que dice el cuerpo de tu pareja —le aseguró Lucien y se giró hacia él—. Buena demostración.

—Um, ¿Amo Horus?

La voz suave y sensual vino de la otra chica soltera del grupo.

—¿Y si es la sumisa la que quiere saber lo que tiene que hacer para agradar a su Dom?

¿Esa chica estaba coqueteando con su amo? La sola idea envió una ráfaga de celos a través de su cuerpo. Antes de poder detenerse, había dado un paso adelante, poniéndose delante de él.

—Su Dom se sentirá plenamente complacido mientras su sumisa se consagre a él y solo a él, sin posar sus ojos en otros... objetivos —replicó con voz engañosamente dulce—. La principal norma en una relación, ya sea vainilla o D/S es la confianza. Y la base de la confianza es una buena comunicación. Habla con él de lo que te preocupa, de lo que deseas y ten por seguro que te dará todas las pautas necesarias para que no te equivoques.

—Y no hay nada mejor que otra sumisa para responder a esa pregunta —declaró Lucien intentando contener la risa—. Horus, por dios, conserva a esta porque es la leche.

—Encantadora manera de marcar el territorio —se burló Logan luchando con la hilaridad.

La mirada de su amo cayó sobre ella, enarcó una ceja y se quedó sin saber qué decir.

—¿Tienes algo más que decir, gatita?

Sacudió la cabeza.

—Nada más, señor.

Asintió y volvió de nuevo a prestar atención a los asistentes al taller.

—Bien. Hora de poner en práctica la teoría —declaró con voz profunda. Las luces del área acordonada empezaron a bajar de intensidad creando un ambiente más íntimo—. Y recordad: sano, seguro y consensuado. Hablad entre vosotros, pactad lo que queréis hacer y divertíos.

Las parejas empezaron entonces a hablar entre ellas, intercambiaron comentarios con los amos del club y se dispersaron dentro de la zona acordonada dispuestos a disfrutar de la lección aprendida.

—Empiezo a pensar que para que estés calladita, tendré que amordazarte.

El comentario la sobresaltó, se giró y vio a su amo con las manos apoyadas en las caderas.

—No será necesario, señor.

Chasqueó la lengua.

—Ya lo veremos, gatita, ya lo veremos.

Sin más, la cogió de la muñeca y tiró de ella en dirección a la escalera que llevaba al segundo piso.

—¿Amo Horus?

Se detuvieron ante el primer escalón y la miró.

—No has cenado, ¿no es así? —Más que una pregunta era una confirmación.

Parpadeó.

—No, nunca ceno antes de venir al club, lo hago después.

Entrecerró los ojos sobre ella y chasqueó la lengua.

—A partir de ahora, lo harás antes —la instruyó—. Vamos. Veamos si puedo encontrar algo con lo que tentarte.

No necesitaba mucho para eso, pensó con ironía, solo tenía que desnudarse completamente y obtendría toda su atención.

—Sí, señor —contestó en cambio.

CAPÍTULO 19

—Me complace que hayas seguido mis instrucciones.

El comentario rompió el momento de agradable silencio que llevaban compartiendo desde hacía un rato en uno de los reservados. Cuando le advirtió que iban a cenar y que ella sería el postre, había evocado automáticamente un juego en el que ella era la cena, pero los canapés y piezas de fruta que había dispuestas sobre una de las mesas, la descolocó por completo.

Se había pasado los últimos quince minutos alimentándola bocado a bocado, acariciándole los labios con los dedos mientras mantenían una amena conversación de lo más casual; o tan casual cómo podía serlo con una banda sonora compuesta por gemidos y música étnica.

—¿Instrucciones? —preguntó algo perdida por sus palabras.

Una breve caricia a su desnudo muslo por debajo de la falda fue suficiente respuesta.

—Sin ropa interior. —Le mordisqueó el cuello, provocándole un estremecimiento.

—Fue lo que me pediste, señor —suspiró ladeando la cabeza para dejarle acceso. Sentada en su regazo, disfrutaba del calor de su cuerpo, de su aroma y de la dura erección que notaba bajo sus nalgas.

—Por experiencia sé que lo de seguir órdenes siempre te ha costado un poquito.

Sonrió para sí.

—Quizá porque no eran las órdenes adecuadas.

Su respuesta fue soltar un resoplido, le lamió el lugar que había mordisqueado y subió a su oído.

—En ese caso, veamos qué te parecen las siguientes. —La empujó hacia delante, sujetándola por las caderas—. Tiéndete sobre la mesa boca arriba. Apoya los pies en el asiento.

Lo miró sorprendida.

—¿Lo dices en serio, señor?

La manera en la que la miró fue suficiente respuesta. En un abrir y cerrar de ojos se encontró tendida sobre la mesa, las piernas colgando de un lado, los pies apoyados sobre el sillón y la cabeza apoyada en el otro lado. Vio como llevaba los dedos a los broches delanteros del corsé y los abría dejando sus pechos expuestos.

—Siempre hablo muy en serio —aseguró deslizando los nudillos sobre sus pechos, rodeándole un pezón y luego el otro dejando tras de sí una delgada huella de calor. Siguió bajando con pereza, rodeando su ombligo con la punta del dedo, acariciándole el estómago con gesto distraído—. Cuando te dé una orden, espero que la obedezcas. Te diría que, sin rechistar, pero tampoco persigo milagros.

Su mano siguió danzando sobre su piel, entibiándola, jugando con ella como si fuese un mapa que quisiese aprenderse de memoria.

—Tienes una piel muy suave y blanquita —comentó con tono apreciativo—, se sonroja muy fácilmente cuando entra en calor. Estoy deseando ver cómo se marcan las líneas del *flogger*, cómo se enrojece ese bonito y apetitoso culo bajo mi mano o la pala...

Sus palabras deberían asustarla, inquietarla al menos, pero su tono de voz poseía tal erotismo que se encontró deseando eso, deseando que siguiese acariciándola, que la marcara como solo él podía hacerlo, que la reclamase de una forma que le llegase hasta el alma. Instintivamente sabía que era el único que podría hacerlo.

—Eres pura tentación —aseguró inclinándose sobre ella, mirándola a los ojos, acariciándole el pelo y sujetándole la cabeza mientras bajaba sobre su boca para tomar sus labios. La besó con dureza, poseyendo, exigiendo su lengua y succionándola cuando se la ofreció—, y eres toda mía.

Le mordisqueó los labios, le lamió el labio inferior y lo succionó con fuerza antes de reclamar de nuevo su boca. Su beso era firme, exigente, la reclamada de la misma manera que lo hacían sus labios, con tranquilidad, sin prisas, pero no por ello su cuerpo dejaba de encenderse por él.

—Creo que la próxima vez voy a disfrutar de mi postre favorito servido sobre ti —murmuró rompiendo el beso, moviendo sus manos sobre los hinchados pechos, acariciándola, masajeando y jugando con sus pezones entre los dedos antes de pellizcarla con fuerza haciendo que se arquease hacia él—. Untaría estos deliciosos pezones con nata y los chuparía hasta que estuviesen limpios y duros como vayas.

Bajó la boca sobre sus pechos y succionó uno de ellos haciéndola gemir, un duro brazo cruzó su cintura manteniéndola sobre la mesa, impidiéndole moverse mientras cambiaba de un pecho al otro para prodigarle la misma atención.

—Amo Horus...

—Sí, deliciosa. —Sopló la sensible y húmeda carne provocándole un estremecimiento de placer—. Toda una gatita. Mi *Kitty*.

Se derritió ante la forma en la que le hablaba, cómo susurraba su nuevo nombre y volvió a gemir cuando el brazo que la sujetaba contra la mesa se

deslizó hasta que solo quedó su mano sobre su vientre, acariciándola mientras descendía sobre la breve falda.

—Sabes, creo que sería muy divertido verte vestida de colegiala, con una faldita plisada incluso más corta que esta, una blusa atada bajo tus pechos y una chaquetita de punto —murmuró apreciativo al tiempo que tiraba de la cintura de la falda hacia abajo, arrastrándola de su cuerpo—. Dios... Sophie... todavía recuerdo esa maldita falda plisada que te pusiste por tu dieciocho cumpleaños, las medias por encima de la rodilla... Eras un auténtico diablillo de lo más sexy...

Gimió ante sus palabras.

—Todavía conservo esa falda.

Gruñó, pero sus caricias desmentían el sonido de su voz.

—Te dije que la quemaras.

—Y por eso la conservé, señor —ronroneó echando la cabeza hacia atrás, encontrándose con su mirada.

—Siempre has sido una descarada —le dijo sin apartar los ojos de los de ella—, una coqueta y descarada. Si te vuelvo a ver así fuera del club, te doy una zurra. Levanta el culo.

Hizo lo que le pidió y le arrancó la falda de un tirón, sacándosela por los pies y lanzándola por encima del hombro como si no fuese más que un trozo de tela.

—Sí, esto está mucho mejor. —La miró con hambre—. Me gusta ver ese coñito depilado, mantenlo así.

—Sí, señor. —Gimió al notar sus dedos acariciándole el monte rasurado.

—Tan obediente. —Se rió por lo bajo, se inclinó sobre ella y volvió a capturar sus labios en un rápido beso—. Pero no serás tan obediente en un rato...

Ella quiso discutir sus palabras, pero su lengua volvió a sumergirse entre sus labios robándole el aliento.

—Parece que llego a tiempo para el postre.

La inesperada voz la sobresaltó, jadeó bajo los labios que la devoraban, pero no le permitió retirarse, moverse o ver quién era el que los había interrumpido hasta que Horus rompió el beso y gruñó.

—Toma asiento y sírvete —dijo retirándose lo justo para mirarla—, y tú quédate muy quieta.

—Pero...

—Quieta, Kitty —insistió posando la mano entre sus pechos, deslizándolos luego hacia sus pechos, para jugar de nuevo con uno de sus pezones—, quiero que el Amo Dain vea lo buena sumisa que puedes ser.

El rostro del aludido entró entonces en su campo de visión y se le cortó la respiración.

—Bonito collar, Horus —comentó el Dom recorriéndola con la mirada—, te sienta bien, Kitty.

Su respuesta fue involuntaria. Sus brazos, que habían permanecido a ambos lados de su cuerpo subieron para cubrirse, pero unos fuertes dedos se cerraron alrededor de una de sus muñecas.

—No. —La regañó Horus, le levantó la mano y se llevó uno de sus dedos a la boca, mordisqueándole la yema del dedo—. No vas a cubrirte, vas a estarte quietecita y vas a dejar que disfrute de tu cuerpo...

—Pero...

Se inclinó sobre ella.

—¿De quién es este cuerpo, sumisa? —le dijo al oído—. Mío. Porque tú eres mía. Así que, si deseo jugar con él, lo haré. Si deseo compartirlo con otro amo, lo haré. Y tú, gatita mía, lo disfrutarás.

Gimió, pero no sabía si era una protesta o una erótica aceptación.

—¿Esa es la respuesta que debes darme, Kitty?

Se lamió los labios.

—No señor, lo siento señor. —Tragó con dificultad.

Le acarició el rostro con los nudillos.

—Buena chica. —La premió—. Pero creo que terminarías rebelándote aún sin pretenderlo, así que solucionémoslo.

Al mismo tiempo, dos fuertes manos se cerraron sobre las suyas y en un abrir y cerrar de ojos, un par de puños se cerraron a su alrededor, anclando sus brazos a ambos lados de la mesa permitiéndole una mínima movilidad.

—Ay dios... —Jadeó al darse cuenta de que la habían atado, de que estaba totalmente a merced de los dos hombres más enigmáticos del club—. Ay dios...

—Respira, dulzura, respira. —La acarició Horus, resbalando las manos sobre su piel, masajeándole los pechos, tironeando de sus pezones, pellizcándoselos hasta el borde del dolor. Al mismo tiempo, otro par de manos más ásperas, se deslizaron sobre sus caderas, rozándole el monte de venus y bajando por la cara interior de sus muslos haciendo que los cerrase de golpe.

—No, pequeña, ni lo sueñes.

Había un toque de risa en la oscura voz masculina, levantó la cabeza y se encontró al Amo Dain mirándola divertido. Una peculiar sonrisa curvó sus labios un momento antes de que aferrase cada uno de sus tobillos y, subiéndole las piernas hacia arriba y luego hacia los lados, la dejó totalmente abierta mientras la inmovilizaba también con sendas ataduras.

—Mantén los ojos en mí, Kitty. —La llamó Horus, pellizcándole el pezón, haciendo que el caliente deseo la atravesase como un relámpago—. Quiero ver cómo esas esmeraldas se oscurecen de placer cuando el Amo Dain se dé un festín entre sus piernas.

Jadeó ante sus palabras, sus mejillas se colorearon y todo su cuerpo acusó un inesperado estremecimiento de placer.

—*A-amo... n-no sé sí es... es... a...*

Horus bajó sobre su boca, la besó en los labios, demorándose con lentas pasadas de la lengua.

—Te gustará, sumisita y yo disfrutaré inmensamente viendo cómo te retuerces bajo su boca, como gimes y lloras por la liberación. —Sonrió maquiavélicamente—, porque, dulzura, no te estará permitido correrte.

Abrió los ojos como un búho y empezó a sacudir la cabeza en una negativa.

—No... no amo... por... por fa...

—Silencio. —Le tapó los labios con un dedo. Entonces levantó la mirada por encima de su cuerpo y se encontró con la mirada de su compañero —. *Bon appetite*, compañero.

La primera pasada de la lengua masculina a través de su tierno sexo la dejó sin aliento, pero solo fue el comienzo de aquella inesperada tortura. Horus se concentró en pellizcar sus pezones, en succionarlos en su boca y volverla completamente loca mientras el Amo Dain se daba un festín entre sus piernas. Entre los dos parecían tender un cable eléctrico entre sus pechos y su clítoris, haciendo que todo su cuerpo se arquease sobre la mesa, sus miembros tirasen de las restricciones y de su boca empezasen a salir toda clase de gemidos, quejidos y grititos de placer.

—Oh dios... señor... por favor... amo... amos...

Su mente se estaba haciendo papilla, no podía pensar en nada que no fuese la boca que succionaba su clítoris, los dos dedos que resbalaban entre sus pliegues y que se introducían en su interior o en la boca caliente y húmeda que chupaba sus pezones. Tembló cuando la caliente necesidad estalló en su interior, despertando todas y cada una de sus terminaciones

nerviosas, amenazando con derretirle las entrañas. El orgasmo se construía en su bajo vientre y amenazaba con arrebatarle la cordura.

—No puedes correrte, gatita —dijo alguien—. Todavía no.

Gimió, quiso gritar de frustración, sobre todo cuando los dedos abandonaron la ceñida funda de su coño y la lengua se limitó a torturarle el clítoris.

—Oh por favor... por favor...

Escuchó una risa puramente masculina, llena de satisfacción, entonces un nuevo agujijón de caliente dolor le atravesó el pecho, primero un pezón y luego otro.

—Horus, por favor... señor, no... no puedo más... por favor...

Su respuesta fue morderle suavemente el pezón, una aguda punzada de necesidad la atravesó haciendo que se le curvasen hasta los dedos de los pies, su sexo palpitó y se humedeció aún más bajo la ansiosa boca que lo succionaba.

—¡Señor, por favor!

—Va a volverse loca, Horus, será mejor que le permitas llegar.

—Todavía no.

Lloriqueó, no podía más, si seguían asediándola de esa manera iba a volverse loca, su cuerpo ya no le pertenecía, el control se escapaba de entre sus manos y explotaría de un momento a otro.

La lujuriosa boca de su amo abandonó sus pechos y sus labios succionaron los suyos en un caliente y tórrido beso que la derritió.

—Horus —lloriqueó—. No aguanto más... es... es una tortura...

—Una tortura deliciosa. —Gruñó ante sus labios—, una tortura que recordarás cada vez que te diga que no puedes correrte.

—Oh por favor...

—Dain te está volviendo loca, ¿eh?

—Sí... y tú también...

Se rio entre dientes.

—Eso es lo que pretendemos, gatita, volverte loca de placer.

Dicho eso volvió a besarla y al mismo tiempo, un dedo volvió a deslizarse dentro y fuera de su sexo, el pulgar rozándole el sobreexcitado clítoris al punto de hacer las caricias insoportables. El calor crecía en su interior, arremolinándose en su vientre, enviando pequeñas descargas eléctricas que acabaron con su resistencia.

—Amo por favor, oh dios, por favor, por favor, por favor... —Llegó al punto de llorar—, no más, no más...

Una nueva risa, una carcajada y una voz gruesa y masculina acariciándole el oído.

—Ahora, gatita, córrete para mí. —Le ordenó Horus.

No necesitó nada más, su cuerpo estalló con una ola de calor que abrasó su interior. El placer se desbordó a través de sus venas, haciendo crepitar sus nervios y arrancándole un quejido ahogado de su garganta. Sus caderas se sacudieron bajo el peso de un fuerte brazo un instante antes de notar como algo duro y grande ocupaba su vacío sexo y unos labios ahogaban sus agónicos gritos.

Inmovilizada, anclada a la mesa, su cuerpo estaba a merced de esos dos hombres, su mente se había hecho pedazos y apenas podía registrar un pensamiento coherente. Gimió con cada embestida, su sexo se estremeció con cada nuevo embate, reavivando el fuego, exprimiendo el placer y avivando de nuevo su hambre. La boca que acallaba la suya era cálida, su sabor salobre y sus labios tan ansiosos sobre los suyos como lo habían estado antes sobre su sexo.

El Amo Dain la estaba besando, estaba bebiendo de su boca mientras Horus la poseía con movimientos rítmicos, profundos, exprimiendo su previo

orgasmo al tiempo que hacía crecer uno nuevo en su interior. Juntos la habían desarmado, la habían convertido en gelatina y le estaban procurando un placer que no había experimentado en la vida.

—Una vez más, cariño. —Escuchó la voz ronca de Dain—, dánoslo una vez más.

Su voz la estremeció, el placer siguió creciendo y creciendo y su cuerpo ya no fue capaz de contenerlo.

—¡Oh dios mío!

Se corrió gritando, su mente se hizo pedazos, cerró los ojos y soportó el caleidoscopio de colores que se formó detrás de sus ojos mientras volaba hasta límites insospechados solo para bajar de nuevo mecida en calor, agotamiento y una absoluta placidez.

Lo último que creyó escuchar fue un intercambio entre esos dos hombres, algo parecido a:

—Eres un hijo de puta con suerte, Horus, no la dejes.

—No lo haré, no la dejaré ir otra vez.

La oscuridad la reclamó y sucumbió a ella.

CAPÍTULO 20

—¿Por qué?

El suave susurro atrajo la atención de Horus al cálido y dulce peso que tenía en brazos. La había envuelto en una suave manta y se había acomodado en el sillón con ella después de que Dain y él la hubiesen desatado. Su mente se había desconectado durante un par de minutos, entonces había farfullado algo sobre que la dejaran dormir que estaba muy cansada y ambos se habían reído.

Aquellas eran las primeras palabras medianamente conscientes que oía de sus labios.

—¿Por qué?

Asintió acurrucándose más contra su pecho, hociqueándole el cuello con la nariz como una gatita mimosa.

—¿Por qué él?

Resbaló la mano sobre su cuerpo, notando la curva de su brazo bajo la tela, la redondez de su cadera, su cuerpo atravesado sobre sus piernas, recogido en su regazo.

—Porque eres mía, porque quiero que seas muy consciente de que puedo entregarte a quién quiera si ese es mi deseo ya que es mi voluntad y mi privilegio —respondió sin pensárselo demasiado—. Y porque quiero dejar

claro a todo el que se atreva a poner los ojos sobre ti qué pueden mirarte, pueden tocarte si se lo permito, pero no pueden poseerte. Porque me perteneces por completo, tus gritos son para mí, tu necesidad es mía y ellos solo son una herramienta para sacarte a la luz.

—Eres un amo complicado —musitó con un suspiro.

Le acarició el pelo con gesto distraído.

—Soy lo que ves, Kitty, un amo dispuesto a todo por la sumisa que le entregue su sumisión.

Se acurrucó en sus brazos.

—Haces bien en decírmelo, porque ese es el único amo al que podría entregarle todo lo que soy.

Bajó la mirada sobre ella, sin saber cómo responder a esa afirmación. Todavía intentaba comprender qué estaba haciendo, qué sentía con ella en sus brazos. Sabía que no iba a dejarla ir, no quería dejarla ir, pero, ¿podía conservarla? ¿Podía recuperarla después de haber sido él quien la había alejado?

Todavía le sorprendía que hubiese aparecido de nuevo en su vida tras cuatro años separados. No se había tratado de un encuentro fortuito, le había buscado, había ido directamente al club dispuesta a liberarle de una promesa hecha a su hermano. No había pedido explicaciones, no lo había confrontado como habría hecho cualquier otra persona...

—¿Por qué has vuelto? ¿Por qué ahora? —Las palabras brotaron de su boca ante de poder contenerlas.

Ella se acurrucó aún más, encogiéndose sobre su regazo como si temiese que pudiese arrancarla de él.

—Contéstame. —Bajó el tono de voz, metiéndose en su papel de amo—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Porque llevo demasiado tiempo huyendo, demasiado tiempo

preguntándome «y si...». —Se movió, levantando la cabeza, mirándole con ojos somnolientos—. ¿Y si esa noche no hubiese ido allí? ¿Y si hubiese puesto más empeño en enamorarte? ¿Y si te hubiese buscado antes?

Le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Si hubiese hecho algo más en aquel momento —musitó ella bajando la mirada—, quizá no te hubiese perdido.

Le levantó el rostro, encontrándose con sus ojos.

—Nada de lo que hubieses podido hacer entonces iba a cambiar las cosas —le aseguró con aplastante sinceridad—. No era el momento...

—Lo sé. Por eso he esperado hasta estar preparada.

Frunció el ceño.

—¿Preparada para qué?

—Para pelear por ti —declaró y concluyó su respuesta abrazándose a él, pegándose de nuevo a su cuerpo—. Quizá no sepa cómo pelear en un ring... pero me sobra energía para hacer otras cosas.

Sacudió la cabeza y disfrutó de sus brazos, del calor corporal y el aroma floral del champú de su pelo. Siempre había sido una muchachita terca, cuando se le metía algo en la cabeza no había manera de sacárselo y él era igual, por eso habían chocado tan a menudo.

La besó superficialmente, buscando sus labios, necesitando su boca, recibió lo que buscaba, un beso tierno, cariñoso que hablaba sin palabras de la mujer que acunaba.

—Estás frunciendo el ceño, señor —murmuró ella, sus dedos salieron de debajo de la manta y le acariciaron la frente—. Piensas demasiado.

—Alguno de los dos tiene que hacerlo.

—Hoy no, ahora no —rezongó y empezó a incorporarse lentamente—. Deja los pensamientos coherentes para otro momento, por favor, señor. Mi cerebro todavía sigue en cortocircuito y no quiero darte ventaja.

Sonrió para sí.

—Parece que ya vuelves a estar de nuevo en el mundo de los vivos — comentó, prefiriendo hacer a un lado sus pensamientos y concentrarse en el momento actual—. ¿Cómo te encuentras?

—En el mismísimo cielo, señor —murmuró con coquetería—. Si me dejas aquí un ratito más, no me quejaré.

No pudo evitar sonreír con pura satisfacción masculina.

—Tentador, pero ya nos hemos ausentado suficiente —replicó él y señaló con un gesto de la barbilla hacia el piso de abajo—. Es hora de volver y finalizar el taller de hoy.

Hizo un puchero.

—¿Puedo protestar, Amo Horus?

Enarcó una ceja, entonces sonrió travieso.

—No —declaró, la empujó de su regazo hasta que puso los pies en el suelo y se incorporó, levantándola al mismo tiempo, comprobando que se mantenía en pie. Conforme con su estabilidad, dio un paso atrás y le arrebató la manta dejándola gloriosamente desnuda—. Vístete y reúnete conmigo en la planta principal.

—Sí, señor.

—Y Kitty. —Se inclinó para acariciarle el oído con los labios—. Gracias por tan delicioso postre.

Ella se sonrojó completamente, una imagen deliciosa y erótica que se quedó grabada indeleblemente en su mente.

—Ha sido un placer, Amo Horus.

CAPÍTULO 21

—¡Sophie, Sophie, Sophie!

La aludida levantó la mirada de la pantalla del ordenador, dejó el lápiz óptico a un lado y se estiró antes de ver a su jefa entrar por la puerta de su oficina. Llevaba toda la mañana intentando terminar el diseño, pero lo ocurrido la noche anterior volvía una y otra vez a su mente rompiendo toda su concentración.

—¿Qué pasa? —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿Dónde está el fuego?

—Aquí —dijo levantando una hoja de papel—. Deja todo lo que estés haciendo y acompáñame, por fa.

Ladeó la cabeza ante la inusual petición.

—¿Qué te acompañe? ¿A dónde?

—A la *Crossroad Company*.

Su jefa acortó la distancia que las separaba y se detuvo ante ella, posando el papel sobre la mesa.

—¿*Crossroad*? No me suena de nada.

—A mí tampoco, pero estoy dispuesta a darle una oportunidad. — Señaló las primeras líneas del papel—. Mira, están interesados en el diseño de un logo para la compañía, lo que significa que también necesitarán

papelería y posiblemente marketing.

Cogió la hoja y miró el contenido de lo que a todas luces era un email.

—¿Nos han contactado por email?

—Sí, les envié un presupuesto y quieren discutirlo en persona —explicó—. Necesitamos hacernos con este trabajo, de hecho, necesitamos todo tipo de trabajos.

Leyó el cuerpo del mensaje, una respuesta muy educada que incluía una invitación a las oficinas para tratar un posible acuerdo con su pequeño estudio de diseño para una colaboración. Sin duda era una oferta a tener en cuenta.

Siguió leyendo el correo y el presupuesto que le había presentado Lluvia y abrió los ojos de par en par.

—¿Les has dado este presupuesto por un logo?

—Logo y papelería —dijo mordiéndose el labio inferior con gesto culpable—. Sí, sí, no me digas nada. Sé que me he pasado un poquito...

—¿Un poquito? —Casi se ríe—. Lo que me parece alucinante es que te hayan contestado siquiera, sobre todo porque somos un estudio pequeño y desconocido.

Su compañera señaló la página.

—Por eso estaba pensando en presentarles un descuento en esta reunión —aseguró con aire optimista—. Nos han citado a las doce de la mañana.

—¿Nos?

—Eres mi diseñadora gráfica, así que sí, nos.

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—De acuerdo. —Alargó las palabras—. Cogeré mi cuaderno, la Tablet con algunos de nuestros mejores diseños y asistiremos a esa reunión.

—Gracias. —Le cogió las manos con gesto ansioso—. Gracias, gracias, gracias.

Asintió sonriendo sin poder evitarlo.

—Sí, bueno, dámelas cuando consigamos ese encargo para el estudio —sugirió con una mueca—. Y con ese presupuesto, descuento incluido.

—Cruzo los dedos para ello —asintió sonriente.

—De acuerdo. —Miró la dirección anotada en la parte de abajo del email—. Tú conduces.

—Dani, cariño mío, ¿qué diablos es eso de la reunión con un estudio de diseño?

Brian Reynolds se asomó por la puerta de la oficina de su secretaria con gesto contrariado. Se había pasado toda la mañana encerrado en su propia oficina poniéndose al día con las cosas de la compañía. Últimamente el lugar le resultaba asfixiante, especialmente dado que tenía que compaginar su tiempo con su trabajo principal como Inspector de Incendios y Jefe de Bomberos y con el cuidado de su díscola sumisa Luna, la cual estaba todavía convaleciente del accidente que había tenido meses atrás. Por suerte, disponía de la noche de los sábados para perderse entre las paredes de su club y liberar tensiones.

—Primero, no soy tu cariño, así que no intentes camelarme —replicó la secretaria, la cual parecía llevar una semana calentita a juzgar por su mal humor—, y segundo, Jax concertó una reunión con un estudio de diseño para actualizar la imagen de la compañía, una de las cosas que acordasteis hacer. También tienes una entrevista con uno de los nuevos potenciales socios a las cinco de la tarde, eso si te da la santa real gana de atenderla. Oh, y nuestro contable debería de pasarse... —Consultó el reloj—, en una hora.

Enarcó una ceja ante su tonillo de voz y esbozó una perezosa sonrisa.

—Si quieres puedo enseñarte a utilizar una pala o mejor un látigo, de

ese modo podrás zurrarle a Trey.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Créeme, jefe Brian, si supiese que una zurra iba a solucionar todos y cada uno de mis problemas, ahora mismos sería toda una *Dómina*. Se dice así, ¿no?

Se rió entre dientes.

—Sí, cariño, así mismo.

Ella asintió, empezó a recoger algunos papeles que tenía en la mesa y volvió a levantar la mirada para añadir.

—Gracias de todos modos —aceptó con gesto tranquilo—. Y no te preocupes, las cosas no van tan mal como parece. Garret está haciendo progresos. Ahora ya me habla de ella, creo que empiezo a conocerla a través de sus ojos y entiendo lo que ha debido de sentir al perderla... Porque sería lo que sintiese yo si le perdiese a él.

La miró fijamente, sabía que Danielle no estaba diciendo toda la verdad, podría empujarla, hacerla hablar, pero no era algo que le correspondiese a él hacer. Pero no sería quién era si se mantuviese de brazos cruzados viendo como una buena mujer como esta se perdía a sí misma bajo el peso de la incertidumbre. La pequeña secretaria había tenido suficiente oscuridad en su vida como para que el estancamiento del imbécil de su novio hiciese que ella perdiese de nuevo su identidad.

—Fue un duro golpe para todos nosotros —comentó y señaló lo obvio—, pero si hay algo que Ágata quería era que siguiésemos adelante. No se puede pasar la vida solo ni aferrado a un recuerdo. Créeme cuando te digo que tú has hecho que Garret saliese por fin de la espiral de culpabilidad en la que llevaba metido desde hacía años. Él te quiere, no tengo duda alguna sobre ello. Ahora solo es cuestión de que se dé cuenta de que tú eres la que está viva, la que está a su lado y la que puede darle un futuro. Y si para eso tienes

que pegarle una patada en el culo, Horus es instructor de *kickboxing* y puede enseñarte a dar algunos golpes.

—¿Tu socio del club? ¿Nuestro contable? —Aquello la pilló por sorpresa—. ¿Instructor de *kickboxing*? Joder, ¿alguno de vosotros es espía además de tener un trabajo normal? Porque chicos, sois cojonudos.

Sonrió de soslayo.

—Eso es lo que ocurre cuando te unes a la *Crossroad*, cariño, tenemos tanto equipaje que no hay almacén lo suficientemente grande para meterlo todo —le soltó con un suspiro—. Por fortuna, algunos hemos sido capaces de ir deshaciéndonos de algunas cosas.

Sacudió la cabeza y señaló la puerta.

—Bien, señor libre de equipaje, te sugiero que vuelvas al trabajo —replicó con un bajito canturreo—. Tu cita de las doce ya está aquí. Llamaré a Jax para que venga a echarte una mano, así que procura no liarla mientras el capullo de alelí no baje.

—Sabes, Dani, estás muy pero que muy guapa cuando te cabreas... me dan ganas de zurrarte.

—Dile eso a Luna y luego me cuentas que te responde... si sobrevives a ello. —Dicho eso lo echó con un gesto de la mano—. Tenemos clientas, jefe, muévete. *Chop-chop*.

Ahogando una carcajada ante la peculiar actitud de la secretaria principal de la compañía, palmeó el marco de la puerta con la mano y se giró para encontrarse cara a cara con dos atractivas mujeres. Curiosamente, a una de ellas la conocía muy bien.

—Y esto es lo que yo llamo un encuentro inesperado —comentó mirando a la sumisa de Horus de arriba abajo. La chica iba vestida con un sencillo vestido de punto, botas camperas y una chaqueta—. Sophie, ¿qué te trae por la *Crossroad*?

Los ojos de la chica se abrieron de par en par, sin duda tan sorprendida como él de encontrarse con alguien del *Blackish* en aquel lugar.

—Sí, sin duda el mundo es un jodido pañuelo, señor —declaró con voz firme, aunque su nerviosismo subyacía allí—. Um... ella es mi jefa, Lluvia Ivory, estamos aquí en representación del *Estudio Dysar* Tenemos una cita a las doce.

—Sí, acabo de ser informado de ello —aseguró y se giró hacia la otra mujer—. Soy Brian Reynolds, uno de los socios de la compañía. Mi socio, Jax Cross, concertó una cita con su estudio para tratar un cambio en la imagen comercial de las oficinas. Si me acompañan, estaremos más cómodos en la sala de juntas. Por aquí, por favor.

Miró a la chica de soslayo y le guiñó el ojo obteniendo un instantáneo sonrojo y una abierta incomodidad. Oh, esta reunión iba a ser de lo más divertida.

CAPÍTULO 22

Nunca había sido una mujer agresiva, pero después de casi una hora encerrada en la sala de juntas intentando mantener las formas y no estrangular al Amo Fire *aka* Brian Reynolds, los instintos homicidas de Sophie amenazaban con salir a la luz.

¡El muy maldito había estado desafiándola durante toda la hora! Había puesto a prueba su ingenio y rapidez mental para evadir indirectas, lo único que le había salvado de terminar en el suelo y estrangulado por sus propias manos era que había mostrado verdadero interés cuando pusieron sobre la mesa los distintos diseños que había llevado de muestra y dio su aprobación al proyecto.

—Parece que tenemos un acuerdo, entonces —sentenció Jax estrechando la mano de Lluvia—. Si pudiesen presentarnos algún boceto preliminar para finales de la semana que viene, podríamos ir viendo desde ahí.

Su jefa la miró a modo de consulta y asintió. Tendría que dejar otras cosas de lado, pero podría hacerlo.

—Sí, podría tener listo algún boceto preliminar para entonces —corroboró y acarició su libreta con las anotaciones que había tomado—. Tengo sus comentarios y sugerencias... así que, intentaré ser lo más fiel

posible a su idea.

—Gracias —aceptó el señor Cross con una ligera inclinación de cabeza, entonces miró a Brian de soslayo, como si fuese consciente de que los dos se conocían—. Entonces, si me acompaña, señorita Ivory, le daré una muestra de la papelería que tenemos actualmente y lo que nos gustaría cambiar.

Lluvia la miró indecisa, obviamente ella también había visto la tensión que se había palpado entre ella y Brian.

—Encárgate tú, así yo me pasaré por la imprenta para ver si ya tienen las pruebas de impresión que necesitamos. —La instó a ello. De ese modo ella podría largarse de allí a la velocidad de la luz.

—Llévate mi coche, yo puedo volver en metro.

Sacudió la cabeza.

—No conduciría esa cosa ni aunque me pagases por ello —le guiñó el ojo, entonces sonrió—. No te preocupes, me las arreglaré.

Esperó a que la pareja se marchó para girarse hacia el amo con cara de pocos amigos.

—Eres un capullo.

Sonrió abiertamente y se inclinó hacia delante.

—Eres un capullo, señor —la corrigió.

Entrecerró los ojos ante su corrección.

—No estoy en el club y no eres mi amo, así que se quedará en capullo a secas.

Se echó a reír de manera descaradamente abierta.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó levantando ambas manos a modo de rendición—. No he podido evitarlo, parecías tan correcta, tan seria... ¿Hacemos las paces, sumisita?

—Mi nombre es Sophie.

Enarcó una ceja ante su respuesta, pero asintió.

—Lo sé —asintió sin más—. Como también sé que has aceptado ser la sumisa de Horus, con lo que vamos a vernos a menudo por el club.

Su recordatorio la llevó a mirarle.

—Bien, en el club te llamaré señor y Amo Fire, si eso es lo que quieres, pero ahora mismo, soy la diseñadora gráfica que ha contratado tu empresa y, como me sigas tocando las narices, lo que voy a diseñar es un puñetero cerdo vietnamita.

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó en dirección a las puertas del ascensor escuchando tras de sí las estruendosas carcajadas del hombre.

—Malditos Doms y su peculiar sentido del humor.

Las puertas del ascensor se abrieron entonces, respiró aliviada y dio un paso adelante solo para darse cuenta de que el karma tenía que estar muy, pero que muy cabreado con ella el día de hoy. Solo así se explicaba que se diese de bruces con él.

—¿Sophie?

—¡Sorpresa! —Canturreó Brian desde el otro lado del pasillo.

—Es oficial.

Horus frunció el ceño y la miró.

—¿Qué es oficial?

—El karma me odia.

Dicho eso, lo esquivó y se metió en el ascensor.

Horus reaccionó rápidamente, metió el pie impidiendo que la puerta se cerrase y la llamó con el dedo.

—Sal.

Resopló y salió del ascensor, no era el lugar para montar una escena.

—¿Qué haces aquí?

Brian se adelantó.

—Va a diseñar nuestro nuevo logo publicitario.

La sorpresa de Horus era palpable.

—¿Cómo?

—Cosas de Jax, principalmente —replicó su compañero encogiéndose de hombros—. Pero lo cierto es que tu chica tiene talento, confío en que hará algo realmente interesante que represente la *Crossroad*.

Y esa inesperada confianza en sus posibilidades la sorprendió casi tanto como lo había hecho la aparición de Horus.

—Y con eso queda contestada tu pregunta —comentó ella, se llevó una mano a la cadera y lo miró—. Y ya que estamos poniéndonos impertinentes, seguiré vuestro ejemplo. Y tú, ¿qué te trae por aquí?

—Horus lleva la contabilidad de la empresa —informó Brian quien parecía estarlo pasando realmente bien—. Deberías echarle un vistazo al presupuesto que nos ha dejado. Su jefa nos ha hecho incluso un descuento. A primera vista, me parece una mujer competente y los bocetos que ha traído Sophie de muestra, son realmente buenos.

Él la miró, pero no dejó traslucir ninguna emoción al respecto.

—Ya veo. —Fue todo lo que dijo—. Luego les echaré un vistazo.

—Oh, y solo para tu interés, también me ha llamado «*capullo*».

Su cantarina acusación la dejó sin aliento, sacudió la cabeza y luego entrecerró los ojos.

—Serás rata...

—Oh, y ahora me ha llamado rata... vamos mejorando.

—¡Lo haces a propósito!

—Claro que no, preciosa, ¿cómo puedes pensar eso de mí?

—Porque conoce perfectamente a los Doms y lo retorcidos que podemos llegar a ser con una pequeña y traviesa sumisa —añadió Horus mirándola con palpable diversión—. Discúlpate con el Amo Capullo y lo

dejaré pasar.

—¿Amo Capullo? —Replicaron los dos a la vez.

—Tú empezaste. —Le recordó Horus con actitud distraída—. Yo solo intento zanjar el asunto sin que la sangre llegue al río.

Aquello era absurdo, pero conocía a los dominantes y sabía que, si no aprovechaba la oportunidad para sacarse de encima sus posibles venganzas, acabaría pagándolo de un modo u otro después.

—Te pido disculpas, Amo Capullo —dijo entonces girándose hacia Brian—, te prometo que no volveré a poner en entredicho tu inteligencia.

Horus se rio entre dientes.

—¿No te recuerda a alguien?

—Dios, eres como mi Luna —aseguró el socio de la *Crossroad* con un mohín, entonces se echó a reír—. Sí, no me cabe duda, mi sumisita y tú os llevaréis muy bien.

Si fuese él, no contendría la respiración. Nunca se le había dado demasiado bien hablar con otras sumisas, era como si ellas no confiaran en tenerla cerca, como si creyesen que iban a perder la atención de sus propios amos. Solo había una chica con la que había congeniado en sus primeras incursiones en la comunidad, pero se había mudado hacía ya un par de años a Europa.

De todas formas, la chica de pelo azul no parecía de ese tipo de personas, cuando le había hablado la había encontrado simpática y agradable.

—Tendríamos que quedar los cuatro y salir a cenar por ahí —añadió Brian frotándose la barbilla—. Podría resultar interesante...

—No corras tanto. —Lo atajó Horus—. Mi contrato con Sophie se ciñe al club...

—¿Y? —Se hizo el inocente—. ¿No podemos salir dos parejas de amigos juntas una noche?

Él optó por ignorar la pregunta y cambió de tema.

—¿Quieres que vea ese descuadre o me has llamado únicamente para verme de traje?

—No voy a entrar a valorar tu gusto sobre moda, amigo —se negó—, así que, pasemos a los libros.

Los miró a uno y al otro y optó por aprovechar ese paréntesis para iniciar la retirada.

—Bien, en ese caso, yo me retiro también. —Anunció dando rápidamente un par de pasos atrás—. Tengo que pasar por la imprenta y...

—¿A qué hora cierra la imprenta? —La pregunta la cogió por sorpresa.

—A las dos, por lo que ya voy tarde si quiero llegar antes de que cierren —aseguró sincera. Todavía tenía que bajar, coger el metro y rezar por llegar allí en veinte minutos.

—Se iba a ir en metro... —añadió Fire ganándose una mirada fulminante.

Sus ojos se encontraron con los suyos, entonces miró a su compañero.

—Dame quince minutos y te llevo yo —le dijo y no era precisamente una petición. La mirada en sus ojos la instaba de hecho a desafiarle, cosa que no veía factible—. Así te invito a comer.

Abrió la boca para replicar, pero no le dejó.

—La respuesta correcta es, «*gracias, señor*». —La atajó. Entonces se giró hacia Brian—. Veamos cual es el problema.

Parpadeó sin saber qué hacer, pues ambos hombres le dieron la espalda y se alejaron en sentido contrario, dejándola sola.

—Gracias... señor. —Arrastró las palabras como si chirriaran—. Pero ya tengo planes...

Entrecerró los ojos y caminó directa hacia el ascensor. Si ese hombre pensaba que podía darle órdenes fuera del club, estaba muy...

—Kitty. —La detuvo en seco al pronunciar su nombre especial—. Si coges ese ascensor, te enseñaré exactamente cómo quedan las marcas de las tiras del *flogger* sobre el culo.

Y con esa frase final desaparecieron en una habitación.

CAPÍTULO 23

Horus sabía que había actuado por impulso. El encontrarla en lugares inesperados empezaba a resultar la más extraña de las casualidades, pero en esta ocasión, al igual en hacía dos días en el gimnasio, su presencia había estado más que justificada. No había mentido o inventado excusas. Habían hecho una parada en la imprenta que ella le había indicado y comprobó cómo recogía unas muestras que tenían encargadas para el estudio.

La había invitado a comer sin pararse a pensar en si tendría otros planes, sencillamente había deseado pasar un par de horas con ella en un ambiente que no estuviese tan condicionado, como en el caso del club. No dejaba de ser curioso que desease su compañía cuando en el pasado había hecho todo lo posible para evitarla.

—¿Encuentras algo apetecible?

Sophie bajó la carta del *Temptations* y lo miró de hito en hito. Había elegido ese restaurante no solo por su cercanía, sino porque el chef y propietario era uno de los miembros del club. Camden O'Rourke poseía una mano excelente en la cocina y un gusto exquisito a la hora de sacar adelante un local de esas características.

—¿Dentro de la carta? —respondió con gesto inocente—. Sí, hay un par de platos que me llamarían... si no gritase más el precio que los

ingredientes.

Sonrió de soslayo.

—Dije que te invitaba a comer, Sophie —le recordó divertido—.
Olvídate del precio.

Suspiró.

—Me habría conformado con una pizzería y no me sentiría tan cohibida.

—¿Cohibida? ¿Tú? —La idea le causó un pequeño ataque de risa—.
Ese es un buen chiste, nena.

Las mejillas se colorearon y optó por bajar la mirada y coger de nuevo la carta.

—Lo cortés no quita lo valiente —replicó en voz bajita, carraspeó y volvió a repasar la carta—. Creo que pediré una ensalada...

Puso los ojos en blanco, le quitó la carta de las manos, hizo un rápido barrido y la miró.

—¿Te sigue gustando la carne?

Al ver que no respondía levantó la vista y la encontró mirándole.

—¿Qué?

Parpadeó un par de veces, como si no se hubiese dado cuenta de que se había quedado pasmada y se lamió los labios.

—Lo siento. Sí, me sigue gustando la carne —aceptó—. De todo tipo a excepción de...

—La caza —recordó. Se miraron durante unos segundos, recordando otros tiempos, otra vida y suspiró—. Supongo que hay cosas que no cambian con el tiempo.

—No, las hay que permanecen inalterables a través de los años — corroboró y optó por bajar la mirada, cogió su copa de vino y bebió un sorbo.

La observó en silencio, contemplando la mujer sentada ante él, la forma

en que su pelo le enmarcaba el rostro, la línea de su nariz, la altivez de sus pómulos, la dulzura de sus facciones y ese aire de cambio que se adquiría de la adolescencia a la adultez.

—Y otras cambian para mejor —murmuró más para sí mismo que para ella—. Te recomiendo la carne en su jugo con guarnición especial. El chef la deja siempre en su punto y es deliciosa.

Animada por una conversación neutral, levantó la mirada y asintió.

—Era una de mis dos elecciones —aceptó—, y una crema de espárragos y beicon de primero.

—En ese caso, ya está decidido. —Concluyó recogiendo su carta y dejándolas ambas a un lado de la mesa—. ¿Lo ves? No era tan difícil.

—No. Mientras pagues tú...

La miró con ironía.

—Una mujer materialista, ya veo.

—No esperarías que te quisiera solo por tu espléndido cuerpo.

Le sostuvo la mirada.

—No sé, dulzura, yo ciertamente te quiero a ti por el tuyo.

—Típico en el género masculino. —Puso los ojos en blanco, pero estaba disfrutando del intercambio.

—Entonces, ¿cómo es que terminaste en la *Crossroad Company*?

Aquel era un terreno seguro en el que ambos podían navegar y empezar a relajarse.

—Mi jefa recibió una solicitud del señor Cross, querían hacer una actualización a la imagen de la compañía. Al parecer vio algunos de los trabajos gráficos que hice para pequeñas empresas y se mostró interesado —explicó—. Luvia envió un presupuesto, Jax Cross la citó para hablar del mismo y eso fue todo. Mi estudio tiene el trabajo y la compañía tendrá una nueva imagen. Lo que no sabía era que el Amo Fire trabajaba también allí.

—Brian es uno de los socios de la compañía.

—Sí, eso nos han explicado —corroboró, entonces lo miró—. Y no es el único que parece tener más de un trabajo. No sabía que llevabas la contabilidad de otras empresas.

—Querían que alguien de total confianza le echase un vistazo a las cuentas de la compañía, así que, después de hacerlo una vez a petición de Brian, me convertí en el contable de la compañía. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—Contable, instructor de *kickboxing*, propietario de un club erótico y amo, ¿me dejó algo en el tintero? —resumió al tiempo que cogía su copa y pegaba otro sorbo.

—Diría que estás bien informada.

Estaba dispuesta a responder, pero la oportuna llegada del camarero la interrumpió. Pidió por los dos, confirmando con ella el pedido y agradeció al camarero antes de que volviesen a quedarse solos.

—Y tú, ¿te dedicas a algo más, aparte de diseñar para ese estudio? —la miró cogiendo su propia copa y probando el vino.

—Me temo que mi vida no es tan interesante como la tuya. —Se encogió de hombros—. Tengo un trabajo a jornada completa, colaboro siempre que puedo con algunas asociaciones vecinales o en el comedor social de la parroquia del reverendo John. Los fines de semana me gusta ir al cine o quedarme en casa vegetando...

—Así que eres una chica ocupada.

Se encogió de hombros.

—No tanto como tú.

—¿Y dónde encaja el jugar en clubs de BDSM?

Se encogió de hombros, pero estaba claro que la pregunta la molestaba un poco.

—Digamos que era algo que no sabía que necesitaba hasta que me di de bruces con ello —replicó sin más—. Entonces conocí a Damien y él me llevó a algún que otro local.

—A partir de ahora solo tendrás un patio de juegos —le aseguró con tono irónico—. El *Blackish*.

Puso los ojos en blanco, pero no replicó.

—No oirás ni una sola queja por mi parte al respecto —declaró con sencillez.

Sacudió la cabeza y se reclinó en el respaldo, disfrutando del momento de tranquilidad y charla.

—Ya veremos si mañana piensas lo mismo —le dedicó un guiño, lo que hizo que esas bonitas mejillas se colorearan ligeramente.

—¿Vas a darme motivos para pensar lo contrario? —ladeó la cabeza con gesto coqueto.

—Puedo darte motivos para muchas cosas, ese es mi trabajo y mi responsabilidad como tu Dom.

Se limitó a asentir, se lamió los labios y lo miró.

—Entonces, ¿trabajas a jornada completa?

—Por turnos —puntualizó—. Eso me da tiempo libre para dedicarlo tres días a la semana en el gimnasio.

—Estás haciendo lo mismo que hacía Robert —comentó pensativa—. Les estás dando otras opciones a los chicos del barrio.

Tenía que haber imaginado que ella habría estado al tanto de las actividades de su hermano, especialmente si mantenía el contacto con el reverendo John. Después de todo, Rob no se había molestado en ocultar que intentaba ayudar a los chicos que venían del mismo lugar que él. Y Sophie parecía dispuesta a seguir sus pasos, algo que la honraba.

—Todos necesitamos tener distintas opciones. —Se encogió de

hombros—. Dependiendo del camino que elijas, puedes optar por unas cosas o por otras.

—¿Por eso elegiste luchar en primer lugar?

La inesperada pregunta cayó sobre ellos como una bomba. Se miraron a los ojos y ella no vaciló. No lo estaba acusando, una vez más no había ni pizca de acusación en su voz, solo interés y curiosidad.

—Elegí luchar porque necesitaba dar rienda suelta a la ira que guardaba en mi interior —confesó parte de la verdad—. Era una forma segura de hacerlo y evitar terminar como muchos otros, perdidos y en la calle.

—¿Fue por mí?

—No, Sophie —negó sin vacilar—. Fue por mí, porque era algo que necesitaba en ese momento.

Una excusa para mantenerse fuera de casa, obtener dinero y permitirle a ella tener la vida que Rob deseaba para su hermanita.

—¿Cuándo dejaste de luchar?

Horus se preguntó si alguna vez había dejado de hacerlo. Podía no estar subido en un ring, peleando con las manos, pero desde que ella se había cruzado de nuevo en su camino la vieja lucha que existía en su interior había vuelto.

—Cuando comprendí que ciertas luchas no me llevaban a ningún sitio —dijo en cambio. Aquello no era totalmente falso—. Entonces decidí dirigir mis esfuerzos y experiencia hacia otro campo convirtiéndome en instructor. Desde entonces me dedico a enseñarles a otros chicos y chicas que existen alternativas en la vida.

—Eso es bonito —comentó con aire pensativo—. Me alegra que hayas podido encontrar esa salida que necesitabas y lamento no haber podido contribuir a ello en su momento.

Cualquier posible respuesta quedó suspendida ante la llegada de la

comida, a partir de ese momento se dedicaron a disfrutar de ella, charlar de sus respectivas vidas y, en definitiva, demostrarse el uno al otro que habían sobrevivido.

Para el postre, Sophie ya estaba haciendo ruiditos de lo más sensuales al degustar de la tarta de chocolate y nata que le habían servido, su concentración se había ido por senderos nada recomendables en un establecimiento público.

—Ay dios, acabo de hacerme fan incondicional de este postre —ronroneó lamiendo la cuchara—. Está buenísimo.

—Y ese es sin duda el mejor halago que puede recibir un cocinero.

Levantó la mirada y sonrió de soslayo al ver a Camden vistiendo la camisa de chef.

—Espero que hayáis disfrutado de la comida. —Los saludó—. Me avisaron que estabas aquí y no quería dejar pasar la oportunidad de saludar.

—Y también de cotillear, ¿no? —Lo acusó Horus con gesto divertido—. ¿Sumi se fue de la lengua?

El chef sonrió divertido.

—Logan fue el que no se dejó nada en el tintero, Siobhan es más... discreta en ese sentido —aseguró y miró a la chica.

—Camden O'Rourke, Sophie Joyce —los presentó—. Sophie, Cam es el otro amo de Sio, la pelirroja que ha venido al club con Logan. Los recordarás del taller de ayer.

—Sí, los recuerdo. Hola —lo saludó ella—. Es un placer conocerte y, de todo corazón, gracias por crear un postre como este. Está delicioso.

El hombre asintió.

—También es el favorito de mi mujer —declaró él con visible orgullo—. Y el placer es mío, Sophie. Bienvenida al *Temptations*.

—¿Vas a pasarte mañana por el club?

—No me perdería lo que tienes montado por nada del mundo. —Se rio entre dientes. Le palmeó el hombro y le guiñó el ojo a la chica—. Estáis invitados, gracias por venir y nos vemos mañana.

—Gracias, Cam. —Le estrechó la mano y vio cómo se marchaba el chef.

—Así que, él es el otro Dom de Siobhan —comentó Sophie pensativa—. De veras, esa chica es digna de admiración.

Sonrió de soslayo ante su comentario.

—Tú solo deberás de preocuparte por mí —le soltó—, y con quién decida incluir en nuestros juegos.

Sus mejillas volvieron a sonrojarse y disfrutó de esa inusual y deliciosa vergüenza un poco más.

CAPÍTULO 24

Sophie dejó a un lado el cuaderno de dibujo, estiró las piernas y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar del exiguo calor del sol. No podía dejar de pensar en el rato que había pasado con Horus en el restaurante, en el hombre relajado y divertido que la descolocaba. Oh, no dejaba ni un solo momento de ser el Dom que había empezado a conocer, de ejercer ese poder sobre ella, pero a excepción de alguna que otra insinuación, se había comportado como el chico que recordaba.

Era una mezcla interesante de pasado y presente, del hombre que fue y el irreverente dominante que era ahora y la combinación resultaba tan atractiva como apabullante.

—Un hombre del que podría enamorarme nuevamente sin ningún problema.

¿A quién pretendía engañar? Ya estaba enamorada de él, llevaba enamorada de él toda la vida, pero su enamoramiento juvenil, su encandilamiento y obsesión empezaba a tornarse en algo real, maduro, matizado por la pasión y una sensación de corrección.

Con él no tenía que fingir, no tenía que ser alguien que no era, no tenía que fingir y eso era liberador.

Se dejó ir y extendió los brazos sobre el amplio césped dónde más

gente se había citado para tomarse un descanso, leer, jugar con sus mascotas o simplemente hacerse arrumacos. Ladeó la cabeza y vio a una joven pareja tumbada sobre una manta de picnic, charlando en voz baja, manteniendo un romántico secreto. Hubo un momento en que deseó tener eso mismo con su marido, esa complicidad, ese floreciente y romántico amor, pero ahora su mente dibujaba una imagen muy distinta. Se vio así misma tumbada sobre esa manta, el cuerpo de Horus cerniéndose sobre ella, sus ojos clavándola en el lugar, sujetando sus manos por encima de la cabeza mientras le devoraba la boca sin darle opción a protestar.

Una punzada de deseo en su bajo vientre y la incipiente humedad entre sus piernas fue suficiente para hacerla descartar la imagen y concentrarse en algo más anodino.

—Nubes, nubes blancas, cielo azul... dios... estoy caliente y ni siquiera me ha tocado —masculló para sí.

Mañana por la noche el *Blackish* volvía a abrir sus puertas y él volvería a ser su amo; el único para ella. Se lamió los labios y cerró los ojos rememorando sus últimas palabras.

«Tú solo deberás de preocuparte por mí y con quién decida incluir en nuestros juegos».

El que la hubiese compartido con el Amo Dain había sido tan inesperado como caliente. Ni siquiera le habían dado opción, él había tomado las riendas y se había limitado a dirigirla de la manera que deseaba. La alimentó cuando ni ella misma se daba cuenta que tenía hambre, le dio aquello que necesitaba en el momento en que lo necesitaba, la volvió loca y la condujo a niveles de placer que no había tocado antes. Sí, era un amo cabronazo, pero no podía encontrar un solo pero a lo que le había hecho; había adorado cada uno de esos momentos.

¿En qué la convertía eso? ¿En qué los convertía a los dos?

Aquello nada tenía que ver con su relación en el pasado, con esos seis años en los que se había pertenecido el uno al otro solo por lo estipulado en un papel...

—Un contrato entonces y un contrato ahora —replicó en voz alta e hizo una mueca—, y sin embargo, su significado es totalmente distinto.

Sacudió la cabeza, dobló el brazo sobre los ojos y suspiró.

—Yo soy distinta —concluyó sabiendo que ahí radicaba la diferencia.

Ambos habían cambiado, habían escogido caminos separados que los habían llevado a forjarse su propia vida, a descubrir quiénes eran realmente y aceptar lo que la vida se proponía darles.

Sophie no era de las que creía en el destino, había dejado de hacerlo desde aquella noche pero ahora volvía a plantearse si eso no era lo que estaba pasando... ¿Sería el destino intentando reunirlos de nuevo?

—Una vez fuiste una niña solitaria, abandonada, enamorada de un sueño, de la sensación de protección que te brindaban... —resumió haciéndose a sí misma un análisis del pasado—. Esa niña despertó de su sueño para darse cuenta de que el mundo no era de color de rosa, para comprender que le gustaba más el color negro que los tonos pastel y que el mundo es un enorme hijo de puta que no tiene inconveniente en ponerte la zancadilla una y otra vez. No, ya no soy esa niña y la mujer que ahora vive en mí desea más, mucho más... Desea un amo que la entienda, que la desee y que sea capaz de lidiar con su oscuridad... el único amo posible.

Se rio entre dientes.

—Debería ponerme a escribir todas estas cosas, quizá fuese capaz de convertirlo en un *bestseller* —ronroneó. Apartó el brazo y entrecerró los ojos mirando al cielo—. Sigo siendo una soñadora... pero mis sueños ahora están plagados de cuero, placer y unos ojos azules que me llenan el alma.

Sonrió de soslayo.

—Una sumisa enamorada de su amo —murmuró para sí—. Hablando de cosas complicadas...

Echó un vistazo a su lado y vio el cuaderno en el que había estado bosquejando algunas líneas, intentando visualizar lo que les habían dicho los dos socios de la *Crossroad Company*.

—Un cruce de caminos... elecciones que tomar... un sendero que transitar... esperanza... un futuro... libertad... —Cerró los ojos y dejó que su mente conjurase las palabras claves que había anotado—. Todos estamos en algún momento de nuestras vidas en un cruce de caminos, con un sinfín de caminos entre los que podemos elegir, pero solo cuando decidimos echar a andar podemos ser dueños de nuestras vidas...

Abrió los ojos de golpe, se incorporó y parpadeó un par de veces.

—Eso es... —Recuperó el bloc de dibujo, eligió una página nueva y empezó a dibujar a toda velocidad, haciendo líneas rápidas, dando forma a la idea que tenía en mente—. Sí... eso es lo que significa la *Crossroad Company*...

Cuando se detuvo, la punta del lápiz terminó en una esquina del papel y, en su centro, había dibujado un boceto básico de lo que esperaba fuese el logo adecuado para esa misteriosa compañía.

—Todo es cuestión de elecciones, de echar a andar.

Y ella lo había hecho cuatro años atrás, había elegido un camino y una dirección, no había sido un sendero fácil, ¿pero qué vida lo era?

—Ahora solo debo alcanzar la meta —murmuró para sí—. Sí, mañana será una gran noche.

Horus mantuvo la mirada fija en los dos jóvenes combatientes que

estaban sobre el ring, los pies de los dos se movían con rapidez aunque les faltaba un poco de coordinación. Había comprobado el mismo las protecciones de cada uno de ellos, así que el máximo daño que podrían recibir era un par de golpes en el culo cuando cayesen sobre la lona azul del suelo.

—Jake sube la guardia o te dará un guantazo.

El chico cumplió la orden y levantó un poco más los puños, protegiéndose a tiempo del primer ataque.

—Bien, sigue así —lo premió y pasó su atención ahora al atacante, un chico el doble de corpulento que tenía mucho que aprender, empezando por no subestimar a su contrario—. Carlos, menos pasos de baile e intenta conectar una patada.

Se movió con agilidad, levantó la pierna y fue efectivamente parado por la protección de su contrario.

—Otra vez.

Se repitió el movimiento con la consiguiente parada, pero esta vez su contrario reaccionó al momento bloqueando el golpe y devolviéndole otro que llevó a retroceder al chico hasta terminar en el suelo por un desequilibrio.

—Buen punto, Jake.

—Gracias, *sensei*.

La alarma del reloj que tenía marcada con los tiempos sonó en ese momento.

—De acuerdo, cada uno a una esquina —anunció—. Descansamos un minuto y repetimos.

Les lanzó un par de toallas y aprovechó para echarle un vistazo al resto de sus alumnos los cuales estaban divididos entre el salto de comba y golpear el saco.

—Chicos, ¿alguno ha visto a Mac? —preguntó haciendo un rápido

recuento. Miró el reloj y frunció el ceño.

Mackenzie no solía perderse ningún entrenamiento, especialmente si realizaban pequeños combates de entrenamiento. Era uno de los chicos que venía cada día al gimnasio y, por lo que le había dicho Dain, por su clase tampoco había aparecido.

—No le he visto últimamente —aseguró Carlos deteniendo el saco tras un impacto para girarse hacia él—. Y es extraño. Vivimos en la misma zona, *sensei*.

Sacudió la cabeza, eso no era algo que quisiese oír.

—¿Estará enfermo? —sugirió Lisa dejando la cuerda para secarse la cara.

Negó con la cabeza.

—Mac se arrastró al entrenamiento a pesar de tener casi cuarenta de fiebre.

Recordaba ese día porque le había quitado la mierda de encima a gritos, luego lo había llevado al hospital y se había encargado de comprar el mismo los medicamentos. Sabía que si le daba dinero no lo aceptarían, así que se había limitado a decirle que se recuperase para poder patearle el culo sobre la colchoneta por idiota.

El chico era orgulloso, cuidaba con celo de sus hermanos pequeños y carecía de una figura de autoridad que lo mantuviese en el camino. Había sido el padre John quién lo había llevado al gimnasio la primera vez y, a pesar de su rebeldía los primeros días, había encontrado en el kickboxing justo lo que necesitaba.

A Horus le recordaba demasiado a sí mismo a su edad. La misma furia interior, la misma necesidad de demostrarle al mundo que era mucho más de lo que todos decían de él... temía que ese parecido fuese más allá y lo hiciese cometer los mismos errores que había cometido él.

—¿Quién vive por su zona o tiene contacto con él?

Lisa me frotó la mejilla con gesto pensativo.

—Creo que Wyatt Drumon le conoce, bueno, si podemos considerar el pegarse de hostias como conocerse.

Miró a la chica.

—¿Wyatt Drumon?

—Está en el grupo del *sensei* Dain —replicó uno de los chicos del cuadrilátero—. Me he cruzado con él alguna vez después de clases. Es un tío duro, pero tiene buen fondo. Su padre es un hijo de puta que está en la cárcel por matar a un tipo.

Apretó los dientes ante las palabras tan casuales que salieron de su boca. Esos chicos estaban acostumbrados a ver ciertas atrocidades como algo cotidiano, crecían en un mundo dónde matar, mutilar y robar era el pan de cada día. Se obligó a respirar profundamente y hacer a un lado su propia rabia ante la injusticia de ese mundo en el que él mismo había crecido.

Al menos Robert había conseguido mantener a Sophie fuera de ese mundo y él había cogido el testigo después de su muerte. Ella no había tenido que enfrentarse a ese duro y despiadado mundo, no directamente al menos.

«Puede que haya sido una cría a tus ojos, Horus, pero te olvidas que yo también he vivido en las calles hasta que tú me sacaste de ellas. Puedes sacar a una chica de la calle, pero no a la calle de la chica».

Sí, podía ser perfectamente consciente del lugar en el que había crecido, pero no tenía ni idea de lo que había en realidad y se alegraba de que así fuese. La mujer que era ahora quizá pudiese soportarlo, incluso entenderlo, pero la niña que había sido, habría estado perdida.

—Entiendo —respondió con voz firme, fría. Se giró hacia el chico y señaló la puerta—. Ve a la clase de Dain y dile que quiero hablar con ese tal Wyatt.

Esperaba que el nudo que tenía en el estómago fuese solo producto de sus nervios y no una de sus certeras corazonadas.

—¿Crees que Mac podría estar en problemas, *sensei*? —se interesó Lisa.

La miró y se guardó sus temores.

—Por su bien más le vale que se trate de una gripe de caballo que lo tenga tirado en la cama, porque si no lo arrastraré al cuadrilátero y lo espabilaré a patadas.

CAPÍTULO 25

El *Blackish* adquiría un ambiente totalmente *kinky* los sábados. El aroma del cuero se mezclaba con el de los aceites de masajes y el de la cera de la vela de una escena cercana a él. Horus echó un rápido vistazo a la sumisa cuyos pechos y estómago están salpicados de gotas de cera ya seca, su Dom permanecía completamente metido en su papel, atento a cada pequeño cambio en su compañera, a sus respuestas y su placer.

Un agudo grito surgió al otro lado de la planta principal, el inequívoco sonido de una mujer alcanzando el orgasmo. En esta ocasión se trataba de una morenita que cuyo amo había atado a una de las cruces ancladas a la pared, su espalda y trasero llevaba las marcas de las tiras de un *flogger*, su piel estaba traspirada de sudor y, a juzgar por la forma en que se sacudía estaba disfrutando de su propia liberación.

Para cualquier ojo inexperto, muchas de las prácticas que se daban entre esas cuatro paredes serían motivo para denuncias por malos tratos, pero la realidad era muy distinta, una oscura y que seguía un único código de conducta: sano, seguro y consensuado.

Paseó la mirada por la zona del bar dónde Lucien, detrás de la barra, atendía a aquellos que decidían tomarse una copa para entablar conversación, conocerse o hacer un descanso después de una intensa escena. El reloj que

había en la pared estaba a punto de dar las once, una hora en la que el club solía estar en pleno auge.

Hoy, además, una parte de la sala estaba acordonada y una larga piscina portátil había sido habilitada para un divertido juego de espuma en el que las participantes iban a ser las sumisas del club. No veía la hora de que su pequeña Kitty hiciese acto de aparición para enseñarle las reglas del juego.

Le había enviado un mensaje al móvil con la hora en la que debía presentarse y el código de vestimenta para la noche y estaba deseando ver si había seguido sus instrucciones. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y palpó el bulto del collar de su sumisa, la prueba de que le pertenecía, al menos mientras estuviese dentro del club.

—¿Todavía no ha llegado tu gatita?

Se giró para ver a Dain vestido con unos pantalones vaqueros y la camiseta negra con el logo del club.

—Sabe que tiene que entrar antes de las once, le he concedido cinco minutos extra para dejar los zapatos en el ropero.

Su amigo sonrió de soslayo.

—Me da la sensación de que es el tipo de sumisa que aparecerá un minuto antes del toque de queda —comentó con palpable ironía.

—Que no te quepa la menor duda —aceptó echando un rápido vistazo hacia la puerta. Entonces volvió a mirar a su amigo—. ¿Has conseguido averiguar alguna cosa de tus chicos?

La tarde anterior habían tenido una interesante charla con uno de los alumnos de Dain, el muchacho que había apuntado Lisa no tenía ni idea del paradero de Mackenzie, pero otro decía haberlo visto en compañía de gente peligrosa... y en los círculos en los que se movían esos chicos, el término «gente peligrosa» nunca traía consigo nada bueno.

El semblante de su compañero se ensombreció, su mirada recorrió

lentamente los alrededores y respondió sin mirarle.

—Sabes que esos chicos no venderían a uno de los suyos por muy gilipollas que sea —comentó en voz baja, solo para sus oídos—. Cierran filas cuando alguien de fuera intenta meter la nariz en asuntos que no les incumben. Con todo, la rehabilitación del local y las clases de artes marciales y defensa personal, están haciendo que la vecindad se sienta un poco más segura y optimista.

—¿Lo suficiente para que hablen?

Ladeó la cabeza y le miró fijamente.

—Lo suficiente para que alguien deje caer que se están realizando combates ilegales en algún lugar —le informó. Su confirmación fue como un puñetazo en las entrañas—. Nadie ha querido confirmar nada, pero... ya sabes cómo es esto.

Sus sospechas se vieron confirmadas ante sus palabras.

—Mierda. —Esto era precisamente lo que quería evitar con las clases en el gimnasio, quería mostrarles a esos chicos que podían elegir y que cualquiera de ellos era alguien de valor.

—¿Es del tipo de chico que se metería en algo así?

Quería decir que no, quería equivocarse con todas sus fuerzas, pero, ¿no había caído él mismo en ese mundo cuando no era más que un crío? ¿No había vuelto a recurrir a él de adulto?

—Si el hijo de puta de tu padre estuviese en la cárcel, tu madre pasase más tiempo cuidando de una botella que de ti o de tu hermana pequeña, ¿no harías todo lo que estuviese en tu mano para cambiarlo? —replicó mirándole de soslayo—. Un puñado de dólares puede resultar muy atractivo para un chico que no tiene nada...

Resopló, ambos sabían que aquello era verdad, una que seguía dándose incluso en pleno siglo veintiuno.

—Y la inexperiencia llevarte a una cama de hospital —replicó con un resoplido—. Eso si tienes suerte.

Y la suerte no era algo que interviniese dentro de un cuadrilátero dónde lo único que importaba era el espectáculo.

—Ahora mismo no podemos hacer nada —continuó su compañero dejando que hablase la voz de la experiencia y el raciocinio—. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si está metido en algo así. Quizá estemos elucubrando sin necesidad.

Dejó escapar un profundo suspiro. Sabía que tenía razón, pero no podía evitar pensar que había fallado a ese chico, si había terminado en algo como eso, le había fallado completamente.

Asintió lentamente, se obligó a rearmarse y centrarse en la noche que tenía por delante. Debía dejar su preocupación fuera de esas cuatro paredes, Sophie no se merecía nada menos que su completa atención.

Como si la hubiese conjurado, su nueva sumisa apareció por la puerta principal.

—Y ahí tienes un asunto mucho más interesante y agradable en el que pensar esta noche —le dijo el Dom dándole una palmada en la espalda—. Concéntrate en ella.

Sin otra palabra se marchó dejándole solo con sus pensamientos y la mujer que iba a mantenerle ocupado toda la noche.

Sophie sintió su mirada sobre ella incluso antes de verlo. Cuando se giró, el Amo Dain se despedía de él, dejándole a solas en medio de una multitud. Horus la miró durante unos instantes con gesto sombrío, como si acabase de recibir unas noticias desalentadoras, el cual mudó a su habitual expresión de

alguien al mando.

Cruzó el área principal que a esas horas ya estaba llena de gente y con cada paso que se acercaba sentía como se licuaba por dentro. Había seguido sus instrucciones al pie de la letra y había tenido que echarle un montón de imaginación para ello. Al final había recurrido a una tienda de segunda mano de su zona y había buceado entre la ropa de fiesta hasta encontrar un ajustado e indecente vestido de un verde brillante que poseía una abierta uve hasta casi su ombligo y un trenzado a modo de corsé a ambos lados de las caderas. El vestido se completaba con una parte interior de un verde más claro que ocultaba el escote y añadía un volante a la breve falda, pero había optado por omitirlo.

Sentía su mirada sobre ella, sus ojos recorriéndolas, admirando la larga uve que mostraba parte de sus cremosos senos, su estómago así como sus muslos desde ambos lados. No llevaba ropa interior y con cada paso que daba las tobilleras tintineaban con unos cascabelitos que llamaban la atención de los que estaban a su alrededor.

—Buenas noches, Amo Horus —lo saludó e inclinó la cabeza de manera respetuosa.

—Buenas noches, Kitty —la recibió. Le acarició el rostro con un dedo y le levantó la barbilla hasta que sus ojos se encontraron de nuevo—. Esa elección de vestuario se merece un premio, gatita.

Sus palabras la calentaron por dentro y no pudo hacer otra cosa que sonreír.

—Me alegra que lo apruebes, señor.

Asintió.

—Sí, lo apruebo, dulzura —aseguró bajando la mirada sobre sus pechos—. Gracias por complacerme.

Parpadeó ante el inesperado comentario y levantó la mirada para ver un

brillo extraño en sus ojos.

—Señor...

—Levántate el pelo, sumisa.

Hizo lo que le pidió sabiendo lo que vendría a continuación, deseándolo. Había echado de menos ese collar desde el momento en que la liberó de él dos días atrás. El cuero se cerró alrededor de su piel, el tintineo de la plaquita en forma de gato la acarició arrancándole un tintineo. Aseguró el cierre y sintió ese invisible peso que la ataba irremediabilmente a él.

Dejó ir el pelo y se llevó los dedos a la placa delantera, notando con la yema los relieves de su nombre de sumisa: *Kitty*.

—¿Has cenado tal y cómo te dije que hicieras?

La pregunta casi hace que ponga los ojos en blanco, pero se contuvo. Había algo en su voz... no sabía identificarlo, pero era algo que no había estado ahí antes.

—Sí. Cené algo antes de salir para aquí —le confirmó. De hecho lo había hecho un par de horas antes para impedir que se le atragantase la comida con los nervios.

Nunca había tenido ese tipo de problemas. Era una persona muy serena, de hecho, más que nervios lo que sentía era expectativa por poder ir a jugar, pero desde que había estado en el club el jueves, su forma de ver las cosas había cambiado, él la había hecho cambiar.

—Buena chica —respondió. Sin embargo, pasaba algo, podía decirlo por la forma en que la miraba, en la tirantez de sus facciones.

—Señor, ¿va todo bien? —se interesó. No podía quitarse de encima la sensación de que algo había cambiado. ¿Habría metido la pata sin darse cuenta?—. ¿He hecho algo que no...?

Los ojos azules de Horus cayeron sobre ella, lo vio chasquear la lengua y enarcar una ceja.

—Eres una sumisita muy perspicaz, ¿eh?

Se encogió de hombros.

—No puedes borrar seis años y hacer como si nunca hubiesen existido —comentó en voz baja con un pequeño encogimiento de hombros—. Algunas cosas siguen ahí —lo señaló con un par de gestos del dedo índice—, otras son totalmente nuevas, pero... sé cuando algo no va bien, tu mirada te delata, Amo Horus.

Esbozó una irónica sonrisa y se limitó a asentir.

—Sí, supongo que el tiempo no se puede borrar una vez que se ha vivido —replicó, se pasó una mano por el pelo y sacudió la cabeza—. Ven. Subamos a un reservado, te necesito para mí solo durante unos momentos.

Tal admisión la sorprendió, no pudo evitar parpadear como un búho.

—S-sí, señor.

Él la miró curioso ante su vacilación.

—¿Nerviosa, dulzura?

Sacudió la cabeza inmediatamente.

—Atónita, más bien —replicó mirándole—. ¿Puedo hablar libremente, señor?

—Veo que al fin dominas el alto protocolo.

Hizo una mueca.

—Solo la versión que has acordado para mí, señor —replicó poniendo los ojos en blanco.

Ambos habían llegado a un término medio que los convencía a ambos, que reafirmaría sobre ella el papel de su amo sin llegar a convertirse en una esclava tonta y obediente; cosa que no era.

—Vamos, Kitty, suéltalo.

Frunció los labios, sacudió la cabeza y bajó el tono de voz de modo que solo lo escuchase él.

—No estás aquí conmigo, Horus —aseguró mirándole a los ojos—. La verdad, esperaba que cuando me vieses con estas pintas, que tú mismo exigiste, por cierto, actuarías al estilo de los hombres de las cavernas o por lo menos harías algo más que... darme las buenas noches.

Sacudió la cabeza una vez más y la ladeó, observándole.

—¿Qué ha pasado? He visto al Amo Dain dejándote cuando yo llegué. —La mención en voz alta a la presencia del otro Dom la llevó a pensar rápidamente en algo que ambos tenían en común—. ¿Ha pasado algo en el gimnasio? ¿Es por tus alumnos?

—Al estilo del hombre de las cavernas, ¿eh? —replicó en vez de contestarle. Su mirada adquirió un brillo maquiavélico que la llevó a dar un paso atrás.

—No te muevas, mascota. —La detuvo en seco con esa voz de mando que no podía ni quería evitar.

Se lamió los labios y lo miró.

—No sé si te serviría de algo mi ayuda —se aventuró a comentar—, pero si hay algo que yo pueda hacer...

—Ya lo has hecho.

Sin mediar palabra, acortó la distancia entre ellos, envolvió una mano en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás y la apretó contra su cuerpo.

—Eres peligrosa para mí, Kitty, pero bendito peligro —replicó bajando su boca sobre la de ella en un ardiente beso que la dejó sin aire—. Y sí, gatita, adoro esa indecencia que llevas puesta. Estoy deseando hacer a un lado la tela y lamer esos pezones que se marcan, deslizar mis manos sobre tu piel desnuda y comprobar si ya estás mojada.

—Lo estoy desde el mismo momento en que pusiste los ojos sobre mí, señor.

—Y esa es la respuesta correcta, justo lo que deseaba escuchar —

gruñó, le apretó las nalgas pon encima del vestido y se separó, dejándola jadeante, con los ojos brillantes y los labios húmedos—. Sígueme. Tú puede que ya hayas cenado, pero yo no.

Su cuerpo acusó un caliente relámpago de placer ante sus palabras y, cuando se puso en movimiento, se situó un paso por detrás de él y lo siguió.

CAPÍTULO 26

Ella era todo lo que necesitaba para olvidarse de la mierda que existía más allá de las paredes del *Blackish*, una distracción perfecta para sacarse de la cabeza algo que no podía solucionar, no ahora. No podía salir corriendo por la puerta sin un destino concreto, él mejor que nadie sabía que eso no serviría de nada. Debía intentar cultivar la paciencia y estudiar sus posibilidades para dar con un plan de acción que le reportase algo más que insultos.

Enredó los dedos en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para reclamar un largo y caliente beso de esos apetitosos labios. Profundizó el beso mientras deslizaba las manos sobre la voluptuosa figura que apenas podía contener ese vestidito que llevaba puesto, le apretó los pechos, jugando con ellos y notando como los pezones se apretaban formando duros botones a través de la tela.

—Ahora sí, esto es justo lo que necesitaba para comenzar con el postre —murmuró en sus labios. Se echó hacia atrás y admiró el color rojizo de sus labios, tan tentador que le robó otro beso haciéndola gemir.

Deslizó ambas manos dentro de la tela del vestido haciéndola a un lado, acariciando los suaves montículos y los apretados pezones al tiempo que se relamía por dentro. Estaba deseando bajar su boca, chupar y morder, escuchar esa erótica canción que surgía de sus labios.

—El verde es sin duda tu color, Kitty, pero prefiero el tono de tu piel sin nada más para distraerme.

Hecha la debida advertencia, bajó las manos hasta sus caderas y desató la lazada de corsé que cerraba el vestido sobre estas, haciendo que la tela cediese ligeramente. Pero no era suficiente, la quería desnuda, quería admirar ese bonito cuerpo que no tenía miedo en exhibir ante él. Tiró ligeramente de la tela, luego un poco más fuerte y esta se despegó de su piel, resbalando hacia abajo hasta dejarla como dios la trajo al mundo.

La recorrió de arriba abajo con la mirada y observó cómo se le endurecían todavía más los pezones, como su piel se ruborizaba y adquiría ese tono sonrosado que indicaba el grado de excitación.

—Sí, sin duda eres el postre más apetecible de la noche.

Sus mejillas adquirieron un color vivo y no pudo evitar disfrutar de ese coqueto recato. No era exhibicionista, era muy consciente de ello, pero también sabía que, cuando perdía de vista lo que la rodeaba, se entregaba dulcemente.

—Te sonrojas muy a menudo, dulzura —aseguró divertido—. Te sienta bien.

—Er... gracias, señor.

—No me las des todavía, sumisita, ni siquiera he empezado.

Antes de que pudiese decir o hacer algo más, la levantó sin esfuerzo y la dejó encima de la mesa.

—Creo que empiezo a aficionarme a tenerte de plato —ronroneó, empujándola hacia atrás, tendiéndola hasta que su espalda quedó aplanada contra la superficie—. Pero hoy, tengo algo con qué decorarlo.

Ella jadeó e intentó levantarse.

—¿Qué?

Sonrió maquiavélico.

—Quietecita. —Volvió a empujarla hacia abajo—. Las manos a ambos lados de la mesa, gatita. No las muevas o te las ato.

Su respuesta fue un gemido acompañado de algo parecido a «*ay señor*».

—Buena chica. —Resbaló la mano sobre sus pechos, bajando por su estómago, su vientre y le acarició el rasurado monte con los dedos haciéndola estremecer—. Ahora sube las piernas, apoya los pies aquí...

La guio llevando sus pies hacia unos pequeños salientes en los que afirmó sus talones antes de rodearle los tobillos con unas muñequeras de cuero. Cerró primero uno y luego el otro dejándola totalmente abierta, su coño expuesto a su mirada.

—Oh, sí, perfecto... —Observó orgulloso su obra—. Ahora que el plato está dispuesto, ha llegado el momento de adornarlo.

Buscó debajo de la mesa en un pequeño compartimento destinado a almacenar todo tipo de condimentos interesantes con los que podían jugar y sacó un bote sin empezar de nata montada y un pequeño bol con nueces y otros frutos secos.

—¿Te gustan las nueces, Kitty?

—No especialmente, señor.

—Um... pues después de que termine contigo, te van a encantar —ronroneó malicioso. Cogió la nata en espray y agitó el bote para luego quitar el precinto e inclinarse sobre sus pechos—. Al igual que la nata montada.

Se tomó su tiempo decorando sus pezones, su ombligo, dibujando un brevísimo tanga que cubriese su rasurado pubis y dibujó un par de arcos bordeando sus caderas para finalmente enmarcar su parte favorita, lo que le arrancó un tembloroso jadeo. Pero su cuadro culinario no estaba completo sin las nueces y cacahuets con los que adornó su obra de arte.

—Es una lástima que estén prohibidos los teléfonos móviles en el club,

nena, porque estás para retratarte.

—¡Ni se te ocurra!

Le dio un rápido azote a modo de reprimenda.

—¿Es esa la forma correcta de dirigirse a tu amo?

Levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada, crispó las manos haciendo un verdadero esfuerzo para no moverlas.

—Tú... eres... muy... malo, señor.

Se rio entre dientes, entonces chasqueó la lengua.

—Me parece que no te vas a comportar como una buena y obediente sumisa cuando empiece a probar mi postre, así que, vamos a arreglarlo en un momento.

Le ató las manos a ambos lados de la mesa, permitiéndole una breve movilidad.

—Oh... esto no está *p-pasando*.

Se inclinó sobre ella una vez restringida y agitó de nuevo el bote de espray volcando ahora la boquilla sobre un dedo y depositando en él una generosa capa de nata.

—Abre la boca. —La instruyó.

—¿Tiene azúcar?

Enarcó una ceja, giró el bote y se lo enseñó.

—Nata en espray azucarada para la señorita —replicó con palpable ironía—. Abre, Kitty y chupa.

Ella separó los labios y se los manchó con la nata, bordeándolos antes de introducirlo en su boca y notar como su lengua lo envolvía, lamiendo la nata para finalmente chuparlo.

—¿Qué tal está?

Tragó y se lamió los labios.

—Nunca me ha gustado demasiado la nata.

Sonrió.

—Lo sé.

Y con eso bajó sobre sus pechos, y empezó a lamer la nata y mordisquear las nueces que cubrían uno de sus pechos. Le lamió el pezón, succionando, saboreando la nata contra la piel, notando la textura de las nueces y jugando con ellas alrededor de la dura cúspide.

Ella se estremeció, tiró de las muñecas y gimió al ver que no podía moverse más de lo que le permitían los anclajes.

—Sí, así es como me gusta tenerte —rumió sobre tus pechos—, a mi merced.

Volvió a acariciarla, succionando con fuerza, manteniéndola quieta con una mano sobre su estómago.

—¿Sabes, dulzura? Creo que acabo de descubrir que tengo un nuevo plato favorito —declaró totalmente convencido—. Pezones a la nata.

—Oh cállate, señor —gimoteó ella, moviendo las caderas, retorciéndose bajo su boca.

Se rio por lo bajo y pasó a prestar atención al otro pezón, degustando de aquella pecaminosa cena mientras una de sus manos se deslizaba de forma perezosa hasta la uve de sus muslos, esquivando el triángulo de nata y nueces para terminar rozando los pliegues húmedos y rosados del sexo femenino.

—Estoy muy complacido, Kitty, estás muy mojada —ronroneó—. Has sido honesta.

—*S-sí* señor —musitó entre dientes. La pequeña traviesa en serio creía que iba a poder mantenerse calladita. Qué ilusa.

Deslizó los nudillos contra los labios hinchados del coño provocando un sobresalto en sus caderas y un quejido en su garganta. Los arrastró de un lado a otro mientras seguía atormentando sus pechos con lentas pasadas de la lengua, mordiendo las dulces puntas hasta el borde del dolor solo para

succionarlo después.

Se quejó, arqueándose, sacudiendo la cabeza, moviendo las caderas ante la imperiosa necesidad. Estaba caliente, su sexo inundado de brillante humedad que lo atraía como un imán.

Solo dejó sus pechos cuando estuvieron completamente limpios y ella lloriqueaba, continuó con su descenso y jugó con su ombligo provocándole cosquillas.

—Me gustan los ruiditos que salen de tu boca, son realmente divertidos...

—Maldit...o seas... señor.

Se rio entre dientes ante la imposibilidad de ella de articular una frase completa y siguió con esa particular tortura. Le gustaba la nata, era uno de sus postres favoritos, pero el sabor palidecía en comparación con el que adquiriría sobre su piel. Ahora ella era su postre favorito.

—Compórtate, sumisita o me encargaré de que ese bonito culo se ponga de un encantador color rojo.

Ignorando cualquier protesta, deslizó los dedos sobre su abertura, extendiendo la humedad sobre su clítoris obteniendo una inmediata reacción. Resbaló la yema sobre la pequeña perla, rodeándola y deslizándose sobre sus labios para hundirse lentamente en su interior.

El aliento se le quedó atascado en la garganta, todo su cuerpo se tensó, pero no movió el dedo, lo mantuvo allí mientras descendía sobre su cuerpo y empezaba a lamer la nata y mordisquear las nueces que cubrían su pubis.

—Deliciosa —ronroneó entre lametón y lametón, retirando la nata, acariciando su piel y pegándole pequeños mordisquitos que hacían que elevase sus caderas entre lloriqueos de necesidad.

—Señor... por favor...

Deslizó el dedo fuera de su húmeda y apretada funda y volvió a

penetrarla muy lentamente, repitiendo el juego de tentación, atento a sus respuestas, controlando su placer y manteniéndola en ese borde que la enardecía.

—No te muevas, gatita. —La previno, retirando una vez más el dedo de su interior y, sosteniendo su mirada, se lo llevó a la boca y lo chupó, probando su sabor—. Parece que mi postre ya está en su punto.

Antes de que pudiese formar un solo pensamiento, se inclinó entre sus piernas, le rozó la piel que unía el muslo con su suave sexo y bajó la boca para comenzar a lamerle el coño.

Sophie se quedó sin aire. Su cuerpo estaba en un estado febril, la necesidad brotaba de cada poro de su piel y hacía que estuviese más sensible de lo normal. Le dolían los pechos, los notaba hinchados, los pezones tan duros y tiernos que, de haber podido, habría rogado para que se los acariciase otra vez. Pero esa lengua que hacía estragos entre sus piernas tenía la culpa de que su cerebro se hubiese licuado por completo. Cada pasada enviaba una llamarada a través de su cuerpo, cada golpe en su clítoris la hacía saltar y nada de ello parecía ser suficiente para Horus, pues se estaba tomando su tiempo en disfrutar de su *«postre»*.

—Amo... por favor...

¿Qué podía decirle? Empezaba a conocerle, a saber cómo funcionaba su mente dominante y sabía que no haría nada que no estuviese en sus planes. Ya podía suplicar, gemir o llorar, que él haría con ella lo que le diese la santa real gana.

Sus caderas se arqueaban por sí solas con cada caricia, sus muslos se abrían incluso más por acción de sus manos, pues anclada como estaba no

tenía el control de su propio cuerpo. Movi6 los dedos, gir6 las muñecas, pero no podía soltarse, todo lo que podía hacer era permanecer allí y dejarle hacer con ella con que quería. Era suya, completa e irremediabilmente suya.

Sacudió la cabeza, intentó enfocarse en algo que la distrajese, pero era imposible escapar de las sensaciones, del hombre que se daba un festín entre sus piernas, el único que la volvía loca y con el que siempre había fantaseado. Pero Horus era mucho más de lo que jamás había pensado, mucho más de lo que decían sus sueños y la realidad parecía superarlo todo.

—Por lo que más quieras, señor, deja que me corra...

Un ramalazo de dolor tan caliente la atravesó como un rayo, surgió desde su clitoris arrancándole el aliento y haciendo que todo su cuerpo temblase sin control.

—¡Horus!

No obtuvo respuesta, solo unas eróticas caricias de su lengua y una breve succión que la hizo estallar en mil pedazos, entregándose a la inesperada y frenética liberación por la que había rogado. Y no se detuvo ahí, su boca la succionó, lamiendo su sexo, recogiendo sus jugos e incrementando el placer de cada estremecimiento que la recorría hasta que se quedó vacía y agotada por la intensidad.

—Me gusta oírte gritar de placer —le escuchó decir—, sobre todo cuando lo haces gritando mi nombre.

Se quitó la camiseta con el logo del club y su agotada mente cobró vida de nuevo. No podía dejar de mirarle, de admirar los fuertes músculos pectorales y los abdominales. Tenía un cuerpo de infarto y disfrutaba mirándole cosa que sin duda él sabía. Sus ojos se encontraron y él le dedicó esa sonrisa tan suya que prometía todo tipo de maliciosas y deliciosas represalias.

—Veamos si puedo hacer que lo grites otra vez —declaró. Sacó un

preservativo del bolsillo trasero del pantalón y, tras encargarse de su ropa, sin molestarse siquiera en quitarse por completo el pantalón, enfundó su dura y palpitante erección.

Sin más advertencia se abrió paso entre sus muslos abiertos, se posicionó en su húmeda entrada y empujó profundamente y con rapidez. Se quedó sin palabras, el aire escapó de sus pulmones al sentirle llena por él. En aquella posición apenas podía moverse, solo recibir lo que le daba sin oponer resistencia alguna.

—Oh Dios. —Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo, tirando de las restricciones de sus manos mientras él hacía girar sus caderas y se retiraba solo para volver a entrar de nuevo—. Amo... oh... Dios...

—Mi dulce gatita —susurró ante sus labios—. Me ciñes a la perfección, cariño, eres un postre de lo más delicioso y tengo que agradecerte que hayas sido tan considerada como para dejarme comerte.

Volvió a moverse, empujando su polla con mayor profundidad, marcándola con cada movimiento, haciéndola gemir y lloriquear incapaz de hacer otra cosa que recibir el placer y rogar no morir allí mismo por él.

—Sí, justo así —musitó él, clavando ahora las manos en sus caderas, sujetándola mientras entraba y salía de su cuerpo—. Perfecta y deliciosa.

Entonces una mano se sumergió entre sus cuerpos y sus dedos jugaron con su clítoris, disparando su placer, avivando los nervios ya torturados con cada largo empuje. Sus labios se abrieron incluso más en busca de aire, no podía dejar de jadear, no encontraba siquiera palabras, todo lo que podía hacer era lloriquear.

—Por favor, amo —lloriqueó desesperada.

—Se siente tan bien estar dentro de ti —le dijo él al oído, su voz ronca, dura y sexy.

—Señor...

Él se deslizó fuera, amenazando con abandonarla y gimió ante la sensación de abandono.

—Dámelo, Kitty, quiero oírte gritar —insistió empujando ahora de nuevo en su interior, quedándose quieto unos instantes.

—Horus... por favor... señor, por favor —gimoteó, dispuesta a suplicar con tal de que acabase con esa tortura.

Él empezó a empujar otra vez, sus dedos siguieron acariciándola, enloqueciéndola antes de retirarse por completo y entregarse a esa carrera de fondo en la que él era el único que tenía la batuta. El placer se hacía insoportable, la necesidad de correrse era incontenible y cuando sintió como su polla parecía hincharse más mientras empujaba en su interior con golpes rápidos y breves, su mente volvió a quedarse en blanco ante el cegador relámpago que sacudió su cuerpo.

—¡Horus!

Gritó su nombre, gritó y gritó hasta que le dolió la garganta, hasta que ya no podía ni respirar y su conciencia pareció escapar de su cuerpo durante incontables segundos. No podía moverse, ni siquiera estaba segura de si estaba viva, de hecho, si la dejaba allí y se olvidaba de ella un ratito no se lo tendría en cuenta.

—Vamos, perezosa —le susurró al oído al tiempo que le frotaba las muñecas libres de ataduras y la cogía en brazos, atrapándola sobre su cuerpo para luego cubrirla con una suave manta—. Sé que te gusta la mesa, pero estarás más cómoda sobre algo más blando.

No protestó, no tenía fuerzas para ello, todo lo que quería hacer era acurrucarse y eso fue lo que hizo.

—Prefiero esto —musitó adormecida—. Déjame un ratito así y luego hablamos de lo que quieras, señor.

Lo escuchó reír por lo bajo, la apretó contra él y contestó:

—Mi pequeña sumisa, eres de lo que no hay.

CAPÍTULO 27

—¿Vas a decirme ahora qué es lo que te preocupa?

Horus bajó la mirada sobre el paquetito femenino que tenía envuelto en una manta y estirado sobre él. Sus ojos verdes estaban todavía somnolientos, no había tenido corazón para despertarla, además, había disfrutado inmensamente teniéndola en sus brazos.

—Eres insistente, pequeñaja.

Arrugó la nariz.

—No me llames así, que tú seas un gigante no me hace a mí pequeña.

Sonrió divertido ante su aire ofendido y optó por recordarle lo que parecía haber olvidado.

—Te estás dejando atrás los buenos modales y eso trae consigo consecuencias.

Puso los ojos en blanco.

—Lo siento, señor, pero te conozco y sé que algo te está preocupando.

El tono lastimero en su voz hizo que bajase la mirada sobre ella. Le gustaba tenerla en sus brazos, su calidez entraba en él relajándole y haciendo que desease cosas que no podía permitirse tener.

—Puedes ignorarme si quieres, decirme que me meta en mis propios asuntos, pero sé que te pasa algo, algo importante —insistió ella,

revolviéndose en sus brazos hasta terminar sentada y mirándole—. No intentes negarlo, Horus, puede que ninguno de los dos seamos ya los que fuimos, pero hay cosas que nunca cambian por mucho que lo intentemos.

—Lo sé —aseguró recorriéndola con la mirada—, tú eres la prueba viviente de ello.

Ella era todo lo que había deseado en el pasado y eso no había cambiado, solo se había hecho más acuciante, más intenso, porque la mujer que ahora estaba en sus brazos era justo lo que siempre había esperado.

—Se trata de los chicos, ¿verdad?

Su insistencia era encomiable, como también su tozudez.

—Sí —aceptó por fin. Sophie podía darle un sentido completamente nuevo a la palabra tozudez si se lo proponía, ahora mismo esa pequeña e irreverente mujer tenía en sus manos el poder para ponerle de rodillas, lo supiese o no—. Como muy bien acabas de señalar, hay cosas que, pasen los años que pasen, siguen ocurriendo. La gente sigue cometiendo los mismos errores, sigue metiéndose en los mismos líos. Robert lo intentó con todas sus fuerzas... yo lo he intentado pero...

—No puedes salvar a todo el mundo.

Sus palabras fueron un eco de las de su hermano, una verdad universal contra la que no se podía luchar.

—No puedes evitar que las personas hagan sus elecciones —continuó ella—. Puedes darle otras opciones, pero no puedes elegir por ellos.

Esbozó una irónica sonrisa y se recostó contra el asiento.

—Te pareces muchísimo a tu hermano, piensas de la misma manera y eso... eso me aterra como el demonio.

Se apoyó contra él, abrazándole la cintura con los brazos, apoyando la mejilla en su hombro.

—¿Por qué? —Apenas fue un susurro, pero la pregunta estaba ahí,

había sido formulada y ya era hora de darle una respuesta.

—Porque no quiero perderte como lo perdí a él —aceptó y bajó la cabeza para encontrarse con su mirada—. No quiero cometer de nuevo el mismo error.

Los ojos verde esmeralda se abrieron ligeramente, entonces su expresión se suavizó y los labios hinchados por sus besos se curvaron.

—Bien —murmuró antes de acomodarse de nuevo contra su pecho—. No tenía pensado dejarte hacerlo, pero es buena cosa que te hayas dado cuenta por ti mismo. Ahora, dime exactamente lo que ha pasado.

La miró entre sorprendido y divertido, acababa de decirle a esa mujer que la quería, que dejarla la primera vez fue el mayor error de su vida y ella se limitaba a decirle que ya era hora. Se rio entre dientes, sacudió la cabeza y le levantó el rostro para besarla en los labios.

—Eres una sumisa muy indisciplinada.

—Solo soy lo que mi amo necesita —replicó con coquetería. Entonces suspiró y lo miró seria—. Cuéntamelo. Por favor. Déjame ayudarte, déjame formar parte de quién eres ahora.

Una elección difícil, pero, ¿no lo eran todas?

—Uno de mis alumnos ha faltado a clases durante la última semana —respondió después de un largo suspiro—. Es un chico con problemas... su padre está en la cárcel, su madre siente más apego por una botella que por sus hijos... Tiene dos hermanos pequeños, mellizos, un niño y una cría de doce años. Temo que se haya metido en la misma clase de problemas en los que me metía yo a su edad.

La pequeña mano empezó a acariciarle distraída el pecho.

—Y que se metía Robert por mí —comentó con voz neutra—. ¿Crees que puede haber sido atraído a alguna de las bandas locales?

Negó con la cabeza.

—Dain ha estado haciendo algo de investigación entre los chicos y todos parecen coincidir en que anda en compañías indeseadas y en peleas que le vienen grandes.

Aquello hizo que se incorporase de golpe, sus ojos buscando los suyos.

—¿Peleas clandestinas?

La miró a los ojos y vio el dolor en ellos, la pena y la impotencia, las mismas emociones que había vislumbrado mucho tiempo atrás.

—Sí.

—Mierda —siseó ella, haciendo lo imposible. Saltó de su regazo, se deshizo de la manta y recogió el vestido del suelo a toda prisa.

Se incorporó entre sorprendido e irritado por su reacción.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Lo miró sin dejar de vestirse.

—Ponte la camiseta.

¿Esa pequeña sumisa acababa de darle una orden?

—¿Disculpa?

—¿Qué edad tiene? —insistió atando rápidamente las cintas de los costados—. ¿Qué peso tiene?

Sus preguntas se volvieron cada vez más extrañas y, al mismo tiempo, despertaron su preocupación.

—Diecisiete... alrededor de los setenta kilos —replicó levantándose al mismo tiempo y la sujetó por ambos brazos—. Sophie, ¿cómo es posible que estés al tanto de... estas cosas?

Sus ojos verdes se encontraron con los suyos.

—Si está metido en peleas clandestinas —respondió posando las manos sobre las de él—, creo que sé dónde puede estar.

Soltada esa bomba, se libró de sus manos y terminó de adecentarse el vestido.

—Tenía que haberme imaginado que esto pasaría antes o después — masculló ella en voz baja, entonces se giró hacia él—. Tengo entendido que solo se reúnen dos sábados al mes y los combates empiezan a partir de las doce. Estas últimas semanas ha habido bastante revuelo por los suburbios, se estaba hablando de que se movían importantes sumas de dinero.

Un helado frío le recorrió por las venas ante las palabras que surgían de la boca femenina.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó con la misma frialdad que ahora congelaba sus venas.

Alzó la mirada y no vaciló en su respuesta.

—Te dije que había conocido a Damien en un momento de bajón, pero no te expliqué el cómo —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Fue durante una redada.

Sus palabras lo noquearon, pero eso no fue nada más que el principio.

—Después del divorcio, digamos que perdí un poco el norte —explicó con un mohín, rehuyéndole la mirada, cosa que le decía sin necesidad de palabras que no le iba a gustar un pelo lo que estaba a punto de oír—. Estaba... herida, me sentía perdida y necesitaba desquitarme de algún modo, así que, una vez terminé la universidad, volví... a casa.

A casa. Eso solo podía significar que...

—¿Volviste a los suburbios?

Levantó la barbilla y la mujer que vio ante él le recordó demasiado a él mismo, a su hermano Robert y a todas las personas que luchaban cada día por salir adelante en un mundo en el que solo imperaba la ley del más fuerte.

—Volví a casa, al único hogar que recordaba como tal —replicó y había un abierto desafío en su voz. Entonces apartó la mirada como si le disgustara lo que estaba contándole—. Estos últimos años he visto... suficiente.

Apretó los dientes ante su respuesta, pensando en la chica que recordaba, en aquella noche, en su mirada, en su indefensión y se le hizo un nudo en el estómago.

—No te puedes imaginar lo que fue para mí volver a presenciar aquello, la brutalidad, la desesperación en los rostros de los combatientes. — Continuó ajena a su propio malestar y la culpabilidad que empezaba a resurgir en su interior—. Esa noche en el ring se enfrentaba un hombre adulto de alrededor de los cien kilos de peso, todo músculo, un verdadero gorila y su oponente era un muchacho, un adolescente. Él se había metido en ese mundo para obtener dinero fácil, un medio de subsistir... tenía tanta ira contenida, tanta rabia acumulada... pero no era rival para su oponente.

Su relato lo llevó a sus propios días de combatiente, podía ver a través de sus palabras el mundo en el que él había vivido los primeros años, un mundo que intentó por todos los medios mantener alejado de ella. ¿Y ahora le decía que su ruptura la había lanzado precisamente al interior de aquello? Luchó con la necesidad de sacudirla, de gritarle y logró mantener una expresión neutral para seguir escuchando en silencio.

—Vomitó allí mismo, en medio de todos los chillidos y jaleos continuó con temblorosa entereza—. No podía soportarlo, no podía soportar que le hiciesen eso a un chico que no tenía más culpa que haber nacido en el interior de una sociedad que despreciaba a los débiles y dónde el vivir era una pelea constante. Me abrí paso como pude entre el público, estaba cegada por la rabia, no podía entender cómo alguien decidía tener esa vida, no podía entender por qué necesitaba luchar, pero lo que más escocía era que un hombre adulto fuese tan cruel como para luchar contra un niño.

Hizo una pausa para coger aire.

—Cuando estaba a punto de acercarme a la primera fila, aquello estalló en gritos. —Se pasó las manos por el pelo—. Creo que alguien aviso de la

presencia de la policía, algo sobre una redada y la gente empezó a correr en todas direcciones en su intento por salir de allí. Todo fue... confuso. Ni siquiera estoy segura cómo demonios terminé sobre el maldito cuadrilátero y pidiendo a gritos una ambulancia. Ese hijo de puta había golpeado al chico sin piedad. —Hizo una nueva pausa, las palabras se le atascaban en la garganta—. Damien apareció entonces con sus hombres, pidió inmediatamente asistencia médica y me sacó de allí para darme a continuación el sermón de mi vida.

Se echó a reír, una risa carente de alegría, sarcástica, prohibida, sus ojos verdes se volvieron hacia él pero no había ni una pizca de diversión, solo dolorosa conciencia del mundo del que había intentado mantenerla alejada.

—Él me sacó de ese infierno, me hizo ver las cosas por lo que eran y me guió cuando más perdida estaba —concluyó con un profundo suspiro—. Ese día comprendí que no podía quedarme de brazos cruzados y, a pesar de odiarte con todas mis fuerzas, también comencé a comprenderte. Entonces... recurrí al reverendo John y descubrí lo que había estado haciendo mi hermano antes de que lo matasen...

No lo digas, por favor, no lo digas...

—Sé por qué estaba allí esa noche, sé que era el único que se atrevía a mediar entre las bandas. —Le miró a los ojos—. Sé a qué se estuvo dedicando todo el tiempo y comprendí que no podía quedarme de brazos cruzados, que debía hacer algo para ayudar.

Respiró una vez más, su rostro adquirió una expresión seria, dura, algo muy alejado de lo que era ella en realidad.

—Llevo casi cuatro años moviéndome por los suburbios, ayudando en lo que he podido, en lo que se me ha permitido —insistió sin apartar la mirada de la suya ni un solo instante—. Soy muy consciente de la oscuridad que encierran las calles y creo que sé dónde se estará celebrando hoy esa

pelea.

—Dios del cielo, Sophie. —No sabía que decir. Todo lo que quería hacer era zarandearla y, al mismo tiempo, abrazarla.

Esta maldita mocosa ha salido a ti, Robert. Dios me ayude a partir de ahora, porque ha salido a nosotros.

—La única forma de rescatar a alguien de ese lugar, es dándole otra opción que no sea la de pelear. —Dio un paso atrás, separándose de él—. No llames a la policía, ellos solo harán las cosas peor, Damien lo sabe...

Y por eso el policía tenía su propia forma de moverse entre la gente, especialmente entre los barrios marginados, comprendió finalmente. Ahora muchas cosas encajaban con aquel hombre y su forma de caminar, de mirar a su alrededor como si siempre estuviese calibrando a la gente.

—Si ese chico ha estado dando clases de *kickboxing*, seguramente piensa que está preparado para enfrentarse con alguien que le dobla en tamaño y peso —elucubró Sophie—. No puedes dejar que le hagan eso, no puedes dejar que siga los pasos de Robert y los tuyos. Sé que no será el único, esa gente los está captando, atrayéndolos con promesas baldías... he intentado ayudarles, pero no es suficiente. He visto cómo te miraban tus alumnos, cómo te escuchaban... si el muchacho que buscas está allí, te escuchará.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, una que interceptó su pulgar.

—Si tuviese más tiempo, te ataría al banco de azotes y te marcaría el culo con el *flogger* solo por haberte puesto en peligro con todo esto —le dijo con voz firme, oscura, una amenaza que posiblemente cumpliera en otro momento—, pero no lo tenemos y siento demasiado orgullo por la mujer en la que te has convertido como para pensar en otra cosa que no sea en comerte la boca y no dejarte ir jamás.

Un suave gemido mitad risa escapó de entre sus labios.

—Menudos momentos eliges para decir estas cosas...

Le cogió la cara entre las manos.

—Cuando terminemos con esto, tú y yo vamos a sentarnos a hablar largo y tendido. —Borró otra lágrima de sus mejillas—. Ya es hora de que lo hagamos, especialmente si queremos encontrar la forma de permanecer juntos.

Asintió y sorbió por la nariz.

—Más te vale encontrar una forma, Horus Alexander Brooks, porque ahora que te he encontrado de nuevo, no habrá fuerza humana o divina en la tierra que vaya a separarme de ti.

La encontraría, costase lo que costase, encontraría la manera de conservarla.

—De acuerdo, Sophie, intentémoslo.

Con un firme asentimiento, lo besó en los labios, dio media vuelta y habló por encima del hombro.

—Voy a recuperar mi abrigo y mis zapatos, tú avisa a tus socios para que a nadie le dé una apoplejía cuando vean que el Amo del *Blackish* sale corriendo de su propio club.

No pudo evitar reírse ante el comentario de su mujer, pero era algo que ya tenía en mente mientras recuperaba la camiseta, se la ponía y bajaba buscando ya con la mirada a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —Lo interceptó Dain con gesto contrariado—. Acabo de ver a Sophie cruzar la sala como una exhalación.

—Tus averiguaciones dieron en el clavo —comentó posando una mano en su espalda y empujándole a un lado para hablar en privacidad—. Esta noche se celebra un combate y parece que hay chicos metidos en un buen lío.

Los ojos azules del Dom se entrecerraron, su mandíbula se tensó y dejó

escapar un resoplido.

—¿Cómo lo sabes?

—Sophie. —Pensar en todo lo que le había comentado todavía lo congelaba por dentro—. Es... como su hermano. Tenía que haberlo imaginado, tenía que haberlo supuesto desde el principio. Tanto esfuerzo para que al final... Dios, estoy dividido entre ahorcarla o encadenarla a mi tobillo.

—La segunda opción me gusta —repuso con ironía—. Pero tendrás que dejarlo para más adelante. ¿Sabe dónde se celebra ese combate?

Asintió.

—Sí —respondió con dureza—. Tengo que ir. Esos chicos... no puedo fallarles.

—Ninguno le fallaremos —declaró, le palmeó la espalda e indicó la puerta con un gesto de la barbilla—. Adelántate, les diré a Brian y Logan lo que pasa. Si la cosa se complica, prefiero que los refuerzos estén al tanto.

Correspondió a su plan con una palmada en su hombro y salió en post de Sophie, quién ya estaba ante la puerta con el abrigo y los zapatos puestos.

—Espero que no sea demasiado tarde —murmuró ella con voz preocupada.

—No lo será. —Posó la mano sobre su hombro y la instó a caminar—. Vamos. Dain se reunirá con nosotros en un segundo.

La vio fruncir el ceño, entonces sacudió la cabeza y levantó las manos.

—No pienso preguntar —declaró con una sacudida de la cabeza—. Solo procurad que no tenga que sacaros a ambos de allí en una ambulancia, ¿de acuerdo, señor?

Sus labios se curvaron en una irónica sonrisa.

—Haremos todo lo posible para que eso no suceda, mascota. Lo prometo.

CAPÍTULO 28

El almacén olía como un maldito contenedor de basura, pero eso no parecía importar a ninguno de los asistentes. El alcohol, las drogas, todo formaba parte de la exaltación que se vivía en el interior, de una oscuridad sin precedentes que atraía a la peor calaña y a los incautos que no veían otro modo de salir de la vida que tenían.

—Señores y putillas... y el resto de hijos de perra —Escucharon por encima de la algarabía que ya empezaba a remitir—. Bienvenidos a otra de las espectaculares peleas de los suburbios. Espero que tengáis dinero contante y sonante porque yo tengo a dos combatientes que os van a hacer delirar...

Nuevos gritos, chillidos, gente jaleando, empujándose los unos a los otros, aclamando a sus elegidos mientras los dólares volaban de un lado para otro, las cifras aumentaban y su estómago empezaba a revolve.

—Separémonos —comentó Dain mirándoles un segundo antes de echar un vistazo a su alrededor—, llamaremos menos la atención.

Horus asintió y aferró el antebrazo de su compañera.

—No te separes de mí.

Sophie se limitó a asentir, su rostro estaba blanco pero no vaciló, tragó saliva y empezaron a surfear a través del público mientras el primero de los combates empezaba encima de un cuadrilátero improvisado, donde dos

chicos de veintitantos años, ataviados tan solo con pantalón y guantes, se miraban con visible rabia.

—¿Lo ves? —Preguntó con voz temblorosa a pesar de que intentaba aparentar que formaba parte del ambiente.

Negó con la cabeza. Mackenzie no estaba entre los combatientes que se preparaban para pelear, pero eso no significase que no fuese a participar en alguno de los siguientes. Tres esa noche, tal y como les habían informado en la entrada.

—Si no está en la pelea actual, tiene que estar cerca del cuadrilátero —comentó ella mirando a su alrededor. Había una mezcla de rabia e impotencia en su voz, como si hubiese presenciado esto otras veces—. Siempre se ponen cerca... es como si se alimentasen de toda esa violencia.

Sacudió la cabeza, se estiró poniéndose de puntillas, esquivó a un par de tipos y se detuvo.

—Mira, a la derecha de la zona de combate, hay un grupo de muchachos. —Le indicó y empezó a caminar en esa dirección—. Ven, es posible que tu chico esté entre ellos...

La facilidad con la que se movía entre los presentes, con la que ignoraba ese mundo de degradación y codicia lo sacudió hasta la médula. No era justo que alguien como ella debiese enfrentarse a esto, pero al mismo tiempo, le enorgullecía como nada en el mundo ver de lo que había llegado a ser capaz.

Se movieron hacia los lados, sorteando a la gente, disuadió a alguno que otro que se atrevió a ponerle los ojos encima y continuó hasta la zona que ella había señalado. Dain intercambió un gesto afirmativo desde el otro lado del cuadrilátero, él parecía haber tenido la misma idea.

—Despacio. —La retuvo, obligándola a permanecer cerca de él. Si alguien se atrevía siquiera a tocarla, las cosas se iban a poner feas.

Refrenó su avance, pero no por ello dejó de caminar hacia el grupo de chicos que jaleaban a los combatientes.

—...dale con fuerza, siempre con fuerza y muévete. No te estés quieto y será tuyo.

Apretó los dientes al comprobar que las edades de los chavales rondarían entre los quince y veinte años. ¡Eran unos jodidos críos!

—...lo que ganes esta noche solo será el principio, dos combates más, cuatro y serás el puto amo.

Otros no parecían tan entusiasmados a juzgar por sus miradas. La forma en que miraban el deplorable espectáculo de lucha hablaba por sí sola. El miedo estaba allí, en sus ojos, así como lo estaba la duda y un instintivo rechazo. Sabían que no era lo que querían, pero la necesidad que los había impulsado en primer lugar hasta allí, era lo que impedía que diesen la espalda a aquella nueva promesa de éxito y se marchasen. Rendirse ahora, sería quedar en evidencia ante sus compañeros, sobre todo ante aquellos que jaleaban a los luchadores.

—Maldita sea. —Escuchó mascullar a Sophie un segundo antes de verla desaparecer, atravesar el grupo de chicos y enfrentarse con uno de ellos, empujándole con las manos al tiempo que lo increpaba con furia—. ¡Estás loco! ¿Qué coño haces aquí?

—Señorita Sophie...

—Ni señorita ni hostias, Blay —siseó ella esgrimiendo un lenguaje y una actitud que hacía que los demás chicos se riesen, pero la tomasen al mismo tiempo por una de ellos—. Coge tu puto culo y el de tu hermano Carl y sácalos de aquí antes de que decida moléroslo yo a palos.

—Eh, Blay, tu hermanita te ha pillado.

Ella se giró al momento hacia el que había hablado y lo fulminó con la mirada.

—No me jodas, Rocket —le dijo con gesto desdeñoso, sorprendiendo al chico sin duda al decir su nombre—. Tú no eres precisamente el indicado para decir ni una sola palabra cuando estás aquí en vez de en casa cuidando a tu hermano. Eres un cabrón gilipollas. ¿Qué crees que va a pensar él cuando te vea entrar hecho un guiñapo? ¿Es eso lo que quieres que vea el resto de su vida? ¿El ejemplo que quieres inculcarle? ¡Claro! ¡Vamos! Sube ahí, te grabaré con el puto móvil para que puedas enseñarle exactamente como morir joven.

Sus palabras hicieron mella en el chico, quién perdió el color y pareció realmente avergonzado. Pero al igual que todos los jóvenes como él, su vergüenza se convirtió en rabia y agresión y fue a por ella.

—Ni lo sueñes. —Lo detuvo Horus en seco, interponiéndose entre ellos—. Un hombre no levanta la mano a una mujer a menos que quiera que se la arranquen de cuajo.

La amenaza surgió el efecto deseado, su tono alcanzó a todo el grupo y lo miraron entre curiosos, temerosos y también con recelo.

—Rocket, ni se te ocurra tocarla. —Se adelantó al mismo tiempo otro chico, el cual tenía un asombroso parecido con el primero. Debía ser su hermano Carl—. ¿Tienes alguna puta idea de quién es ella?

—¿Una puta? —se burló y los demás le rieron la gracia.

Le habría encantado darle en los dientes, pero el primer chico lo agarró de la pechera de la camiseta y lo zarandó.

—Es la hermana pequeña de R.J. —anunció con un siseo—. Ni se te ocurra insultarla, imbécil.

Esa información cayó sobre los presentes como una manta de inquietud y reverencia, provocando el inmediato silencio y caras de alucinación y respeto entre los presentes.

—¿Sensei?

El jadeo de sorpresa vino del otro lado del grupo, de la zona pegada a la pared, desde la cual se aproximaba un pálido y lastimado Mackenzie. Sus heridas no eran frescas, lo que proclamaba que si bien había peleado, no había sido hoy.

—Muchacho idiota —masculló en voz baja.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó con los ojos muy abiertos y gesto culpable.

No pudo responder, pues los chavales empezaron a intercambiar ahogados jadeos y bajos murmullos.

—¿La hermana de R.J.? —clamó al mismo tiempo Rocket—. ¿Me tomas el pelo? ¿De ese R.J.? ¿El puto Amo de Brooklin?

Un coro de murmullos se elevó a su alrededor, diciéndole mucho más de lo que un montón de palabras pudiese haber llegado hasta ellos. Esos chicos todavía recordaban a Rob y lo que había hecho por su comunidad.

—Sí, tío, mi hermano me habló de él y de lo que hizo —aseguró uno de los chicos—. Era el puto amo, el único que tuvo los huevos suficientes para hacer algo por los suyos. Ella es su hermana.

—Lo siento, señorita Joyce, no lo sabía —replicó al momento el tal Rocket esgrimiendo una educación que hablaba de las aspiraciones del chico—. Le pido disculpas por mis palabras. Su hermano fue un verdadero héroe para todos nosotros.

Sophie dejó escapar un suspiro y miró al chico.

—Entonces, no ensuciéis su memoria y ayudadme a que su trabajo no se quede simplemente en eso, hechos del pasado —pidió mirándolos ahora a todos y cada uno. Levantó la barbilla y los observó un momento—. No necesitáis subir ahí arriba para demostrar lo que valéis, a nadie le sirve que os den de hostias hasta que manchéis el suelo. Se os necesita ahí fuera, la comunidad os necesita, vuestra gente, mi gente, os necesita.

Horus no había asistido jamás a algo tan asombroso como lo que esa mujer estaba consiguiendo con tan solo su presencia y sus palabras. Ese era un respeto que no se ganaba en un solo día, podía envolverse de la influencia y el nombre de su hermano, pero el que la escuchasen de esa manera, a una mujer, era un logro mayor de lo que ella misma posiblemente supiese. El pensamiento de que ella habría hecho esto con anterioridad, sin respaldo de ningún tipo, le hacía encanecer.

—Es fácil de decir para alguien que ha salido de las calles. —El comentario llegó desde otra zona dentro del mismo grupo, una voz débil, pero ahí estaba, diciendo lo que sin duda todos ellos pensaban.

Ella buscó entre el grupo al causante de esa disconformidad.

—Sí, he salido de aquí y lo he hecho entera, más fuerte y más sabia y lo hice porque hubo gente lo suficientemente fuerte como para desear que tuviese un futuro mejor. Le debo al *sensei* Horus, —lo señaló con decisión—, y a mi hermano Robert el estar hoy aquí. Ellos hicieron todo lo que estuvo en sus manos para que el mundo en el que crecí, el mundo en el que vosotros vivís, fuese un lugar lo bastante seguro para permitirme crecer en él y tener la oportunidad de elegir. Me dieron lo que necesitaba para poder regresar aquí y decir que si yo he salido, vosotros también podéis.

—No es tan fácil, señorita Sophie. —Negó uno de los chicos—. Usted tenía a su hermano, pero, ¿qué tenemos nosotros?

—A vosotros mismos y las ganas de conseguir una vida mejor —añadió él, apoyándola. Entonces señaló a su pupilo—. Mackenzie puede decir que no es imposible —añadió él, apoyándola, señalando a su pupilo—. Yo mismo estuve en el lugar en el que estáis vosotros ahora y conseguí salir adelante. Estuve ahí arriba, en el ring, y vi como mi vida no cambiaba por mucho que luchase, por muchas peleas que ganase. Vi cómo terminaban vidas que podrían haber sido prometedoras, vi lo que hacen este tipo de

luchas sin normas...

El chico bajó la mirada, avergonzado, sabiendo que lo que decía era verdad.

—La última vez que luché, mi mujer —la miró—, estuvo aquí. Vio una faceta de mí que no deseaba enseñarle a nadie más, la ira que me consumía, la misma rabia que lleváis vosotros dentro. ¿Y sabéis que gané con esa pelea? Nada. —Los miró a todos y cada uno—. Perdí mucho más de lo que gané. Esa misma noche, vi como uno de los combatientes, un buen amigo, terminó en el hospital con una hemorragia cerebral. Me dijeron que podría mover los dedos, incluso que podría hablar con el tiempo, pero no volvería a caminar jamás. Las peleas son una enorme trampa, podemos engañarnos diciendo que luchamos porque necesitamos el dinero y no por la gloria que obtenemos al ganar y sabernos invencibles. Pero no es así y cuando nos damos cuenta de ello, a veces es demasiado tarde.

Los miró a todos y cada uno como solía hacer con su clase.

—Sé lo que se siente ante la impotencia, lo que es que tu familia te abandone y te encuentres solo en el mundo y tengas que salir adelante, el que tengas a alguien más débil e inocente a tu cargo y la necesidad de protegerlo —aseguró con dureza—. Pero este no es el camino. Nada se obtiene de la rabia ciega y de las peleas sin sentido. ¿Queréis aprender a pelear? Bien, yo os enseñaré. Pero será con reglas, será con disciplina, una que podréis extrapolar al resto de vuestras vidas. ¿Queréis pelear en un combate? De acuerdo, pero lo haréis en una liga federal, dentro de vuestra propia categoría. Y no os preocupéis, podréis desfogaros y llevaréis tantos golpes que os dolerá hasta en el carné de identidad. Os darán hasta que os duelan los huesos u os quiten la mierda a golpes.

Giró la cabeza para encontrarse con la mirada de su alumno.

—Enfrentarse a la vida a menudo es mucho más doloroso que huir de

ella, pero lo que ganas, es infinitamente mayor —sentenció—. Si deseas seguir luchando por ella, Mac, te ayudaré. Pero si huyes... no podré hacer nada por ti.

Dicho eso, miró a los demás chicos en varios estados de ira, rebeldía, meditación y vergüenza, trasladó su mirada a Sophie, quién asintió y se reunió con él.

—Las puertas del Gimnasio Chaser, en Brownsville, están abiertas para todo el mundo —les informó con voz firme, dominante—. Vosotros sois los que tenéis la última palabra.

Intercambió una mirada con Dain, quién se había aproximado al grupo y había encontrado también a un par de sus chicos, a juzgar por la mirada avergonzada que había en los ojos de ambos críos, y tras un leve asentimiento a modo de «*hemos terminado*», rodeó a Sophie con el brazo y la empujó, sacándola de ese lugar.

—De nada sirve arrastrar a alguien por el pelo, los brazos o los tobillos si sus cadenas los mantienen sujetos a este lugar —comentó al ver que ella levantaba la mirada dispuesta a protestar—. Primero deben liberarse a sí mismos, solo así pueden decidir qué camino seguir.

Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos con un suspiro.

—Me siento impotente cuando ocurren estas cosas —murmuró abandonando el lugar, echando un vistazo por encima del hombro para ver a Dain saliendo también del inmueble—. Quiero hacer más, pero no sé cómo, no sé qué más hacer... no... no soy Robert.

—No, no lo eres —concordó haciendo que ella lo mirase ante tal respuesta—. Pero eres alguien de quién tu hermano se sentiría profundamente orgulloso. Yo lo estoy. Pero ya te aviso, la próxima vez que se te ocurra meterte en un lugar como este tú sola, no te sientas en una semana. ¿He hablado claro, sumisita?

—Como el agua, Amo Horus —declaró con un bajo canturreo—. La próxima vez...

—Sophie...

—La próxima vez te llamaré a ti para que me acompañes.

Gruñó.

—No habrá próxima vez.

La muy traviesa tuvo el descaro de reírse.

—Que te crees tú eso.

—Te estás ganando una zurra, Kitty, de hecho, eso es exactamente lo que voy a hacer una vez lleguemos a casa. —La avisó en voz baja—. Te voy a zurrar hasta que te corras.

Ladeó la cabeza y se detuvo.

—¿Y la fiesta de espuma del club?

—Ya nos encargaremos Fire y yo de ello —informó Dain alcanzándolos—. Por ahora, salgamos de aquí, la policía está a punto de caer de un momento a otro.

Ella jadeó.

—¿La policía? —Se giró hacia él con gesto herido—. Pero te dije...

Horus negó con la cabeza y señaló a Dain.

—No he sido yo —explicó—. Pero era necesario. Una cosa es cruzarse de brazos y hacer como si aquí no hubiese pasado nada otra, intentar cambiar las cosas en la medida de lo posible.

—La policía no va a hacer nada —le aseguró con un suspiro—. Meterán a alguno que otro esta noche en el calabozo y mañana los soltarán. No sirve de nada.

—Sirve para evitar que sigan utilizando el mismo lugar para atraer a más muchachos desesperados por un cambio en sus vidas —declaró Dain con firmeza—. Sé lo que quieres decir, Sophie. Créeme, te entiendo a la

perfección. Soy consciente de que esto no terminará con ellos, pero sí hará que deban reorganizarse, que deban moverse y quizá, solo quizá, hará también que alguien de toda esa gente se plantee si merece la pena lo que está haciendo.

Ella bajó la mirada y asintió.

—Al menos, lo hemos intentado —murmuró para sí y pareció quedarse satisfecha con eso—. Sí, gracias, Dain. Er... señor.

El Dom se rio entre dientes.

—Puedes llamarme Dain, cariño, es mi nombre —aceptó divertido—. Sencillamente recuerda añadir Amo delante cuando estés en el club.

Dicho eso, se giró a él y señaló su coche.

—Llévatela a casa. Brian y yo cerraremos esta noche.

Asintió y le tendió la mano.

—Nos vemos el lunes.

—Sí, todavía tengo que hacerte morder el polvo —declaró con tono práctico—. Sophie... a ti espero verte el sábado que viene, si no te pasas antes por el gimnasio.

Ella enarcó una ceja y se apoyó en él.

—Hasta el sábado, Amo Dain.

Con eso, el Dom se metió en su propio vehículo y se marchó justo cuando empezaba a oírse a lo lejos las sirenas de policía.

—Vámonos, no tengo ganas de dar explicaciones —le dijo empujándola hacia su coche—. Además, necesito pasar tiempo con cierta sumisita y enseñarle lo que ocurre cuando le replica a su amo.

—¿Te he replicado?

Sonrió divertido.

—Acabas de hacerlo, Kitty, acabas de hacerlo.

Se llevó las manos a las caderas e hizo un mohín.

—Eso es trampa, señor, se te están pegando los malos modos del Amo Dain.

—Al coche, mascota, ahora —le ordenó y ocupó su lugar, encendiendo ya el motor—. Vámonos de una vez.

—Hombres, Doms, ¿quién os entiende?

—Sophie.

—He dicho sí, señor —replicó sentándose y cerrando la puerta—. Lo que diga mi amo, va a misa.

Sacudió la cabeza y derrapó en su premura por abandonar ese lugar.

CAPÍTULO 29

El agua lamía su agotado cuerpo, acunándola en brazos mimosos mientras su amo hacía otro tanto sosteniéndola en sus brazos. Desde luego, podía hacerse fan de esa bañera, era lo suficientemente grande para acomodar al hombre y a sí misma.

Recostó la cabeza sobre su hombro y dejó que hiciese con ella lo que quisiera. Horus sabía cómo hacerse oír y cómo evitar que se olvidase un castigo. Su tierno trasero era muy consciente de ello. Pese a ello, no podía quejarse, prácticamente lo había empujado a hacerlo, a azotarla y además, había cumplido con su palabra, había hecho que se corriera con tan solo el maldito *flogger* sobre su caliente piel.

Había sido una noche condenadamente difícil, unas horas en las que habían entrado en juego demasiadas emociones, demasiadas concesiones y confesiones sesgadas. Se habían dirigido el uno al otro con medias verdades, con insinuaciones de las que debía extraerse la conclusión final y, a pesar de que ambos sabían jugar a ese juego, echaba de menos una declaración directa.

Suspiró y cerró los ojos disfrutando del calor del agua y de las tiernas caricias de su amante.

—¿Qué te ronda por la mente?

—¿Qué te hace pensar que me ronda algo?

—Porque no dejas de moverte.

—Me muevo porque me duele el culo y no encuentro una posición cómoda.

—Pobre gatita. —Deslizó la mano entre sus cuerpos y la acarició haciéndola saltar—. ¿Tan tierna estás?

Apretó los labios y gimió cuando su contacto la puso caliente. Diablos, tenía un buen problema estando cerca de ese hombre.

—Me rindo, señor, me rindo.

Se rio en su oído y le besó el cuello.

—Esperaba un poco más de oposición por tu parte, mascota.

Lo miró de soslayo.

—Mañana te la daré, ahora mismo, no tengo fuerzas para discutir.

—Perfecto, entonces es el momento perfecto para que hablemos.

Resopló.

—Lo tenías todo planeado, ¿no, señor?

Sonrió de nuevo.

—Absolutamente —aseguró complacido consigo mismo—. Ya es hora de obtener algunas respuestas y de que me des alguna que otra explicación.

—¿Puedo pedir lo mismo a cambio? —Levantó la cabeza hasta encontrarse con sus ojos azules.

—Sí, Sophie, tienes derecho a hacerlo.

Y esa era una concesión que la calentó por dentro.

—¿Qué deseas saber?

Los brazos masculinos la rodearon de nuevo, apretándola contra él.

—Podrías empezar explicándome cómo demonios has tirado por tierra todos mis esfuerzos y los de tu hermano —le susurró al oído—. Hice todo lo posible para mantenerte al margen, para evitarte cosas como... la de esta

noche... y entonces, vas y te lanzas de cabeza. ¿Tan mal lo hice? ¿Tan mal lo hicimos?

Negó muy lentamente con la cabeza.

—Siempre me has visto más como a una hermana pequeña latosa que como a tu mujer, ¿no?

—No eras mi mujer —replicó con voz tranquila—, no lo fuiste hasta hace muy poco.

—No estoy hablando de sexo.

—Tampoco yo —aceptó con sencillez—. Hablo de una chica de dieciséis años que perdió todo lo que tenía de la noche a la mañana, de la hermana de mi mejor amigo y a la que yo vi crecer. Casarme contigo fue... una medida desesperada y un tributo a lo que Rob hizo por mí.

Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—Él no deseaba que estuvieses sola, no quería que ese cabrón hijo de puta tuviese ninguna potestad sobre ti, así que dejó estipulado que, en caso de que te ocurriese algo, yo fuese tu tutor —expuso de forma llana—. Casarnos fue... una manera de mantenerte lejos del novio de tu madre. Al mismo tiempo me permitió cuidar de ti, mantenerte segura y lejos de los problemas.

—¿Y no fue el matrimonio acaso un problema mucho mayor? —preguntó, intentando comprender—. Podrías haber seguido siendo mi tutor y después olvidarte de que existía... No es cómo si no lo hubieses hecho igualmente.

—¿Tienes idea de lo que es para un hombre de veintisiete años desear a una adolescente de dieciséis? —Le planteó—. No podía tenerte, no quería hacerlo. Tenías todo el derecho a tener tu vida, a conocer a chicos de tu edad, a enamorarte...

—Estaba enamorada de ti, idiota, siempre estuve enamorada de ti —protestó sin poder seguir callada por más tiempo—. Y tú te esforzabas en

mantenerme al margen, en hacerme sentir como si no valiese la pena. ¿Qué hombre casado no desearía estar con su esposa?

—Estabas encaprichada, Sophie, no enamorada.

Hizo una mueca, eso no podía negarlo. Con el tiempo se había dado cuenta que su amor juvenil había sido un encaprichamiento, que no conocía realmente al hombre que se había convertido en su marido como para poder sentir amor. Pero a su modo, lo quería, lo idolatraba, había sido el único que se había adueñado de su corazón.

—Quizás al principio fuese así, pero después de esas Navidades... — sacudió la cabeza al recordarlo—. Me rechazaste... fue de lo más humillante.

—¿Humillante? Nena, tendrías que haber estado en mi lado del cuadrilátero —replicó con un bufido—. Mi polla no pensaba lo mismo. Ese maldito año fue el primero que estuviste en la facultad, pasé meses sin verte y cuando apareces... la adolescente se había esfumado y en su lugar había una mujercita llena de curvas, malditamente sexy y a la que no podía evitar desear.

—Me rechazaste, Horus, me mandaste a la cama como si fuese una cría —le recordó con verdadera frustración, recordando su humillación y lo mucho que había llorado—. Y tenía diecinueve años. Incluso sabía una cosa o dos sobre sexo que podrían haberte hecho ilusión.

Enarcó una ceja ante su respuesta y sacudió la cabeza.

—Le hice una promesa a tu hermano —confesó—, le dije que nadie, ni siquiera yo, te haría daño jamás. Y yo era el que más daño podía hacerte en esa época, tú misma lo viste esa noche.

Se lamió los labios.

—Lo que vi fue un hombre desesperado, lleno de rabia y dolor que necesitaba desquitarse del mundo de alguna manera —resumió—. No hui porque te tuviese miedo, aunque puede que un poco sí, sino porque me di

cuenta que yo no era suficiente para ti, que hiciese lo que hiciese no podría liberarte de esas emociones... —sacudió la cabeza—. Cuando a los pocos meses me informaste de que habías pedido el divorcio y que ya era hora de que siguiésemos caminos separados yo... solo acepté.

Notó como su pecho subía y bajaba al exhalar un profundo suspiro.

—¿Cómo terminaste metida en lo de esta noche? —le preguntó con voz fría, estaba claro que le disgustaba—. Lo que comentaste antes en el club... lo que me dejaste entrever... ¿Cuánto tiempo has estado metida en estas cosas?

Ladeó la cabeza, sumergió las manos y volvió a levantar una de ellas al tiempo que la enlazaba con las suyas.

—Cómo te dije, tuve un periodo... llamémosle rebelde. —Buscó la mejor manera de explicarlo—. El primer año después del divorcio fue... como si no pudiese hacerme a la idea, en cierto modo esperaba que volviesses a buscarme y me dijese que todo era una broma. Pero entonces apareció nuestro abogado con el dinero de la venta de la casa y otras cosas y... mi mundo se hizo pedazos en muchas maneras distintas. Cuando pierdes el norte, haces las cosas más estúpidas y yo me encontré llena de rabia contra ti, contra mi hermano y contra el mundo. Estaba decidida a darte una elección, ilusa de mí, quería demostrarte —demostrándomelo a mí misma—, que te habías perdido a alguien que merecía la pena. Así que volví a mi antiguo hogar, dónde vivía con mi hermano y lo encontré ocupado por una pandilla de la que nadie sabía. Cuando les dije quién era, me invitaron a salir, me contaron cosas y... bueno, digamos que no di precisamente con lo mejor del barrio.

Acercó la mano masculina a su pecho, apretándola contra ella.

—Hice muuuuchas estupideces —aceptó sin desear entrar en detalles, había cosas de las que era mejor no hablar—, y en una de esas terminé en el

combate del que ya te hablé y en el que conocí a Damien.

La mano que retenía se movió por sí sola y le capturó un seno, rozándole el pezón con el pulgar.

—¿Fue él quien te inició en el BDSM? —comentó con voz distraída, cosa que desmentían las caricias.

—Damien fue mi primer Dom y mi mentor, él me enseñó lo que es la verdadera sumisión —aceptó hablando con cariño y respeto del que no solo había sido su maestro, sino que era un buen amigo—. Cuando dije que hice muchas estupideces, puedes incluir en ellas mis primeras experiencias en ese campo de juegos... por suerte, hay muchos hombres en el mundo y no todos son unos capullos. Yo me encontré de todo. El caso es que Dam no es alguien a quién puedas... torear... él vio algo en mí, creo que sabía que estaba muy perdida y me brindó ese equilibrio que necesitaba. Gracias a él fui capaz de volver a centrarme y hacer algo bueno con mi vida.

—¿Por qué no te quedaste con él?

Su pregunta lo cogió por sorpresa.

—Porque no lo amaba y él lo sabía —respondió con sencillez—. Según Dam, vivía anclada en el recuerdo de un único amor, uno que podía haber sido juvenil, inconsistente y no recíproco, pero que era mío y que no podría amar a nadie hasta que hubiese resuelto ese problema.

Dejó escapar un profundo suspiro y apretó los muslos cuando sus caricias se hicieron más íntimas.

—Así que me decidí a resolver ese problema cuando me presenté en tu oficina la primera vez.

Su mano siguió atormentándole los pechos al tiempo que deslizaba la otra sobre su cuerpo, acariciándole la cadera, el muslo y jugando sobre su piel sin decidirse a entrar finalmente en materia.

—Tu visita fue inesperada y removió cosas que ni siquiera sabía que

seguía guardando —replicó él con voz paciente—. Y cuando te reconocí una semana después en el club, abierta al placer de otro hombre... decidí que tenías que ser para mí. No quería reconocer a la chica que fuiste con la sensual mujer que se había presentado en mi oficina, tú no dabas esa imagen... pero en cambio, seguías siendo tú.

Su mano se desplazó un poco más abajo, acariciándole el pubis y provocándole escalofríos de placer.

—Eras desafiante, deslenguada y la misma mujer a la que había mantenido alejada a pesar de lo mucho que la quería. —Le acarició la oreja con los labios—. Pero también eras más. Eres más, Sophie, ya no eres esa niña, eres esta mujer y es a ella a quién deseo, a quién quiero y a quién estoy dispuesto a todo por conservar.

—¿Por qué me abandonaste? —preguntó en apenas un susurro—. Así fue como me sentí cuando te fuiste, abandonada.

—Porque solo así podías convertirte en la mujer que estabas destinada a ser —murmuró deslizando los dedos entre sus piernas—. Si me hubiese quedado contigo, habría terminado arrastrándote a la oscuridad en la que vivía entonces, si me hubiese permitido a mí mismo quererte, antes o después te habría perdido... No eras más que una niña.

—Una niña que te amaba...

—Y la mujer que eres ahora, Sophie, ¿esa mujer todavía me ama?

Ladeó la cabeza permitiéndole acceder a ella.

—Esa mujer atesora el recuerdo de su juventud, respeta el amo al que pertenece y se muere de amor por el hombre que encontró en un club erótico de su ciudad —jadeó al sentir como la penetraba con los dedos—. Nunca, ni un solo momento, he dejado de amarte, Horus. Seas quién seas, te llames cómo te llames, siempre serás el único dueño de mi corazón.

—¿Podrás perdonarme por dejarte sola tanto tiempo?

—Solo si me prometes que, a partir de ahora, siempre estarás conmigo.

—Levantó la mirada para encontrarse con sus ojos.

Sonrió y bajó sobre su boca.

—Eres mía, Sophie, nada hará que vuelva a separarme de ti.

La besó con suavidad, jugando entre sus piernas, persuadiéndola y diciéndole sin necesidad de palabras que era la mujer que deseaba.

CAPÍTULO 30

Una semana después...

Sophie no podía evitar mirar a cada una de las sumisas que se habían reunido alrededor de uno de los reservados del piso superior del *Blackish*. Las tres féminas formaban un grupo interesante y, para su propia sorpresa, se encontró pasándolo bien, disfrutando de la compañía, la conversación y sin tener que medir cada una de sus palabras. Cuando había entrado esa noche por la puerta había sido prácticamente secuestrada por Luna y una simpática rubia a la que le presentaron como Cassie. Siobhan ya las estaba esperando en la mesa que ahora ocupaban con una bandeja de bebidas, sus respectivos Doms se habían limitado a mirarlas desde la barra del bar, menear la cabeza y hacerles algunas advertencias.

Curiosamente esto era lo que más había echado de menos cuando solía ir a algún club, alguien con quién poder hablar libremente de sus inquietudes, con quién comentar la maquiavélica inventiva de sus Doms y que supiese que la comprendería porque estaba en el mismo extremo de la cuerda. Damien había sido un buen Dom y un buen amigo, pero había cosas que no podía comentar con él... especialmente cuando le concernían. Y ahora con Horus...

—Te has quedado muy pensativa, ¿te aburres? —La interpeló Luna. Los ojos claros de la chica estaban fijos en ella—. ¿No te sientes cómoda?

Negó con la cabeza, cogió su bebida y le dio un sorbo.

—No, no. No me aburro y, curiosamente me siento más cómoda ahora de lo que lo he estado con otras personas con las que tengo más... contacto.

La pelirroja sentada a su derecha ladeó la cabeza y chasqueó la lengua al tiempo que agitaba el dedo de un lado a otro.

—Es desconcertante, ¿verdad? —aseguró mirándolas a todas y cada una—. Saber que puedes hablar de cuerdas, látigos y juguetes sexuales y que nadie correrá a llamar a la policía.

—Bueno, no sé, Sio. Si el poli que viene es Logan, no me lo tomaría nada mal —canturreó Cassie al tiempo que extendía ambas manos y canturreaba—. ¡Espósame, señor!

La chica se rio y sacudió la cabeza.

—Jamás de los jamases le digas eso a mi maestro, se lo toma todo al pie de la letra. —Usó su mismo tono de voz—. Y no veáis lo que tengo que suplicar para que «recuerde» dónde ha dejado las esposas.

—Son siempre olvidadizos para lo que les conviene —añadió Luna—. Y vengativos, ¿en qué clase de loca me he convertido que disfruto azuzando a mi señor?

—En esta clase de loca, hermana —declaró Cassie señalándose a sí misma—. He sido una fantástica influencia para ti.

Sacudió la cabeza y se volvió hacia ella.

—Si fueses una buena influencia me habrías persuadido de meterme en este mundo.

Su amiga se rió.

—Yo solo te anoté la primera vez, Lunita, la siguiente y la que vino después de esa, fueron cosa tuya.

—No es que el Amo Fire le dejase otra opción a la pobre Luna —añadió Sio y se giró hacia ella—. La pobre entró en el club por todo lo alto, se ganó un castigo con la pala.

La sumisa de pelo azul resopló.

—Sí, el cabronazo de mi señor creyó que necesitaba aprender modales y le puso mi nombre al mondadientes.

—¿Mondadientes? —preguntó curiosa.

Asintió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Soy una bocazas. —Admitió ella con un ligero encogimiento de hombros—. Hice un comentario sobre Siobhan y sus dos maestros y Horus decidió hacer una interpretación libre de mis palabras.

—En realidad no te castigaron por eso —le recordó Siobhan.

—No, lo hicieron porque llamé «garrapata» a un Amo. —Hizo una mueca—. Dios. Nunca pasé tanto miedo ni estuve tan cabreada como esa noche.

—Pero conseguiste superarlo —intervino señalando el collar de noche que llevaba Luna.

Luna acarició el cuero con mirada tierna.

—Brian tiene una manera única de pasar por encima de todo y todos hasta conseguir lo que quiere —suspiró soñadora—. Pero no lo tuvo fácil.

—No, señora, nada fácil —aceptó su amiga abrazándola, compartiendo un momento que solo parecían entender ellas dos—. Y tú tampoco.

Hubo un momento de silencio, entonces Luna sacudió la cabeza y volvió a la carga.

—Bien, Sophie, sé que no es políticamente correcto y esas cosas pero, como no he podido sacarle a mi novio ni un solo detalle jugoso, te lo preguntaré a ti —entrecerró los ojos y se mantuvo atenta antes de disparar—. Horus y tú, ¿es oficial?

—Luna, hay una cosa llamada tacto, ¿sabes? —se rió Siobhan.

La chica miró a la pelirroja y asintió.

—Sí, pero somos chicas, somos del *Blackish* y nuestros Doms son amigos, tenemos que aunar fuerzas —declaró mirándolas a todas y cada una de ellas—. ¿Verdad?

Se echó a reír. Esa chica tenía el mismo descaro que ella.

—Verdad —aceptó y optó por contarles la verdad—. Y sí, creo que podríamos decir que estamos en el buen camino de que sea oficial.

—Me alegra oírlo —asintió la chica—. Horus es un buen tipo... aunque a veces te den ganas de estrangularlo.

—Dímelo a mí —asintió ella totalmente de acuerdo con su opinión.

—Aiss... no sé, no sé... yo estoy por hacer alguna trastada para que Wolf me castigue de la forma en que el Amo Horus lo hizo contigo —ronroneó Cassie—. Fue tan caliente...

Enarcó una ceja y miró a las presentes.

—Nadie se perdió, digamos, tu estreno en el club —comentó Sio con mayor tacto.

Luna se estremeció.

—Uf. Eso habría sido horrible para mí, no creo que pudiese soportar que nadie más que mi señor me pusiese las manos encima.

—Puede ser más excitante de lo que piensas, Luna —argumentó Cassie—, especialmente porque tu amo estará viendo como otros te tocan y sabe que tú placer es solo para él.

Arrugó la nariz.

—Aun así... —sacudió la cabeza—. Creo que tendría que existir un grado muy profundo de confianza por parte de ambos para llegar a ese punto. Es como cuando... te comparten... no sé si yo podría...

—No te preocupes, Lunita, tú quédate con Brian que ya me encargo yo

del amo Lucien y del Amo Dain —canturreo su amiga.

Enarcó una ceja y la miró.

—¿Wolf está en el equipo de compartir?

Su amiga meneó las cejas y se echó a reír al ver la cara de Luna. Ella misma sonrió. La pequeña sumisa de pelo azul era muy nueva en esos juegos.

—Suele formar tándem con el Amo Lucien para fastidiarme —replicó la chica, pero no estaba para nada compungida—. Y ante eso solo puedo decir: ¡Sí, por favor!

Se echaron a reír ante su orgásmica respuesta.

—Eres mi ídolo —se reía Sio.

—Estás loca.

—Es posible, pero, ¿y lo bien que me lo paso? —les guiñó un ojo—. Deberías probarlo, en serio, aunque sea solo una vez. Propónselo al Amo Fire...

—Ni loca —Se negó en rotundo, sonrojándose—. Nada de otras mujeres para él u hombres para mí. En esta unidad sumisa-maestro, somos solo dos.

—¿Y qué opináis del amo Dain?

La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiese retenerla y las tres se giraron hacia ella.

—Es un hombre diez, pero mucho menos accesible que su gemelo —comentó Cassie.

—Creo que es mucho más de lo que se ve a simple vista —murmuró Luna con gesto pensativo—. Hay algo en él que... no sé, es como si supiese todo de ti con solo mirarte y eso me pone muy nerviosa.

—Tiene fama de ser bastante exigente como Amo —comentó Sio—. Le he visto hablar de vez en cuando con Logan. El maestro me ha dicho que son colegas, imagino que trabaja para la policía.

—¿Sabemos a qué se dedica? —preguntó Cassie—. No recuerdo habérselo escuchado a nadie.

—Creo que es... asistente social —dijo Luna—. Lo cual hace incluso más extraño esa mezcla.

—Jugó contigo, ¿no? —canturreó Cassie.

Asintió y se lamió los labios al recordarlo.

—Es un Dom que sabe lo que hace —aceptó mordiéndose el labio inferior—. Me puso caliente.

—Chica, hasta yo me puse caliente —aseguró Sio—. Horus tiene una forma... única de terminar los castigos.

Sonrió con compartida diversión, todas ellas comprendían el lugar que ocupaba, lo que sentía y eso la calentó por dentro como no lo había hecho nada en mucho tiempo.

—Él tiene una forma única de... hacer muchas cosas —aseguró en voz alta, hizo una mueca y todas se rieron al unísono.

—Oh sí, ya eres una de nosotras —aseguró Luna, cogió su bebida y la levantó—. Por nosotras, las maravillosas y dulces muñecas del Blackish.

Una a una fueron levantando sus consumiciones.

—¡Por nosotras! —chocaron los vasos, bebieron sus contenidos y se echaron a reír de nuevo.

—Te has perdido una interesante fiesta de la espuma el sábado por la noche, aunque parece que la ausencia ha merecido la pena —comentó Brian indicando con un gesto de la barbilla a Sophie. La chica estaba sentada con las otras sumisas en uno de los reservados, sonriendo abiertamente mientras brindaban.

—Dain y Logan nos pusieron al tanto de lo ocurrido —comentó Lucien con un ligero asentimiento—. Los tienes bien puestos, amigo, muy bien puestos.

—¿Cómo van las cosas en el gimnasio? —Se interesó su socio—. ¿Ese chico ha vuelto?

Asintió lentamente.

—Sí y no vino solo.

El lunes se había encontrado con que su clase no solo estaba de nuevo al completo, sino que había aumentado. Dos de los chicos que habían estado allí esa noche, que lo habían escuchado a él y a Sophie, habían decidido hablar con el padre John y él se los había enviado. Sabía que pasaría algún tiempo hasta que los muchachos encontrasen su sitio, pero habían dado ya el primer paso al elegir el camino que querían seguir.

—Buen trabajo. —Lo felicitó Logan con gesto adusto—. Esos críos muchas veces no son conscientes de que hay otras salidas, darles la oportunidad de descubrirlo, de que se forjen una nueva vida, puede llegar a convertirse en el mejor regalo de todos.

—Solo si deciden seguir adelante —acotó mirando al policía—. ¿Conseguisteis algo?

El semblante del policía se ensombreció ligeramente.

—Algunas detenciones, pero no tardarán mucho en volver a estar en la calle —chasqueó la lengua—. Los que están detrás de los combates son siempre los primeros en esfumarse. Les hemos jodido el local, con lo que tendrán que volver a movilizarse. Es como una jodida y enorme pescadilla que se muerde la cola.

Asintió y volvió a echar un vistazo a la reunión de las cuatro sumisas, fijándose en la suya.

—Curiosamente es exactamente lo que dijo Sophie —aseguró

mirándola. Entonces chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. Al menos ahora que sé en lo que anda metida, podré vigilarla de cerca y evitar que se meta en más líos.

—Tienes trabajo. —Se burló Lucien siguiendo su mirada—. Es una mujercita de armas tomar. Y acaba de juntarse con otras tres que también tienen lo suyo. ¿Cómo le va a Luna con esa pierna? He visto que ya ha dejado la muleta.

Brian levantó la mirada para localizar a la chica de pelo azul.

—Está sanando y recuperando la movilidad poco a poco —asintió complacido—. Es terca como una mula, pero es parte de su encanto.

—De una u otra manera, nuestras mujeres siempre se salen con la suya, ¿no? —comentó Logan mirando a Cam.

—La nuestra, seguro —aseguró el chef con un resoplido de risa. Entonces echó un vistazo hacia el final de la sala principal y sonrió con aire cómplice—. Y creo que tengo el castigo perfecto para recordarle quién está al mando. ¿Te apuntas, Logan?

El poli siguió su mirada y una amplia sonrisa le curvó los labios.

—Te sigo, hermano, te sigo.

—Pues yo creo que voy a pegar un par de bocados a cierto postre que he visto por la zona de las cruces —comentó al mismo tiempo Lucien, levantando la cabeza en busca de su presa—. Ajá. Sigue allí. Si me disculpáis...

Sonrió para sí al ver cómo los tres hombres se dirigían hacia sus respectivos objetivos y se encargaban de ellos.

—Entonces, ¿es definitivo?

Miró a Brian, quién se limitaba a contemplarle curioso.

—¿Definitivo el qué?

Su socio sonrió ampliamente.

—Siempre has estado colado por esa mujer, hermano, ¿vas a negarte lo que has deseado durante tanto tiempo?

Correspondió a la sonrisa de su amigo. Si alguien sabía sobre su pasado y lo que había tenido que pasar, ese era Brian. Su socio en el club había pasado por su propio infierno y solo la llegada de Luna había hecho que dejase por fin el pasado y aceptase lo que el futuro le deparaba.

—No —negó posando la mirada sobre la mujer que se había pasado media vida esperando—. Ya no.

El bombero asintió, le palmeó la espalda y sonrió.

—Estupendo —dijo sin más—. En ese caso, te allanaré el camino llevándome a Lunita a una de las habitaciones de arriba. Disfruta de tu sumisa, Horus.

Brian subió las escaleras por las que ya habían ascendido previamente sus compañeros para llevarse a Sio, le plantó un beso en la boca a Sophie y cogió a su mujer, echándosela al hombro como un fardo para desaparecer poco después por el pasillo.

Su morenita se giró entonces y la llamó con el dedo, instándola a obedecer y reunirse con él. Hoy vestía un corsé de cuero negro y una brevísima falda de licra que apenas le cubría las nalgas. El colgante con silueta felina de su collar refulgía bajo las luces del club con cada movimiento mientras caminaba, un símbolo que los unía, que la marcaba como suya. Su sumisa, su mujer, la única a la que deseaba conservar.

—Ya habéis acabado de decidir cómo vais a torturar hoy a vuestras sumisas, Amo Horus.

Sonrió de soslayo ante su travieso comentario.

—Creo que cada uno de los Amos del club tienen una idea clara de cómo hacer eso por sí mismos, gatita —le aseguró mientras la recorría con la mirada—. Por otro lado, siempre estamos dispuestos a probar nuevos

métodos de... tortura.

—Nadie os podrá acusar nunca de falta de imaginación, señor.

—¿Lista para otra noche en el *Blackish*?

—Siempre lista, señor.

Estiró la mano rozándole con los dedos su collar, subiendo por su mandíbula y mejilla.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, dulzura?

Los ojos verdes brillaron y por primera vez desde que volvieron a encontrarnos, vio en ellos lo que siempre había intentado negarse a encontrar.

—Sí, Amo Horus, ahora lo sé.

—Bien —murmuró enredando los dedos en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás—, eso es lo que quería oír.

Tomó sus labios con suavidad y lentitud, una pequeña muestra de lo que le esperaba a su deliciosa y amada sumisa el resto de la noche.